

**Boletín Oficial  
de la  
Diócesis de Córdoba**

**VOL. CXLII**

**Julio-Diciembre  
2000**

OBISPADO DE CÓRDOBA  
C/. Amador de los Ríos, 1- Teléfono 957.49.64.74  
Año CXLI - Depósito Legal: CO 17 - 1958  
Imprime: Impresiones Guadajoz s.l.l.

# ÍNDICE

## I. SANTO PADRE

### 1. Homilías (selección)

- 1.1 Jubileo de las Cárceles. 09-07-00. Pag. 9.
- 1.2 VII Foro Juventud. 17-08-00. Pag. 13.
- 1.3 Clausura de la Jornada Mundial de la Juventud. 20-08-00. Pag. 17.
- 1.4 Jubileo de Profesores Universitarios. 10-09-00. Pag. 23.
- 1.5 Jubileo de la Tercera Edad. 17-09-00. Pag. 27.
- 1.6 Congreso Mariológico. 24-09-00. Pag. 31.
- 1.7 Acto de Consagración a María. 08-10-00. Pag. 35.
- 1.8 Jubileo de los Obispos. 08-10-00. Pag. 39.
- 1.9 Jubileo de las Familias. 15-10-00. Pag. 45.
- 1.10 Jornada de las Misiones. 22-10-00. Pag. 49.
- 1.11 Jubileo de los Deportistas. 29-10-00. Pag. 53.
- 1.12 Fiesta de Todos Santos. L Aniversario de la Inmaculada.  
01-11-00. Pag. 57.
- 1.13 Jubileo de los Gobernantes. 05-11-00. Pag. 61.
- 1.14 Jubileo del Mundo Agrícola. 12-11-00. Pag. 67.
- 1.15 Jubileo de los Militares. 19-11-00. Pag. 73.
- 1.16 Jubileo de los Laicos. 26-11-00. Pag. 77.
- 1.17 Jubileo de los Discapacitados. 03-12-00. Pag. 81.
- 1.18 Celebración del Himno Akathistos. 08-12-00. Pag. 85.
- 1.19 Jubileo de los Catequistas y Profesores de Religión. 10-12-00. Pag. 87.
- 1.20 Jubileo del Mundo del Espectáculo. 17-12-00. Pag. 91.

### 2. Mensajes

- 2.1 Mensaje para la Jornada Mundial del Turismo. 29-07-00. Pag. 97.
- 2.2 Jornada de Oración por las Vocaciones. 14-09-00. Pag. 101.
- 2.3 Mensaje para la Cuaresma de 2000. 21-09. Pag. 107.
- 2.4 Mensaje Urbi et Orbi. Día de Navidad. 25-12-00. Pag. 113.
- 2.5 Mensaje Urbi et Orbi. Día de Año Nuevo. 31-12-00. Pag. 117.

### **3. Motu Proprio**

Sto. Tomás Motu Proprio. 31-10-00. Pag. 121.

## **II. SANTA SEDE**

### **1. Congregación para la Doctrina de la Fe.**

Dominus Iesus. 06-08-00. Pag. 129.

### **2. Congregación para el Culto**

Rezo de las Horas. 15-11-00. Pag. 155.

## **III. VIDA DE LA DIÓCESIS**

### **1. Obispo Diocesano**

#### **1.1 Homilias (selección).**

1.1.1. Vigilia de Pentecostés. Pag. 163.

1.1.2. Ordenaciones de Presbíteros. Pag. 171.

1.1.3. Coronación de Nuestra Señora de la Piedad y la Antigua de Iznájar. Pag. 179.

1.2. Carta Pastoral para el Día del Domund. 22-10-00. Pag. 187.

### **2. Secretaría General**

2.1 Calendario del Jubileo. Pag. 193.

2.2 Calendario de la Vida de la Diócesis. Pag. 195.

2.3 Nombramientos. Pag. 197.

2.4 Decretos de erección y aprobación canónica de Hermandades y Cofradías. Pag. 201.

2.5 Presbiterado. 02-07-00. Pag. 203.

2.6 Confirmación del Presidente de la Agrupación de Hermandades de Córdoba. 03-07-00. Pag. 205.

- 2.7 Confirmación de la Junta de Gobierno de la Agrupación de Hermandades de Córdoba. 04-07-00. Pag. 207.
- 2.8 Decreto de Erección y Aprobación de Estatutos de la Fundación Pía Nuestra Señora de Belén. 30-10-00. Pag. 209.
- 2.9 Carta de Mons. Álvarez Martínez para autorizar la celebración de la Misa en Rito Hispano-Mozárabe. 13-11-00. Pag. 211.
- 2.10 Dispensa de minoría de edad para el presbiterado. 15-11-00. Pag. 213.
- 2.11 Decretos de excardinación. 20-11-00. Pag. 215.
- 2.12 Decreto de incardinación. 11-12-00. Pag. 217.
- 2.13 Presbiterado. 31-12-00. Pag. 219.

#### **IV. OBISPOS DEL SUR DE ESPAÑA**

Comunicado con motivo del atentado terrorista perpetrado en Sevilla durante la tarde del lunes 16 de octubre. 16-10-00. Pag. 223.



# Santo Padre

- 1.1 Jubileo de las Cárceles.
- 1.2 VII Foro Juventud.
- 1.3 Clausura de la Jornada Mundial de la Juventud.
- 1.4 Jubileo de Profesores Universitarios.
- 1.5 Jubileo de la Tercera Edad.
- 1.6 Congreso Mariológico.
- 1.7 Acto de Consagración a María.
- 1.8 Jubileo de los Obispos.
- 1.9 Jubileo de las Familias.
- 1.10 Jornada de las Misiones.
- 1.11 Jubileo de los Deportistas.
- 1.12 L Aniversario de la Inmaculada.
- 1.13 Jubileo de los Gobernantes.
- 1.14 Jubileo del Mundo Agrícola.
- 1.15 Jubileo de los Militares.
- 1.16 Jubileo de los Laicos.
- 1.17 Jubileo de los Discapacitados.
- 1.18 Akathistos.
- 1.19 Jubileo de los Catequistas y Profesores de Religión.
- 1.20 Jubileo del Mundo del Espectáculo.

*Homilias (Selección)*





# HOMILÍA DE JUAN PABLO II JUBILEO EN LAS CÁRCELES

**Domingo 9 de julio**

1. “Estuve (...) en la cárcel...” (Mt 25, 35-36). Estas palabras de Cristo han resonado hoy para nosotros en el pasaje evangélico que acabamos de proclamar. Nos traen a la mente la imagen de Cristo que estuvo *efectivamente en la cárcel*. Nos parece volverlo a ver en la tarde del Jueves santo en Getsemaní: él, la inocencia personificada, escoltado como un malhechor por los esbirros del Sanedrín, capturado y llevado ante el tribunal de Anás y Caifás. Siguen las largas horas de la noche a la espera del juicio ante el tribunal romano de Pilato. El juicio tiene lugar la mañana del Viernes santo en el pretorio: Jesús está de pie ante el procurador romano, que lo interroga. Sobre su cabeza pende la demanda de condena a muerte mediante el suplicio de la cruz. Lo vemos luego atado a un palo para la flagelación. Sucesivamente es coronado de espinas... “*Ecce homo*”, “He aquí al hombre”. Pilato pronunció esas palabras, tal vez esperando que se produjera una reacción de humanidad en los presentes. La respuesta fue: “¡Crucifícalo, crucifícalo!” (Lc 23, 21). Y cuando, por fin, le quitaron las cuerdas de las manos, fue para clavarlas en la cruz.

2. Amadísimos hermanos y hermanas, ante nosotros, aquí reunidos, se presenta Jesucristo, el *detenido*. “Estuve (...) en la cárcel, y vinisteis a verme” (Mt 25, 35-36). Pide que lo vean en vosotros, como en muchas otras personas afectadas por diversas formas de sufrimiento humano: “Cuántas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis” (Mt 25, 40). Se puede decir que estas palabras contienen el “programa” del jubileo en las cárceles, que hoy celebramos. Nos invitan a vivirlo como compromiso en favor de la dignidad de todos, la dignidad que brota del amor de Dios a toda persona humana.

Doy las gracias a todos los que han querido participar en este evento jubilar. Dirijo un cordial saludo a las autoridades que han intervenido: al señor ministro de Justicia, al jefe del departamento de la Administración penitenciaria, al director de esta cárcel, al comandante de la policía, así como a los agentes que colaboran con él.

Sobre todo os saludo a cada uno de vosotros, detenidos, con afecto fraterno. Me presento a vosotros como testigo del amor de Dios. Vengo a deciros que *Dios os ama* y desea que recorráis un itinerario de rehabilitación y de perdón, de verdad y de justicia. Quisiera poder escuchar el relato de la historia personal de cada uno. Yo no puedo hacerlo, pero sí lo pueden hacer vuestros capellanes, que os acompañan en nombre de Cristo. A ellos va mi saludo cordial y mi aliento.

Saludo también a todos los que desempeñan esa tarea tan ardua en todas las cárceles de Italia y del mundo. Además, siento el deber de expresar mi aprecio a los voluntarios, que colaboran con los capellanes para estar cerca de vosotros con iniciativas oportunas. También con su ayuda, la cárcel puede adquirir un rasgo de humanidad y *enriquecerse con una dimensión espiritual*, que es importantísima para vuestra vida. Esta dimensión, propuesta a la libre aceptación de cada uno, se ha de considerar un elemento determinante para un proyecto de reclusión más conforme a la dignidad humana.

3. Precisamente sobre ese proyecto arroja luz el pasaje de la primera lectura, en el que el profeta Isaías traza el perfil del futuro Mesías con algunos rasgos significativos: “No gritará, no hablará recio ni hará oír su voz en las plazas. No romperá la caña quebrada ni apagará la mecha que se extingue. Expondrá fielmente el derecho, sin cansarse ni desmayar, hasta que establezca el derecho en la tierra” (Is 42, 2-4). En el centro de este jubileo está Cristo, el *detenido*; al mismo tiempo, está Cristo, el *legislador*. Él es el que establece la ley, la proclama y la consolida. Sin embargo, *no lo hace con prepotencia, sino con mansedumbre y con amor*. Cura lo que está enfermo, fortalece lo que está quebrado. Donde arde aún una tenue llama de bondad, la reaviva con el soplo de su amor. Proclama con fuerza el derecho, pero cura las heridas con el bálsamo de la misericordia.

En el texto de Isaías otra serie de imágenes abre la perspectiva de la vida, de la alegría y de la libertad: el Mesías futuro vendrá a devolver la vista a los ciegos, a “*sacar de las cárceles a los presos*” (Is 42, 7). Queridos hermanos y hermanas, me imagino que sobre todo estas últimas palabras del profeta encuentran en vuestro corazón un eco inmediato, lleno de esperanza.

4. Sin embargo, es preciso acoger el mensaje de la palabra de Dios en su significado integral. La “cárcel” de la que el Señor viene a sacarnos es, en primer lugar, *aquella en la que se encuentra encadenado el espíritu*. La cárcel del espíritu es el pecado. ¡Cómo no recordar, a este respecto, aquellas profundas

palabras de Jesús: “En verdad, en verdad os digo que todo el que comete pecado es esclavo del pecado”! (Jn 8, 34). Esta es la esclavitud de la que él vino en primer lugar a librarnos. En efecto, dijo: “Si permanecéis en mi palabra, seréis en verdad discípulos míos y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Jn 8, 31).

Por consiguiente, las palabras de liberación del profeta Isaías se han de entender a la luz de toda la historia de la salvación, que tiene su culmen en Cristo, el Redentor que cargó sobre sí el pecado del mundo (cf. Jn 1, 29). Dios quiere la liberación integral del hombre. Una liberación que no sólo atañe a las condiciones físicas y exteriores, sino que es sobre todo liberación del corazón.

5. Como nos ha recordado el apóstol san Pablo en la segunda lectura, la esperanza de esta liberación se da en toda la creación: “La creación entera hasta ahora gime y siente dolores de parto” (Rm 8, 22). Nuestro pecado ha alterado el plan de Dios, y no sólo la vida humana; la creación misma se resiente. Esta *dimensión cósmica de los efectos del pecado* se percibe de forma casi palpable en los desastres ecológicos. No menos preocupantes son los daños provocados por el pecado en la psique humana, en la biología misma del hombre. El pecado es devastador. Quita la paz al corazón y produce sufrimientos en cadena en las relaciones humanas. Me imagino que muchas veces, repasando vuestras historias personales o escuchando las de vuestros compañeros de celda, constataís esta verdad.

*De esta esclavitud viene a librarnos el Espíritu de Dios.* Él, que es el Don por excelencia que nos obtuvo Cristo, “viene en ayuda de nuestra flaqueza, (...) abogando por nosotros con gemidos inenarrables” (Rm 8, 26). Si seguimos sus inspiraciones, produce nuestra salvación integral, “la adopción, la redención de nuestro cuerpo” (Rm 8, 23).

6. Así pues, es preciso que sea él, el Espíritu de Jesucristo, quien actúe en vuestro corazón, queridos hermanos y hermanas detenidos. Es necesario que *el Espíritu Santo penetre totalmente en esta cárcel en la que nos encontramos* y en todas las prisiones del mundo. Cristo, el Hijo de Dios, quiso ser detenido, dejó que le ataran las manos y luego las clavaran en la cruz, precisamente para que el Espíritu pudiera llegar al corazón de todo hombre. También donde los hombres están encerrados con los cerrojos de las cárceles, según la lógica de una justicia humana, por lo demás necesaria, es preciso que sople el Espíritu de Cristo, Redentor del mundo. En efecto, la pena

no puede reducirse a una simple dinámica retributiva; mucho menos puede transformarse en una retorsión social o en una especie de venganza institucional. La pena y la prisión tienen sentido si, a la vez que afirman las exigencias de la justicia y desalientan el crimen, *contribuyen a la renovación del hombre*, ofreciendo a quien se ha equivocado una posibilidad de reflexionar y cambiar de vida, para reinsertarse plenamente en la sociedad.

Por consiguiente, permitidme que os pida que tendáis con todas vuestras fuerzas a una vida nueva, en el encuentro con Cristo. De este vuestro camino no podrá por menos de alegrarse la sociedad entera. Las mismas personas a quienes habéis causado dolor sentirán, quizá, que han obtenido justicia más mirando vuestro cambio interior que simplemente por haber cumplido la pena.

A cada uno de vosotros deseo que haga la experiencia del amor liberador de Dios. Que descienda sobre vosotros y sobre los detenidos de todo el mundo el Espíritu de Jesucristo, que hace nuevas todas las cosas (cf. *Ap 21, 5*) e infunda en vuestro corazón confianza y esperanza.

Que os acompañe la mirada de María, “Regina coeli”, la Reina del cielo, a cuya ternura materna os encomiendo a vosotros y a vuestras familias.

*Palabras del Santo Padre al terminar la misa:*

Al despedirme de vosotros, queridos detenidos, deseo renovar mi saludo, que extendo también a vuestros familiares. Sé muy bien que cada uno de vosotros vive esperando el día en que, expiada la pena, podrá recobrar la libertad y volver a su familia. Consciente de ello, en el Mensaje que envié al mundo entero para esta jornada jubilar, siguiendo las huellas de mis predecesores y con el espíritu del Año santo, he pedido para vosotros un *signo de clemencia*, mediante una “reducción de la pena”. Lo he pedido con la profunda convicción de que esa opción constituye un signo de sensibilidad hacia vuestra condición, que puede impulsar el compromiso de arrepentimiento y estimular la conversión personal. Con esta perspectiva, dirijo a cada uno mi saludo más cordial.

Quisiera añadir unas palabras más: no podemos olvidar que esta cárcel romana se llama “Regina Coeli”. Este nombre suscita una esperanza muy grande. Os deseo a todos esta esperanza, que viene de la “Regina Coeli”.

**HOMILIA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II**  
**MISA PARA LOS JÓVENES**  
**DEL VII FORO INTERNACIONAL DE LA JUVENTUD**

**Castel Gandolfo, 17 de agosto de 2000**

1. “Antes de formarte en el vientre, te escogí; antes de que salieras del seno materno, te consagré” (*Jr* 1, 5). Las palabras que Dios dirigió al profeta Jeremías nos afectan personalmente. Evocan el designio que Dios tiene para cada uno de nosotros. Él nos conoce individualmente, porque desde la eternidad nos ha elegido y amado, confiando a cada uno una vocación específica dentro del plan general de la salvación.

Queridos jóvenes del Foro internacional, me alegra acogeros junto con el cardenal James Francis Stafford, presidente del Consejo pontificio para los laicos, y sus colaboradores. Os saludo con afecto.

Con razón os sentí interpelados personalmente por las palabras del profeta. En efecto, muchos de vosotros ya tienen una responsabilidad en su Iglesia particular, y muchos otros serán llamados a asumir alguna. Por tanto, es importante que llevéis con vosotros la riqueza de la experiencia humana, espiritual y eclesial de este foro. Sois enviados a anunciar a otros las palabras de vida que habéis recibido: obrarán y arraigarán en vosotros en la medida en que más las compartáis con los demás.

Queridos jóvenes, no dudéis del amor de Dios por vosotros. Él os reserva un lugar en su corazón y una misión en el mundo. La primera reacción puede ser el miedo, la duda. Son sentimientos que experimentó antes que vosotros el mismo Jeremías: “¡Ay, Señor mío! Mira que no sé hablar, que soy un muchacho” (*Jr* 1, 6). La tarea parece inmensa, porque cobra las dimensiones de la sociedad y del mundo. Pero no olvidéis que, cuando el Señor llama, da también la fuerza y la gracia necesarias para responder a la llamada.

No tengáis miedo de asumir vuestras responsabilidades: la Iglesia os necesita; necesita vuestro compromiso y vuestra generosidad; el Papa os necesita y, al comienzo de este nuevo milenio, os pide que llevéis el Evangelio por los caminos del mundo.

2. En el Salmo responsorial hemos escuchado una pregunta que en el mundo contaminado de hoy resuena con particular actualidad: “¿Cómo podrá un joven andar honestamente?” (*Sal* 118, 9).

También hemos escuchado la respuesta, sencilla e incisiva: “Cumpliendo tus palabras” (*Sal* 118, 9). Así pues, es preciso pedir el gusto por la palabra de Dios y la alegría de poder testimoniar algo que es más grande que nosotros: “Mi alegría es el camino de tus preceptos...” (*Sal* 118, 14).

La alegría nace también de la certeza de que muchas otras personas en el mundo acogen como nosotros los “preceptos del Señor” y hacen de ellos la razón de su vida. ¡Cuánta riqueza en la universalidad de la Iglesia, en su “catolicidad”! ¡Cuánta diversidad según los países, los ritos, las espiritualidades, las asociaciones, los movimientos y las comunidades! ¡Cuánta belleza y, al mismo tiempo, qué comunión tan profunda en los valores comunes y en la adhesión común a la persona de Jesús, el Señor!

Viviendo y rezando juntos, habéis comprobado que la diversidad de vuestros modos de acoger y expresar la fe no os separa ni os enfrenta los unos a los otros. Es sólo una manifestación de la riqueza de la Revelación, don único y extraordinario, que el mundo tanto necesita.

3. En el pasaje del evangelio que acabamos de escuchar, el Resucitado dirige a Pedro la pregunta que determinará toda su existencia: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas?” (*Jn* 21, 16). Jesús no le pregunta cuáles son sus talentos, sus dones, sus capacidades. Ni siquiera pregunta al que poco antes lo había negado si en adelante le será fiel, si ya no caerá. Le pregunta lo único que cuenta, lo único que puede sostener una llamada: ¿me amas?

Cristo os dirige hoy esa misma pregunta a cada uno de vosotros: ¿me amas? No os pide que sepáis hablar a las multitudes, dirigir una organización o administrar un patrimonio. Os pide que lo améis. Todo lo demás vendrá como consecuencia. En efecto, seguir las huellas de Jesús no se traduce inmediatamente en hacer o decir algo, sino ante todo en amarlo, en permanecer con él y en acogerlo completamente en la propia vida.

Responded hoy con sinceridad a la pregunta de Jesús. Algunos, como Pedro, podrán decir: “Sí, Señor, tú sabes que te amo” (*Jn* 21, 16). Otros dirán: “Señor, tú sabes cuánto quisiera amarte; enséñame a amarte para seguirte”.

Lo importante es estar en camino, avanzar sin perder de vista la meta, hasta el día en que podáis decir con todo el corazón: “Tú sabes que te amo”.

4. Queridos jóvenes, amad a Cristo y amad a la Iglesia. Amad a Cristo como él os ama. Amad a la Iglesia como Cristo la ama.

No olvidéis que el amor verdadero no pone condiciones ni hace cálculos ni recrimina; sencillamente, ama. En efecto, ¿cómo podríais ser responsables de una herencia que sólo aceptáis parcialmente? ¿Cómo se puede participar en la construcción de algo que no se ama con todo el corazón?

Que la comunión en el cuerpo y la sangre del Señor os ayude a cada uno a crecer en el amor a Jesús y a su cuerpo, que es la Iglesia.





## **HOMILIA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II CLAUSURA JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD**

**Tor Vergata, domingo 20 de agosto de 2000**

1. “Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna” (*Jn 6,68*).

Queridos jóvenes de la decimoquinta Jornada Mundial de la Juventud, estas palabras de Pedro, en el diálogo con Cristo al final del discurso del “pan de vida”, nos afectan personalmente. Estos días hemos meditado sobre la afirmación de Juan: “La palabra se hizo carne y puso su Morada entre nosotros” (*Jn 1,14*). El evangelista nos ha llevado al gran misterio de la encarnación del Hijo de Dios, el Hijo que se nos ha dado a través de María “al llegar la plenitud de los tiempos” (*Gal 4,4*).

En su nombre os vuelvo a saludar a todos con un gran afecto. Saludo y agradezco al Cardenal Camillo Ruini, mi Vicario General para la diócesis de Roma y Presidente de la Conferencia Episcopal Italiana, las palabras que me ha dirigido al comienzo de esta Santa Misa; saludo también al Cardenal James Francis Stafford, Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos y a tantos Cardenales, Obispos y sacerdotes aquí reunidos; así mismo, saludo con gran deferencia al Señor Presidente de la República y al Jefe del Gobierno Italiano, así como a todas las autoridades civiles y religiosas que nos honran con su presencia.

2. Hemos llegado al culmen de la Jornada Mundial de la Juventud. Ayer por la noche, queridos jóvenes, hemos reafirmado nuestra fe en Jesucristo, en el Hijo de Dios que, como dice la primera lectura de hoy, el Padre ha enviado “a anunciar la buena nueva a los pobres, a vendar los corazones rotos; a pregonar a los cautivos la liberación y a los reclusos la libertad... para consolar a todos los que lloran” (*Is 61,1-3*).

En esta celebración eucarística Jesús nos introduce en el conocimiento de un aspecto particular de su misterio. Hemos escuchado en el Evangelio un pasaje de su discurso en la sinagoga de Cafarnaúm, después del milagro de la multiplicación de los panes, en el cual se revela como el verdadero pan de vida, el pan bajado del cielo para dar la vida al mundo (cf. *Jn 6,51*). Es un discurso que los oyentes no entienden. La perspectiva en que

se mueven es demasiado material para poder captar la auténtica intención de Cristo. Ellos razonan según la carne, que “no sirve para nada” (Jn 6,63). Jesús, en cambio, orienta su discurso hacia el horizonte inabarcable del espíritu: “Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida” (*ibíd.*).

Sin embargo el auditorio es reactivo: “Es duro este lenguaje; ¿Quién puede escucharlo?” (Jn 6,60). Se consideran personas con sentido común, con los pies en la tierra, por eso sacuden la cabeza y, refunfuñando, se marchan uno detrás de otro. El número de la muchedumbre se reduce progresivamente. Al final sólo queda un pequeño grupo con los discípulos más fieles. Pero respecto al “pan de vida” Jesús no está dispuesto a contemporizar. Está preparado más bien para afrontar el alejamiento incluso de los más cercanos: “¿También vosotros queréis marcharos?” (Jn 6,67).

3. “¿También vosotros?” La pregunta de Cristo sobrepasa los siglos y llega hasta nosotros, nos interpela personalmente y nos pide una decisión. ¿Cuál es nuestra respuesta? Queridos jóvenes, si estamos aquí hoy es porque nos vemos reflejados en la afirmación del apóstol Pedro: “Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6,68).

Muchas palabras resuenan en vosotros, pero sólo Cristo tiene palabras que resisten al paso del tiempo y permanecen para la eternidad. El momento que estáis viviendo os impone algunas opciones decisivas: la especialización en el estudio, la orientación en el trabajo, el compromiso que debéis asumir en la sociedad y en la Iglesia. Es importante darse cuenta de que, entre todas las preguntas que surgen en vuestro interior, las decisivas no se refieren al “qué”. La pregunta de fondo es “quién”: hacia “quién” ir, a “quién” seguir, a “quién” confiar la propia vida.

Pensáis en vuestra elección afectiva e imagino que estaréis de acuerdo: lo que verdaderamente cuenta en la vida es la persona con la que uno decide compartirla. Pero, ¡atención! Toda persona es inevitablemente limitada, incluso en el matrimonio más encajado se ha de tener en cuenta una cierta medida de desilusión. Pues bien, queridos amigos: ¿no hay en esto algo que confirma lo que hemos escuchado al apóstol Pedro? Todo ser humano, antes o después, se encuentra exclamando con él: “¿A quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna”. Sólo Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios y de María, la Palabra eterna del Padre, que nació hace dos mil años en Belén de Judá, puede satisfacer las aspiraciones más profundas del corazón humano.

En la pregunta de Pedro: “¿A quién vamos a acudir?” está ya la respuesta sobre el camino que se debe recorrer. Es el camino que lleva a Cristo. Y el divino Maestro es accesible personalmente; en efecto, está presente sobre el altar en la realidad de su cuerpo y de su sangre. En el sacrificio eucarístico podemos entrar en contacto, de un modo misterioso pero real, con su persona, acudiendo a la fuente inagotable de su vida de Resucitado.

4. Esta es la maravillosa verdad, queridos amigos: la Palabra, que se hizo carne hace dos mil años, está presente hoy en la Eucaristía. Por eso, el año del Gran Jubileo, en el que estamos celebrando el misterio de la encarnación, no podía dejar de ser también un año “intensamente eucarístico” (cf. *Tertio millennio adveniente*, 55).

La Eucaristía es el sacramento de la presencia de Cristo que se nos da porque nos ama. Él nos ama a cada uno de nosotros de un modo personal y único en la vida concreta de cada día: en la familia, entre los amigos, en el estudio y en el trabajo, en el descanso y en la diversión. Nos ama cuando llena de frescura los días de nuestra existencia y también cuando, en el momento del dolor, permite que la prueba se cierna sobre nosotros; también a través de las pruebas más duras, Él nos hace escuchar su voz.

Sí, queridos amigos, ¡Cristo nos ama y nos ama siempre! Nos ama incluso cuando lo decepcionamos, cuando no correspondemos a lo que espera de nosotros. Él no nos cierra nunca los brazos de su misericordia. ¿Cómo no estar agradecidos a este Dios que nos ha redimido llegando incluso a la locura de la Cruz? ¿A este Dios que se ha puesto de nuestra parte y está ahí hasta al final?

5. Celebrar la Eucaristía “comiendo su carne y bebiendo su sangre” significa aceptar la lógica de la cruz y del servicio. Es decir, significa ofrecer la propia disponibilidad para sacrificarse por los otros, como hizo Él.

De este testimonio tiene necesidad urgente nuestra sociedad, de él necesitan más que nunca los jóvenes, tentados a menudo por los espejismos de una vida fácil y cómoda, por la droga y el hedonismo, que llevan después a la espiral de la desesperación, del sin-sentido, de la violencia. Es urgente cambiar de rumbo y dirigirse a Cristo, que es también el camino de la justicia, de la solidaridad, del compromiso por una sociedad y un futuro dignos del hombre.

Ésta es nuestra Eucaristía, ésta es la respuesta que Cristo espera de nosotros, de vosotros, jóvenes, al final de vuestro Jubileo. A Jesús no le gustan las medias tintas y no duda en apremiarnos con la pregunta: “¿También vosotros queréis marcharos?” Con Pedro, ante Cristo, Pan de vida, también hoy nosotros queremos repetir: “Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6,68).

6. Queridos jóvenes, al volver a vuestra tierra poned la Eucaristía en el centro de vuestra vida personal y comunitaria: amadla, adoradla y celebradla, sobre todo el domingo, día del Señor. Vivid la Eucaristía dando testimonio del amor de Dios a los hombres.

Os confío, queridos amigos, este don de Dios, el más grande dado a nosotros, peregrinos por los caminos del tiempo, pero que llevamos en el corazón la sed de eternidad. ¡Ojalá que pueda haber siempre en cada comunidad un sacerdote que celebre la Eucaristía! Por eso pido al Señor que broten entre vosotros numerosas y santas vocaciones al sacerdocio. La Iglesia tiene necesidad de alguien que celebre también hoy, con corazón puro, el sacrificio eucarístico. ¡El mundo no puede verse privado de la dulce y liberadora presencia de Jesús vivo en la Eucaristía!

Sed vosotros mismos testigos fervorosos de la presencia de Cristo en nuestros altares. Que la Eucaristía modele vuestra vida, la vida de las familias que formaréis; que oriente todas vuestras opciones de vida. Que la Eucaristía, presencia viva y real del amor trinitario de Dios, os inspire ideales de solidaridad y os haga vivir en comunión con vuestros hermanos dispersos por todos los rincones del planeta.

Que la participación en la Eucaristía fructifique, en especial, en un nuevo florecer de vocaciones a la vida religiosa, que asegure la presencia de fuerzas nuevas y generosas en la Iglesia para la gran tarea de la nueva evangelización.

Si alguno de vosotros, queridos jóvenes, siente en sí la llamada del Señor a darse totalmente a Él para amarlo “con corazón indiviso” (cf. *1 Co* 7,34), que no se deje paralizar por la duda o el miedo. Que pronuncie con valentía su propio “sí” sin reservas, fiándose de Él que es fiel en todas sus promesas. ¿No ha prometido, al que lo ha dejado todo por Él, aquí el ciento por uno y después la vida eterna? (cf. *Mc* 10,29-30).

7. Al final de esta Jornada Mundial, mirándoos a vosotros, a vuestros rostros jóvenes, a vuestro entusiasmo sincero, quiero expresar, desde lo hondo de mi corazón, mi agradecimiento a Dios por el don de la juventud, que a través de vosotros permanece en la Iglesia y en el mundo.

¡Gracias a Dios por el camino de las Jornadas Mundiales de la Juventud! ¡Gracias a Dios por tantos jóvenes que han participado en ellas durante estos dieciséis años! Son jóvenes que ahora, ya adultos, siguen viviendo en la fe allí donde residen y trabajan. Estoy seguro de que también vosotros, queridos amigos, estaréis a la altura de los que os han precedido. Llevaréis el anuncio de Cristo en el nuevo milenio. Al volver a casa, no os disperséis. Confirmad y profundidad en vuestra adhesión a la comunidad cristiana a la que pertenecéis. Desde Roma, la ciudad de Pedro y Pablo, el Papa os acompaña con su afecto y, parafraseando una expresión de Santa Catalina de Siena, os dice: Si sois lo que tenéis que ser, ¡prenderéis fuego al mundo entero! (cf. *Cart.* 368).

Miro con confianza a esta nueva humanidad que se prepara también por medio de vosotros; miro a esta Iglesia constantemente rejuvenecida por el Espíritu de Cristo y que hoy se alegra por vuestros propósitos y de vuestro compromiso. Miro hacia el futuro y hago mías las palabras de una antigua oración, que canta a la vez al don de Jesús, de la Eucaristía y de la Iglesia:

“Te damos gracias, Padre nuestro,  
por la vida y el conocimiento  
que nos diste a conocer por medio de Jesús, tu siervo.  
A ti la gloria por los siglos.

Así como este trozo de pan estaba disperso por los montes  
y reunido se ha hecho uno,  
así también reúne a tu Iglesia desde los confines de la tierra en tu reino [...]  
Tú, Señor omnipotente,

has creado el universo a causa de tu Nombre,  
has dado a los hombres alimento y bebida para su disfrute,  
a fin de que te den gracias  
y, además, a nosotros nos has concedido la gracia  
de un alimento y bebida espirituales y de vida eterna por medio de tu siervo [...]  
A ti la gloria por los siglos” (*Didaché* 9,3-4; 10,3-4).  
Amén.



# *HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II*

## *JUBILEO DE LOS PROFESORES UNIVERSITARIOS*

**Domingo 10 de septiembre de 2000**

1. “Todo lo ha hecho bien: hace oír a los sordos y hablar a los mudos” (*Mc 7, 37*).

En el clima jubilar de esta celebración estamos invitados, ante todo, a compartir el asombro y la alabanza de cuantos asistieron al milagro narrado en el texto evangélico que acabamos de escuchar. Como tantos otros episodios de curación, este testimonia la llegada, en la persona de Jesús, del reino de Dios. En Cristo se cumplen las promesas mesiánicas anunciadas por el profeta Isaías: “Los oídos del sordo se abrirán, (...) la lengua del mudo cantará” (*Is 35, 5-6*). En él se ha abierto, para toda la humanidad, el año de gracia del Señor (cf. *Lc 4, 17-21*).

Este año de gracia atraviesa los tiempos, marca ya toda la historia; es principio de resurrección y de vida, que implica no sólo a la humanidad, sino también a la creación (cf. *Rm 8, 19-22*).

Estamos aquí para renovar la experiencia de ese año de gracia, en este jubileo de las universidades, que os reúne a vosotros, ilustres rectores, profesores, administradores y capellanes, que habéis acudido de varios países, y a vosotros, amadísimos estudiantes, procedentes de todo el mundo.

A todos vosotros os dirijo mi cordial saludo. Agradezco la presencia de los señores cardenales y obispos concelebrantes. Saludo también al señor ministro de Universidades y a las demás autoridades aquí reunidas.

2. “¡Effetá!, ¡ábrete!” (*Mc 7, 34*). Esta palabra, pronunciada por Jesús en la curación del sordomudo, resuena hoy para nosotros; es una palabra sugestiva, de gran intensidad simbólica, que nos llama a abrirnos a la escucha y al testimonio.

El sordomudo, del que habla el Evangelio, ¿no evoca acaso la situación de quien no logra establecer una comunicación que dé sentido verdadero a la existencia? En cierto modo, nos hace pensar en el hombre que se encierra en una supuesta autonomía, en la que termina por encontrarse aislado con respecto a Dios y, a menudo, también con respecto a su prójimo.

Jesús se dirige a este hombre para restituirle la capacidad de abrirse al Otro y a los demás, con una actitud de confianza y de amor gratuito. Le ofrece la extraordinaria oportunidad de encontrar a Dios, que es amor y se deja conocer por quien ama. Le ofrece la salvación.

Sí, Cristo abre al hombre al conocimiento de Dios y de sí mismo. Lo abre a la verdad, porque él es la verdad (cf. *Jn* 14, 6), tocándolo interiormente y curando así “desde dentro” todas sus facultades.

Amadísimos hermanos y hermanas comprometidos en el ámbito de la investigación y del estudio, esta palabra constituye para vosotros una exhortación a abrir vuestro espíritu a la verdad que libera. Al mismo tiempo, la palabra de Cristo os llama a convertirlos en intermediarios, ante muchedumbres de jóvenes, de este “*effeté*”, que abre el espíritu a la acogida de uno u otro aspecto de la verdad en los diversos campos del saber. Visto desde esta perspectiva, vuestro compromiso diario se convierte en seguimiento de Cristo por el camino del servicio a los hermanos en la verdad del amor.

Cristo es aquel que “todo lo ha hecho bien” (*Mc* 7, 37). Es el modelo que debéis contemplar constantemente para que vuestra actividad académica preste un servicio eficaz a la aspiración humana a un conocimiento cada vez más pleno de la verdad.

3. “Decid a los cobardes de corazón: “Sed fuertes, no temáis. Mirad a vuestro Dios (...) que os salvará”” (*Is* 35, 4).

Amadísimos profesores y estudiantes, en estas palabras de Isaías también se inscribe muy bien vuestra misión. Todos los días os comprometéis a anunciar, defender y difundir la verdad. A menudo se trata de verdades relacionadas con las más diversas realidades del cosmos y de la historia. No siempre, como en los ámbitos de la teología y de la filosofía, el discurso aborda directamente el problema del sentido último de la vida y la relación con Dios. Sin embargo, este sigue siendo el horizonte más vasto de todo pensamiento. También en las investigaciones sobre aspectos de la vida que parecen completamente alejados de la fe, se esconde un deseo de verdad y de sentido que va más allá de lo particular y de lo contingente.

Cuando el hombre no es espiritualmente “sordo y mudo”, todo itinerario del pensamiento, de la ciencia y de la experiencia le hace ver también



un reflejo del Creador y suscita un deseo de él, con frecuencia escondido y quizá incluso reprimido, pero indeleble. Esto lo había comprendido muy bien san Agustín, que exclamaba: “Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti” (*Confesiones* I, 1, 1).

Vuestra vocación de estudiosos y profesores que habéis abierto el corazón a Cristo consiste en vivir y testimoniar eficazmente esta relación entre cada uno de los saberes y el “saber” supremo que se refiere a Dios y que, en cierto sentido, coincide con él, con su Verbo encarnado y con el Espíritu de verdad que él nos ha dado. Así, con vuestra contribución, la universidad se convierte en el lugar del *effetá*, donde Cristo, sirviéndose de vosotros, sigue realizando el milagro de abrir los oídos y los labios, suscitando una nueva escucha y una auténtica comunicación.

La libertad de investigación no debe temer este encuentro con Cristo. No perjudica el diálogo y el respeto a las personas, ya que la verdad cristiana, por su misma naturaleza, se propone y jamás se impone, y su punto fundamental es el profundo respeto del “sagrario de la conciencia” (*Redemptoris missio*, 39; cf. *Redemptor hominis*, 12; *Dignitatis humanae*, 3).

4. Nuestro tiempo es una época de grandes transformaciones, que afectan también al mundo universitario. El carácter humanístico de la cultura se manifiesta a veces de manera marginal, mientras que se acentúa la tendencia a reducir el horizonte del conocimiento a lo que es mensurable y a descuidar toda cuestión relativa al significado último de la realidad. Podríamos preguntarnos qué hombre prepara hoy la universidad.

Frente a los desafíos de un nuevo humanismo que sea auténtico e integral, la universidad necesita personas atentas a la palabra del único Maestro; necesita profesionales cualificados y testigos creíbles de Cristo. Ciertamente, es una misión difícil, que exige empeño constante, se alimenta de la oración y del estudio, y se expresa en la normalidad de la vida diaria.

Esta misión se apoya en la pastoral universitaria, que es al mismo tiempo atención espiritual a las personas y acción eficaz de animación cultural, en la que la luz del Evangelio orienta y humaniza los itinerarios de la investigación, del estudio y de la didáctica.

El centro de esa acción pastoral son las capillas universitarias, donde, profesores, alumnos y personal encuentran apoyo y ayuda para su vida cris-

tiana. Situadas como lugares significativos en el marco de la universidad, sostienen el compromiso de cada uno en las formas y en los modos que el ambiente universitario sugiere: son lugares del espíritu, palestras de virtudes cristianas, casas acogedoras y abiertas, y centros vivos y propulsores de animación cristiana de la cultura, mediante el diálogo respetuoso y sincero, la propuesta clara y motivada (cf. *1 P* 3, 15) y el testimonio que interroga y convence.

5. Queridos hermanos, es para mí una gran alegría celebrar hoy con vosotros el jubileo de las universidades. Vuestra multitudinaria y cualificada presencia constituye un signo elocuente de la fecundidad cultural de la fe.

Al fijar su mirada en el misterio del Verbo encarnado (cf. *Incarnationis mysterium*, 1), el hombre se encuentra a sí mismo (cf. *Gaudium et spes*, 22). Experimenta, además, una íntima alegría, que se expresa con el mismo estilo interior del estudio y de la enseñanza. La ciencia supera así los límites que la reducen a mero proceso funcional y pragmático, para encontrar de nuevo su dignidad de investigación al servicio del hombre en su verdad total, iluminada y orientada por el Evangelio.

Amadísimos profesores y alumnos, esta es vuestra vocación: hacer de la universidad el ambiente en el que se cultiva el saber, el lugar donde la persona encuentra perspectivas, sabiduría y estímulos para el servicio cualificado de la sociedad.

Encomiendo vuestro camino a María, *Sedes sapientiae*, cuya imagen os entrego hoy, para que la acojáis, como maestra y peregrina, en las ciudades universitarias del mundo. Ella, que sostuvo con su oración a los Apóstoles en los albores de la evangelización, os ayude también a vosotros a animar con espíritu cristiano el mundo universitario.

# HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

## JUBILEO DE LA TERCERA EDAD

**Domingo 17 de septiembre de 2000**

1. “Vosotros, ¿quién decís que soy yo?” (Mc 8, 29). Esta es la pregunta que Cristo formula a sus discípulos, después de haberlos interrogado sobre la opinión común de la gente. Así profundiza el diálogo con sus discípulos, casi obligándolos a dar una respuesta más directa y personal. En nombre de todos Pedro responde con prontitud y claridad de fe: “Tú eres el Mesías” (Mc 8, 29).

El diálogo de Jesús con los Apóstoles, que hemos vuelto a escuchar hoy en esta plaza con ocasión del *jubileo de la tercera edad*, nos impulsa a ahondar en el significado del acontecimiento que estamos celebrando. En el Año jubilar que recuerda el bimilenario del nacimiento de Cristo, toda la Iglesia eleva al Señor, de un modo muy particular, “una gran plegaria de alabanza y de acción de gracias sobre todo por el don de la encarnación del Hijo de Dios y de la redención realizada por él” (*Tertio millennio adveniente*, 32).

“Vosotros, ¿quién decís que soy yo?”. Ante esta pregunta, que nos sigue interpelando, *estamos aquí para hacer nuestra la respuesta de Pedro*, reconociendo en Cristo al Verbo encarnado, al Señor de nuestra vida.

2. Amadísimos hermanos y hermanas que habéis venido en peregrinación a Roma para vuestro jubileo, os doy mi más cordial bienvenida, feliz de celebrar con vosotros este singular momento de gracia y de comunión eclesial.

Os saludo a todos con afecto. Dirijo un saludo particular al señor cardenal James Francis Stafford y a todos los hermanos en el episcopado y en el sacerdocio aquí presentes. Envío un recuerdo afectuoso a todos los obispos y sacerdotes ancianos del mundo entero, así como a cuantos en la vida religiosa o laical han gastado sus energías en el cumplimiento de los deberes de su estado. ¡Gracias por vuestro ejemplo de amor, de entrega y de fidelidad a la vocación recibida!

Deseo expresar mi aprecio a cuantos han afrontado dificultades y molestias con tal de no faltar a esta cita. Sin embargo, al mismo tiempo, mi pensamiento va también a todas las personas ancianas, solas o enfermas, que no han podido salir de su casa, pero que están espiritualmente unidas a nosotros y siguen esta celebración a través de la radio y la televisión. A cuantos se encuentran en situaciones precarias o en dificultades particulares, les aseguro mi cercanía cordial y mi recuerdo en la oración.

3. El jubileo de la tercera edad, que hoy celebramos, reviste una importancia particular si se considera la presencia creciente de las personas ancianas en la sociedad actual. Celebrar el jubileo significa, ante todo, recoger *el mensaje de Cristo para esas personas*, pero, a la vez, *atesorar el mensaje de experiencia y sabiduría que ellas mismas transmiten* en esta etapa particular de su vida. Para muchas de ellas, la tercera edad es el tiempo de *reorganizar la propia vida*, haciendo fructificar la experiencia y las capacidades adquiridas.

En realidad, como subrayé en la *Carta a los ancianos* (cf. n. 13), *también la edad avanzada es un tiempo de gracia*, que invita a unirse con amor más intenso al misterio salvífico de Cristo y a participar más profundamente en su proyecto de salvación. Queridos ancianos, la Iglesia os mira con amor y confianza, comprometiéndose a favorecer la realización de un ambiente humano, social y espiritual en cuyo seno todas las personas puedan vivir de forma plena y digna esta importante etapa de su vida.

Precisamente durante estos días, el Consejo pontificio para los laicos ha querido dar una contribución a este aspecto de la pastoral, promoviendo una reflexión sobre el tema: "El don de una larga vida: responsabilidad y esperanza". He apreciado mucho esta iniciativa, y espero que este simposio estimule a las familias, al personal religioso y laico de las casas que acogen a los ancianos, así como a todos los agentes implicados en el servicio a la tercera edad, a contribuir activamente a la renovación de un compromiso social y pastoral específico. En efecto, aún se puede hacer mucho para acrecentar la conciencia de las exigencias de los ancianos, para ayudarles a expresar mejor sus capacidades, para facilitar su participación activa en la vida de la Iglesia y, sobre todo, para lograr que se respete y valore siempre y en todo lugar su dignidad de personas.

4. Todo esto lo iluminan las *lecturas de este domingo*, que nos invitan a profundizar el modo como se ha realizado el designio salvífico de Dios. Hemos escuchado en el libro del profeta Isaías *la descripción del Siervo*

*sufriente*, que es el retrato de una persona que se pone totalmente a disposición de Dios. “El Señor me abrió el oído; yo no resistí, ni me eché atrás” (Is 50, 5). El Siervo de Yahveh acepta la misión que se le ha encomendado, aunque es difícil y llena de peligros: la confianza que pone en Dios le da la fuerza y los recursos necesarios para cumplirla, permaneciendo firme incluso en medio de la adversidad.

El misterio de sufrimiento y de redención anunciado por la figura del Siervo de Yahveh *se realizó plenamente en Cristo*. Como hemos escuchado en el evangelio de hoy, Jesús comenzó a enseñar a los Apóstoles “que el Hijo del hombre tenía que padecer mucho” (Mc 8, 31). A primera vista, esta perspectiva resulta humanamente difícil de aceptar, como lo muestra también la reacción inmediata de Pedro y de los Apóstoles (cf. Mc 8, 32-35). ¿Y cómo podría ser de otro modo? El sufrimiento no puede por menos de causar miedo. Pero precisamente en el sufrimiento redentor de Cristo está *la verdadera respuesta al desafío del dolor*, que tanto influye en nuestra condición humana. En efecto, Cristo tomó sobre sí nuestros sufrimientos y cargó con nuestros dolores, iluminándonos, mediante su cruz y su resurrección, con una luz nueva de esperanza y de vida.

5. Queridos hermanos y hermanas, amigos ancianos, en un mundo como el actual, en el que a menudo se mitifican la fuerza y la potencia, *tenéis la misión de testimoniar los valores que cuentan de verdad*, más allá de las apariencias, y que permanecen para siempre porque están inscritos en el corazón de todo ser humano y garantizados por la palabra de Dios.

Precisamente por ser personas de la llamada “tercera edad”, tenéis una contribución específica que dar al desarrollo de una *auténtica “cultura de la vida”* -tenéis, o mejor, tenemos, porque también yo pertenezco a vuestra edad-, testimoniando que cada momento de la existencia es un don de Dios y cada etapa de la vida humana tiene sus riquezas propias que hay que poner a disposición de todos.

Vosotros mismos experimentáis cómo el tiempo que pasa sin el agobio de tantas ocupaciones puede favorecer una reflexión más profunda y un diálogo más amplio con Dios en la oración. Además, vuestra madurez os impulsa a compartir con los más jóvenes la sabiduría acumulada con la experiencia, sosteniéndolos en su esfuerzo por crecer y dedicándoles tiempo y atención en el momento en el que se abren al futuro y buscan su camino en la vida. Podéis realizar en favor de ellos una tarea realmente valiosa.

Amadísimos hermanos y hermanas, la Iglesia os contempla con gran estima y confianza. *La Iglesia os necesita*. Pero también la sociedad civil necesita de vosotros. Eso lo dije hace un mes a los jóvenes y ahora os lo digo a vosotros ancianos, a nosotros ancianos. La Iglesia necesita de nosotros, pero también la sociedad civil nos necesita. Sabed emplear generosamente el tiempo que tenéis a disposición y los talentos que Dios os ha concedido, ayudando y apoyando a los demás. Contribuid a anunciar el Evangelio como catequistas, animadores de la liturgia y testigos de vida cristiana. Dedicad tiempo y energías a la oración, a la lectura de la palabra de Dios y a reflexionar sobre ella.

6. “Yo, por las obras, te demostraré mi fe” (*St 2, 18*). Con estas palabras el apóstol Santiago nos ha invitado a expresar en la vida diaria, abiertamente y con valentía, nuestra fe en Cristo, especialmente a través de nuestras obras de caridad y solidaridad para con los necesitados (cf. *St 2, 15-16*).

Hoy doy gracias al Señor por nuestros numerosos hermanos que testimonian esa fe operante en el servicio diario a los ancianos, pero también por el gran número de ancianos que, en la medida de sus posibilidades, siguen prodigándose aún por los demás.

En esta alegre celebración del jubileo de la tercera edad queréis renovar *vuestra profesión de fe en Cristo*, único Salvador del hombre, y *vuestra adhesión a la Iglesia*, mediante el compromiso de una vida vivida con amor.

Juntos queremos hoy dar gracias por el don de la encarnación del Hijo de Dios y de la redención que realizó. Prosigamos la peregrinación de nuestra existencia diaria con la certeza de que la historia humana en su conjunto y también la historia personal de cada uno forman parte de un plan divino, iluminado por el misterio de la resurrección de Cristo.

Pidamos a María, Virgen peregrina en la fe y nuestra Madre celestial, que nos acompañe a lo largo del camino de la vida y nos ayude a pronunciar como ella nuestro “sí” a la voluntad de Dios, cantando junto con ella nuestro *Magnificat*, con la confianza y la alegría perenne del corazón.

**HOMILÍA DE JUAN PABLO II**  
**MISA DE CLAUSURA DEL XX CONGRESO**  
**MARIOLÓGICO-MARIANO INTERNACIONAL**

**Domingo 24 de septiembre de 2000**

*Amadísimos hermanos y hermanas:*

1. “Acercando a un niño, lo puso en medio de ellos” (Mc 9, 36). Este singular gesto de Jesús, que nos recuerda el evangelio que acabamos de proclamar, viene inmediatamente después de la recomendación con la que el Maestro había exhortado a sus discípulos a no desear el primado del poder, sino el del servicio. Una enseñanza que debió impactar profundamente a los Doce, que acababan de “discutir sobre quién era el más importante” (Mc 9, 34). Se podría decir que el Maestro sentía la necesidad de ilustrar una enseñanza tan difícil con *la elocuencia de un gesto lleno de ternura*. Abrazó a un niño, que según los parámetros de aquella época no contaba para nada, y casi se identificó con él: “El que acoge a un niño como este en mi nombre, me acoge a mí” (Mc 9, 37).

En esta eucaristía, que concluye el XX Congreso mariológico-mariano internacional y el jubileo mundial de los santuarios marianos, me agrada asumir como perspectiva de reflexión precisamente *ese singular icono evangélico*. En él se expresa, antes que una doctrina moral, una indicación *crisológica* e, indirectamente, una indicación *mariana*.

En el abrazo al niño Cristo revela ante todo la delicadeza de su corazón, capaz de todas las vibraciones de la sensibilidad y del afecto. Se nota, en primer lugar, *la ternura del Padre*, que desde la eternidad, en el Espíritu Santo, lo ama y en su rostro humano ve al “Hijo predilecto” en el que se complace (cf. Mc 1, 11; 9, 7). Se aprecia también *la ternura plenamente femenina y materna* con la que lo rodeó *María* en los largos años transcurridos en la casa de Nazaret. La tradición cristiana, sobre todo en la Edad Media, solía contemplar frecuentemente a la Virgen abrazando al niño Jesús. Por ejemplo, Aelredo de Rievaulx se dirige afectuosamente a *María* invitándola a abrazar al Hijo que, después de tres días, había encontrado en el templo (cf. Lc 2, 40-50): “Abraza, dulcísima Señora, abraza a Aquel a quien amas; arrójate a su cuello, abrázalo y bésalo, y compensa los tres días de su ausencia con múltiples delicias” (*De Iesu puero duodenni* 8: SCh 60, p. 64).

2. “Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos” (Mc 9, 35). En el icono del abrazo al niño se manifiesta toda la fuerza de este principio, que en la persona de Jesús, y luego también en la de María, encuentra su realización ejemplar.

Nadie puede decir como Jesús que es el “primero”. En efecto, él es el “primero y el último, el alfa y la omega” (cf. Ap 22, 13), el resplandor de la gloria del Padre (cf. Hb 1, 3). A él, en la resurrección, se le concedió “el nombre que está sobre todo nombre” (Flp 2, 9). Pero, en la pasión, él se manifestó también “el último de todos” y, como “servidor de todos”, no dudó en lavar los pies a sus discípulos (cf. Jn 13, 14).

Muy de cerca lo sigue María en este abajamiento. Ella, que tuvo la misión de la maternidad divina y los excepcionales privilegios que la sitúan por encima de toda otra criatura, se siente ante todo “la esclava del Señor” (Lc 1, 38. 48) y se dedica totalmente al servicio de su Hijo divino. Y, con pronta disponibilidad, también se convierte en “*servidora*” de sus hermanos, como lo muestran muy bien los episodios evangélicos de la Visitación y las bodas de Caná.

3. Por eso, el principio enunciado por Jesús en el evangelio ilumina también la grandeza de María. Su “*primado*” está enraizado en su “*humildad*”. Precisamente en esta humildad Dios la llamó y la colmó de sus favores, convirtiéndola en la *kexaritwmSnh*, la llena de gracia (cf. Lc 1, 28). Ella misma confiesa en el *Magnificat*: “Ha mirado la humillación de su esclava. (...) El Poderoso ha hecho obras grandes por mí” (Lc 1, 48-49).

En el Congreso mariológico que acaba de concluir, habéis fijado la mirada en las “obras grandes” realizadas en María, considerando su dimensión más interior y profunda, es decir, su *relación especialísima con la Trinidad*. Si María es la *Theotókos*, la Madre del Hijo unigénito de Dios, no nos ha de sorprender que también goce de una relación completamente única con el Padre y el Espíritu Santo.

Ciertamente, esta relación no le evitó, en su vida terrena, las pruebas de la condición humana: *María vivió plenamente la realidad diaria de numerosas familias humildes de su tiempo*, experimentó la pobreza, el dolor, la fuga, el exilio y la incomprensión. Así pues, su grandeza espiritual no la “*aleja*” de nosotros: *recorrió nuestro camino y ha sido solidaria con nosotros en la “peregrinación de la fe”* (*Lumen gentium*, 58). Pero en este camino interior María



cultivó una fidelidad absoluta al designio de Dios. Precisamente en el abismo de esta fidelidad reside también el abismo de grandeza que la transforma en “la criatura más humilde y elevada” (Dante, *Paraíso* XXXIII, 2).

4. María destaca ante nosotros sobre todo como “hija predilecta” (*Lumen gentium*, 53) del Padre. Si todos hemos sido llamados por Dios “a ser sus hijos adoptivos por obra de Jesucristo” (cf. *Ef* 1, 5), “hijos en el Hijo”, esto vale de modo singular para ella, que tiene el privilegio de poder repetir con plena verdad humana las palabras pronunciadas por Dios Padre sobre Jesús: “Tú eres mi Hijo” (cf. *Lc* 3, 22; 2, 48). Para llevar a cabo su tarea materna, fue dotada de una excepcional santidad, en la que descansa la mirada del Padre.

Con la segunda persona de la Trinidad, el Verbo encarnado, María tiene una relación única, al participar directamente en el misterio de la Encarnación. Ella es la Madre y, como tal, Cristo la honra y la ama. Al mismo tiempo, ella lo reconoce como su Dios y Señor, haciéndose su *discípula con corazón atento y fiel* (cf. *Lc* 2, 19. 51) y su *compañera generosa en la obra de la redención* (cf. *Lumen gentium*, 61). En el Verbo encarnado y en María la distancia infinita entre el Creador y la criatura se ha transformado en máxima cercanía; ellos son el espacio santo de las misteriosas bodas de la naturaleza divina con la humana, el lugar donde la Trinidad se manifiesta por vez primera y donde María representa a la humanidad nueva, dispuesta a reanudar, con amor obediente, el diálogo de la alianza.

5. Y ¿qué decir de su relación con el Espíritu Santo? *María es el “sagrario” purísimo donde él habita*. La tradición cristiana ve en María el prototipo de la respuesta dócil a la moción interior del Espíritu, el modelo de una plena acogida de sus dones. El Espíritu sostiene su fe, fortalece su esperanza y reaviva la llama de su amor. El Espíritu hace fecunda su virginidad e inspira su cántico de alegría. El Espíritu ilumina su meditación sobre la Palabra, abriéndole progresivamente la inteligencia a la comprensión de la misión de su Hijo. Y es también el Espíritu quien consuela su corazón quebrantado en el Calvario y la prepara, en la espera orante del Cenáculo, para recibir la plena efusión de los dones de Pentecostés.

6. Amadísimos hermanos y hermanas, ante este misterio de gracia se ve muy bien cuán apropiados han sido en el Año jubilar los dos acontecimientos que concluyen con esta celebración eucarística: el Congreso mariológico-mariano internacional y el jubileo mundial de los santuarios maria-

nos. ¿No estamos celebrando el bimilenario del nacimiento de Cristo? Así pues, es natural que el *jubileo del Hijo sea también el jubileo de la Madre*.

Por tanto, es de desear que, entre los frutos de este año de gracia, además de un amor más intenso a Cristo, se cuente también el de *una renovada piedad mariana*. Sí, hay que amar y honrar mucho a María, pero con una devoción que, para ser auténtica, debe *estar bien fundada en la Escritura y en la Tradición*, valorando ante todo la liturgia y sacando de ella una orientación segura para las manifestaciones más espontáneas de la religiosidad popular; debe expresarse *en el esfuerzo por imitar a la Toda santa* en un camino de perfección personal; debe *alejarse de toda forma de superstición y de credulidad vana*, acogiendo en su sentido correcto, en sintonía con el discernimiento eclesial, las manifestaciones extraordinarias con las que la santísima Virgen suele concederse para el bien del pueblo de Dios; y debe ser *capaz de remon-tarse siempre hasta la fuente de la grandeza de María*, convirtiéndose en incesante *Magnificat* de alabanza al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

7. Amadísimos hermanos y hermanas, “el que acoge a un niño como este en mi nombre, me acoge a mí”, nos ha dicho Jesús en el Evangelio. Con mayor razón, podría decirnos: “El que acoge a mi Madre, me acoge a mí”. Y María, por su parte, acogida con amor filial, nos señala una vez más a su Hijo, como hizo en las bodas de Caná: “Haced lo que él os diga” (Jn 2, 5).

Queridos hermanos, que esta sea la consigna de la celebración jubilar de hoy que une, en una sola alabanza, a Cristo y a su Madre santísima. A cada uno de vosotros deseo que reciba abundantes frutos espirituales de ella y se sienta estimulado a una auténtica renovación de vida. *Ad Iesum per Mariam!* Amén.

## *ACTO DE CONSAGRACIÓN A MARÍA* **8 de octubre de 2000**

1. Mujer, ahí tienes a tu hijo! (*Jn 19, 26*)  
Mientras se acerca el final de este Año Jubilar,  
en el que tú, Madre, nos has ofrecido de nuevo a Jesús,  
el fruto bendito de tu purísimo vientre,  
el Verbo hecho carne, el Redentor del mundo,  
resuena con especial dulzura para nosotros esta palabra suya  
que nos conduce hacia ti, al hacerte Madre nuestra:  
¡Mujer, ahí tienes a tu hijo  
Al encomendarte al apóstol Juan,  
y con Él a los hijos de la Iglesia,  
más aún a todos los hombres,  
Cristo no atenuaba, sino que confirmaba,  
su papel exclusivo como Salvador del mundo.  
Tú eres esplendor que no ensombrece la luz de Cristo,  
porque vives en Él y para Él.  
Todo en ti es ¡fiat!: Tú eres la Inmaculada,  
eres transparencia y plenitud de gracia.  
Aquí estamos, pues, tus hijos, reunidos en torno a ti  
en el alba del nuevo Milenio.  
Hoy la Iglesia, con la voz del Sucesor de Pedro,  
a la que se unen tantos Pastores  
provenientes de todas las partes del mundo,  
busca amparo bajo tu materna protección  
e implora confiada tu intercesión  
ante los desafíos ocultos del futuro.
  
2. Son muchos los que, en este año de gracia,  
han vivido y están viviendo  
la alegría desbordante de la misericordia  
que el Padre nos ha dado en Cristo.  
En las Iglesias particulares esparcidas por el mundo  
y, aún más, en este centro del cristianismo,  
muchas clases de personas  
han acogido este don.  
Aquí ha vibrado el entusiasmo de los jóvenes,  
aquí se ha elevado la súplica de los enfermos.

Por aquí han pasado sacerdotes y religiosos,  
artistas y periodistas,  
hombres del trabajo y de la ciencia,  
niños y adultos,  
y todos ellos han reconocido en tu amado Hijo  
al Verbo de Dios, encarnado en tu seno.  
Haz, Madre, con tu intercesión,  
que los frutos de este Año no se disipen,  
y que las semillas de gracia se desarrollen  
hasta alcanzar plenamente la santidad,  
a la que todos estamos llamados

3. Hoy queremos confiarte el futuro que nos espera,  
rogándote que nos acompañes en nuestro camino.  
Somos hombres y mujeres de una Época extraordinaria,  
tan apasionante como rica de contradicciones.  
La humanidad posee hoy instrumentos de potencia inaudita.  
Puede hacer de este mundo un jardín  
o reducirlo a un cúmulo de escombros.  
Ha logrado una extraordinaria capacidad de intervenir  
en las fuentes mismas de la vida:  
Puede usarlas para el bien, dentro del marco de la ley moral,  
o ceder al orgullo miope  
de una ciencia que no acepta límites,  
llegando incluso a pisotear el respeto debido a cada ser humano.  
Hoy, como nunca en el pasado,  
la humanidad está en una encrucijada.  
Y, una vez más, la salvación está sólo y enteramente,  
oh Virgen Santa, en tu hijo Jesús.
- 4.. Por esto, Madre, como el apóstol Juan,  
nosotros queremos acogerte en nuestra casa (cf. *Jn* 19, 27),  
para aprender de ti a ser como tu Hijo.  
«¡Mujer, aquí tienes a tus hijos!».  
Estamos aquí, ante ti,  
para confiar a tus cuidados maternos  
a nosotros mismos, a la Iglesia y al mundo entero.  
Ruega por nosotros a tu querido Hijo,  
para que nos dé con abundancia el Espíritu Santo,  
el Espíritu de verdad que es fuente de vida.

Acógelos por nosotros y con nosotros,  
como en la primera comunidad de Jerusalén,  
reunida en torno a ti el día de Pentecostés (cf. *Hch* 1, 14).  
Que el Espíritu abra los corazones a la justicia y al amor,  
guíe a las personas y las naciones hacia una comprensión recíproca  
y hacia un firme deseo de paz.  
Te encomendamos a todos los hombres,  
comenzando por los más débiles:  
a los niños que aún no han visto la luz  
y a los que han nacido en medio de la pobreza y el sufrimiento;  
a los jóvenes en busca de sentido,  
a las personas que no tienen trabajo  
y a las que padecen hambre o enfermedad.  
Te encomendamos a las familias rotas,  
a los ancianos que carecen de asistencia  
y a cuantos están solos y sin esperanza.

5. Oh Madre, que conoces los sufrimientos  
y las esperanzas de la Iglesia y del mundo,  
ayuda a tus hijos en las pruebas cotidianas  
que la vida reserva a cada uno  
y haz que, por el esfuerzo de todos,  
las tinieblas no prevalezcan sobre la luz.  
A ti, aurora de la salvación, confiamos  
nuestro camino en el nuevo Milenio,  
para que bajo tu guía  
todos los hombres descubran a Cristo,  
luz del mundo y único Salvador,  
que reina con el Padre y el Espíritu Santo  
por los siglos de los siglos. Amén.



# HOMILÍA DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II JUBILEO DE LOS OBISPOS

**Domingo 8 de octubre de 2000**

1. “Concedenos, Señor, la sabiduría del corazón” (Salmo responsorial).

Hoy la plaza de San Pedro se asemeja a *un gran Cenáculo*, pues acoge a obispos de todas las partes del mundo, que han venido a Roma para celebrar su jubileo. La memoria del apóstol san Pedro, evocada por su tumba bajo el altar de la gran basílica vaticana, invita a volver espiritualmente a *la primera sede del Colegio apostólico*, el Cenáculo de Jerusalén, donde recientemente tuve la alegría de celebrar la Eucaristía, durante mi peregrinación a Tierra Santa.

Un puente ideal, que cruza siglos y continentes, une hoy el Cenáculo a esta plaza, en la que se han dado cita los que, en el Año santo 2000, son los *sucesores de aquellos primeros Apóstoles de Cristo*. A todos vosotros, amadísimos y venerados hermanos, os doy un abrazo cordial, que extendiendo con el mismo afecto a cuantos no han podido venir, pero están unidos espiritualmente a nosotros desde sus sedes.

Juntos hagamos nuestra la invocación del Salmo: “Concedenos, Señor, la sabiduría del corazón”. En esta *sapientia cordis*, que es don de Dios, podemos resumir el fruto de nuestra convocación jubilar. Consiste en la configuración interior con Cristo, Sabiduría del Padre, mediante la acción del Espíritu Santo. Para obtener este don, indispensable para el buen gobierno de la Iglesia, nosotros, los pastores, debemos ser los primeros en pasar a través de él, “puerta de las ovejas” (Jn 10, 7). Debemos imitarlo a él, “buen Pastor” (Jn 10, 11. 14), para que los fieles, escuchándonos a nosotros, lo escuchen a él y, siguiéndonos a nosotros, lo sigan a él, único Salvador, ayer, hoy y siempre.

2. Dios concede la sabiduría del corazón *mediante su Palabra*, viva, eficaz, capaz de penetrar hasta lo más íntimo del hombre, como nos ha dicho el autor de la carta a los Hebreos (cf. Hb 4, 12) en el pasaje que acabamos de proclamar. La Palabra divina, después de haber sido dirigida “en distintas ocasiones y de muchas maneras antiguamente a nuestros padres por los

profetas" (*Hb 1, 1*), en los últimos tiempos fue enviada a los hombres en la persona misma del Hijo (cf. *Hb 1, 2*).

Nosotros, los pastores, en virtud del *munus docendi*, estamos llamados a ser heraldos cualificados de esta Palabra. "Quien a vosotros os escucha, a mí me escucha" (*Lc 10, 16*). Es una *tarea exaltante*, pero también *una gran responsabilidad*. Se nos ha confiado una palabra viva. Por tanto, debemos anunciarla con nuestra vida, antes que con nuestros labios. Es una palabra que coincide con la persona de Cristo mismo, el "Verbo hecho carne" (*Jn 1, 14*). Por consiguiente, es *el rostro de Cristo* lo que hemos de mostrar a los hombres; es *su cruz* lo que debemos anunciarles, haciéndolo con el vigor de san Pablo: "Nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y este crucificado" (*1 Co 2, 2*).

3. "Ya ves que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido" (*Mc 10, 28*). Esta afirmación de san Pedro expresa la radicalidad de la elección que se exige al apóstol, una radicalidad que resulta más clara a la luz del diálogo exigente de Jesús con el joven rico. Como condición para la vida eterna, el Maestro le indicó la observancia de los mandamientos. Ante su deseo de mayor perfección, le respondió con una mirada de amor y una propuesta totalitaria: "Anda, vende lo que tienes, da el dinero a los pobres -así tendrás un tesoro en el cielo-, y luego sígueme" (*Mc 10, 21*). Sobre estas palabras de Cristo cayó, como si el cielo se hubiera oscurecido repentinamente, la tristeza del rechazo. Entonces Jesús pronunció una de sus sentencias más severas: "¡Qué difícil es entrar en el reino de Dios!" (*Mc 10, 24*). Pero él mismo, ante el desconcierto de los Apóstoles, mitigó esa sentencia, recurriendo al poder de Dios: "Nada es imposible para Dios" (*Mc 10, 27*).

La intervención de san Pedro se convierte en expresión de la gracia con que Dios transforma al hombre y lo hace capaz de una entrega total. "Lo hemos dejado todo y te hemos seguido" (*Mc 10, 28*). *Así es como se llega a ser apóstol*. Y así es como se experimenta también el cumplimiento de la promesa de Cristo sobre el "ciento por uno": el apóstol que ha dejado todo por seguir a Cristo ya vive en esta tierra, a pesar de las inevitables pruebas, una existencia realizada y gozosa.

Venerados hermanos, ¡cómo no expresar en este momento *nuestra gratitud al Señor por el don de la vocación*, primero al sacerdocio y después a su plenitud en el episcopado! Dirigiendo la mirada atrás, a las vicisitudes de nuestra vida, una gran emoción nos invade el corazón al constatar de cuán-



tas maneras el Señor nos ha demostrado su amor y su misericordia. En verdad, *“misericordias Domini in aeternum cantabo!”* (Sal 89, 2).

4. *Para el obispo*, sucesor de los Apóstoles, *Cristo lo es todo*. Puede repetir a diario con san Pablo: *“Para mí la vida es Cristo...”* (Flp 1, 21). Esto es lo que él debe *testimoniar con toda su conducta*. El concilio Vaticano II enseña: *“Los obispos han de prestar atención a su misión apostólica como testigos de Cristo ante todos los hombres”* (*Christus Dominus*, 11).

Al hablar de los obispos como *testigos*, no puedo por menos de hacer memoria, en esta solemne celebración jubilar, de los numerosos *obispos* que, en el arco de dos milenios, han dado a Cristo el supremo testimonio del martirio, siguiendo el ejemplo de los Apóstoles y fecundando la Iglesia con el derramamiento de su sangre.

En el siglo XX, de modo particular, *han abundando estos testigos*, algunos de los cuales yo mismo he tenido la alegría de elevar al honor de los altares. Hace una semana inscribí en el *catálogo de los santos* a cuatro obispos mártires en China: Gregorio Grassi, Antonino Fantosati, Francisco Fogolla y Luis Versiglia. Entre los *beatos*, veneramos a Miguel Kozal, Antonio Julián Nowowiejski, León Wetmanski y Ladislao Goral, que murieron en los campos de concentración nazis. A ellos se añaden Diego Ventaja Milán, Manuel Medina Olmos, Anselmo Polanco y Florentino Asensio Barroso, asesinados durante la guerra civil española. Además, en el largo invierno del totalitarismo comunista, florecieron en Europa oriental los *beatos mártires* Guillermo Apor, húngaro, Vicente Eugenio Bossilkov, búlgaro, y Luis Stepinac, croata.

Al mismo tiempo, es justo y necesario dar gracias a Dios por todos los *pastores sabios y generosos* que, a lo largo de los siglos, han ilustrado a la Iglesia con sus enseñanzas y sus ejemplos. ¡Cuántos santos y *beatos confesores* hay entre los obispos! Pienso, por ejemplo, en las luminosas figuras de san Carlos Borromeo y san Francisco de Sales; pienso también en los Papas Pío IX y Juan XXIII, a quienes recientemente tuve la alegría de proclamar *beatos*.

Amadísimos hermanos, *“rodeados por una nube tan grande de testigos”* (Hb 12, 1), *renovemos nuestra respuesta al don de Dios*, que recibimos con la ordenación episcopal. *“Quitémonos lo que nos estorba y el pecado que nos ata, y corramos la carrera que nos toca, sin retirarnos, fijos los ojos en Jesús”*, Pastor de los pastores (Hb 12, 1-2).

5. Al considerar el misterio de la Iglesia y su misión en el mundo contemporáneo, el concilio ecuménico Vaticano II sintió la necesidad de dedicar una atención especial al oficio pastoral de los obispos. Hoy, en el umbral del tercer milenio, el desafío de la *nueva evangelización* pone ulteriormente de relieve el ministerio episcopal: el pastor es el primer responsable y animador de la comunidad eclesial, tanto en la exigencia de comunión como en la proyección misionera. Frente al relativismo y al subjetivismo que contaminan gran parte de la cultura contemporánea, *los obispos están llamados a defender y promover la unidad doctrinal* de sus fieles. Solícitos por las situaciones en las que se pierde o ignora la fe, trabajan con todas sus fuerzas en favor de la *evangelización*, preparando para ello a sacerdotes, religiosos y laicos y poniendo a su disposición los recursos necesarios (cf. *Christus Dominus*, 6).

Recordando la enseñanza conciliar (cf. *ib.*, 7), hoy queremos expresar desde esta plaza nuestra *solidaridad fraterna a los obispos que son objeto de persecución*, a los que se encuentran en la cárcel y a los que impiden ejercer su ministerio. Y, en nombre del vínculo sacramental, extendemos con afecto el recuerdo y la oración *a nuestros hermanos sacerdotes que sufren esas mismas pruebas*. La Iglesia les agradece el bien inestimable que, con su oración y su sacrificio, aportan al Cuerpo místico.

6. “Descienda sobre nosotros la bondad del Señor, nuestro Dios, y haga prósperas las obras de nuestras manos, ¡prosperes la obra de nuestras manos!” (*Sal 89, 17*).

En nuestro jubileo, amadísimos hermanos en el episcopado, la bondad del Señor ha descendido con abundancia sobre nosotros. La luz y la fuerza que brotan de ella sin duda harán prósperas “las obras de nuestras manos”, es decir, el trabajo que se nos ha confiado en el campo de Dios que es la Iglesia.

En estas jornadas jubilares, para nuestro apoyo y consuelo, hemos querido subrayar la presencia de María santísima, nuestra Madre, en medio de nosotros. Lo hicimos ayer por la tarde, con el rezo en común del rosario, y lo hacemos hoy, con el *Acto de consagración*, que realizaremos al final de la misa. Es un acto que viviremos *con espíritu colegial*, sintiendo cercanos a nosotros a los numerosos obispos que, desde sus sedes respectivas, se unen a nuestra celebración, realizando con sus fieles este mismo acto. La venerada imagen de la Virgen de Fátima, que tenemos la alegría de acoger en medio de nosotros, nos ayuda a revivir la experiencia del primer Colegio

apostólico, reunido en oración en el Cenáculo con María, la Madre de Jesús.

*Reina de los Apóstoles, ruega con nosotros y por nosotros, para que el Espíritu Santo descienda con abundancia sobre la Iglesia, a fin de que resplandezca en el mundo cada vez más unida, santa, católica y apostólica. Amén.*



# HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

## JUBILEO DE LAS FAMILIAS

**Domingo 15 de octubre de 2000**

1. “Nos bendiga el Señor, fuente de la vida”. Amadísimos hermanos y hermanas, esta invocación, que hemos repetido en el Salmo responsorial, sintetiza muy bien la oración diaria de toda familia cristiana, y hoy, en esta celebración eucarística jubilar, expresa eficazmente el sentido de nuestro encuentro.

Habéis venido aquí no sólo *como individuos*, sino también *como familias*. Habéis llegado a Roma desde todas las partes del mundo, con la profunda convicción de que la familia es un gran don de Dios, un don originario, marcado por su bendición.

En efecto, así es. Desde los albores de la creación, sobre la familia se posó la mirada y la bendición de Dios. Dios creó al hombre y a la mujer a su imagen, y les dio una tarea específica para el desarrollo de la familia humana: “Los bendijo y les dijo: Creced, multiplicaos y llenad la tierra” (*Gn 1, 28*).

Vuestro jubileo, amadísimas familias, es un canto de alabanza por esta bendición originaria. Descendió sobre vosotros, esposos cristianos, cuando, al celebrar vuestro matrimonio, os prometisteis amor eterno delante de Dios. La recibirán hoy las ocho parejas de diferentes partes del mundo, que han venido a celebrar su matrimonio en el solemne marco de este rito jubilar.

Sí, *que os bendiga el Señor, fuente de la vida*. Abríos al flujo siempre nuevo de esta bendición, que encierra una fuerza creadora, regeneradora, capaz de eliminar todo cansancio y asegurar lozanía perenne a vuestro don.

2. Esta bendición originaria va unida a un designio preciso de Dios, que su palabra nos acaba de recordar: “No está bien que el hombre esté solo; voy a hacerle alguien como él que le ayude” (*Gn 2, 18*). Así es como el autor sagrado presenta en el libro del Génesis *la exigencia fundamental* en la que se basa tanto la unión conyugal de un hombre y una mujer como la vida de la familia que nace de ella. Se trata de *una exigencia de comunión*. El ser huma-

no no fue creado para la soledad; en su misma naturaleza espiritual lleva arraigada una vocación relacional. En virtud de esta vocación, crece en la medida en que entra en relación con los demás, encontrándose plenamente “en la entrega sincera de sí mismo” (*Gaudium et spes*, 24).

Al ser humano no le bastan *relaciones simplemente funcionales*. Necesita *relaciones interpersonales*, llenas de interioridad, gratuidad y espíritu de oblación. Entre estas, es fundamental la que se realiza en la familia: no sólo en las relaciones entre los esposos, sino también entre ellos y sus hijos. Toda la gran red de las relaciones humanas nace y se regenera continuamente a partir de la relación con la cual un hombre y una mujer se reconocen hechos el uno para el otro, y deciden unir sus existencias en un único proyecto de vida: “Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne” (*Gn 2, 24*).

3. *¡Una sola carne!* ¡Cómo no captar la fuerza de esta expresión! El término bíblico “carne” no evoca sólo el aspecto físico del hombre, sino también *su identidad global de espíritu y cuerpo*. Lo que los esposos realizan no es únicamente un encuentro corporal; es, además, una verdadera unidad de sus personas. Se trata de una unidad tan profunda que, de alguna manera, los convierte en *un reflejo del “Nosotros” de las tres Personas divinas* en la historia (cf. *Carta a las familias*, 8).

Así se comprende el gran reto que plantea el debate de Jesús con los fariseos en el evangelio de san Marcos, que acabamos de proclamar. Para los interlocutores de Jesús, se trataba de un problema de interpretación de la ley mosaica, que permitía el repudio, provocando debates sobre las razones que podían legitimarlo. Jesús supera totalmente esa visión legalista, yendo *al núcleo del designio de Dios*. En la norma mosaica ve una concesión a la *sklhro-kard | a*, a la “dureza del corazón”. Pero Jesús no se resigna a esa dureza. ¿Y cómo podría hacerlo él, que vino precisamente para eliminarla y ofrecer al hombre, con la redención, la fuerza necesaria para vencer las resistencias debidas al pecado? Jesús no tiene miedo de volver a recordar el designio originario: “Al principio de la creación Dios los creó hombre y mujer” (*Mc 10, 6*).

4. *¡Al principio!* Sólo él, Jesús, conoce al Padre “desde el principio”, y conoce también al hombre “desde el principio”. Él es, a la vez, el revelador del Padre y el revelador del hombre al hombre (cf. *Gaudium et spes*, 22). Por eso, siguiendo sus huellas, la Iglesia tiene la tarea de testimoniar en la historia este designio originario, manifestando que es verdad y que es practicable.

Al hacerlo, la Iglesia no desconoce las dificultades y los dramas que la experiencia histórica concreta registra en la vida de las familias. Pero también sabe que la voluntad de Dios, acogida y realizada con todo el corazón, no es una cadena que esclaviza, sino *la condición de una libertad verdadera que tiene su plenitud en el amor*. Asimismo, la Iglesia sabe -y la experiencia diaria se lo confirma- que cuando este designio originario se oscurece en las conciencias, la sociedad sufre un daño incalculable.

Ciertamente, existen dificultades. Pero Jesús ha proporcionado a los esposos los medios de gracia adecuados para superarlas. Por voluntad suya, el matrimonio ha adquirido, en los bautizados, *el valor y la fuerza de un signo sacramental*, que consolida sus características y sus prerrogativas. En efecto, en el matrimonio sacramental los esposos, como harán dentro de poco las parejas jóvenes cuya boda bendeciré, se comprometen a manifestarse mutuamente y a testimoniar al mundo *el amor fuerte e indisoluble con el que Cristo ama a la Iglesia*. Se trata del “gran misterio”, como lo llama el apóstol san Pablo (cf. *Ef* 5, 32).

5. “Os bendiga Dios, fuente de la vida”. La bendición de Dios no sólo es el origen de la comunión conyugal, sino también *de la apertura responsable y generosa a la vida*. Los hijos son en verdad la “primavera de la familia y de la sociedad”, como reza el lema de vuestro jubileo. El matrimonio florece en los hijos: ellos coronan la comunión total de vida (“*totius vitae consortium*”: *Código de derecho canónico*, c. 1055, 1), que convierte a los esposos en “una sola carne”; y esto vale tanto para los hijos nacidos de la *relación natural* entre los cónyuges, como para los queridos mediante la *adopción*. Los hijos no son un “accesorio” en el proyecto de una vida conyugal. No son “algo opcional”, sino “el don más excelente” (*Gaudium et spes*, 50), inscrito en la estructura misma de la unión conyugal.

La Iglesia, como se sabe, enseña *la ética del respeto a esta institución fundamental* en su significado al mismo tiempo unitivo y procreador. De este modo, expresa el acatamiento que debe dar al designio de Dios, delineando un cuadro de relaciones entre los esposos basadas en la aceptación recíproca sin reservas. De este modo se respeta, sobre todo, el derecho de los hijos a nacer y crecer en un ambiente de amor plenamente humano. Conformándose a la palabra de Dios, la familia se transforma así en laboratorio de humanización y de verdadera solidaridad.

6. A esta tarea están llamados los padres y los hijos, pero, como ya escribí en 1994, con ocasión del Año de la familia, “el “*nosotros*” de los padres, marido y mujer, se desarrolla, por medio de la generación y de la educación, en el “*nosotros*” de la familia, que deriva de las generaciones precedentes y se abre a una gradual expansión” (*Carta a las familias*, 16). Cuando se respetan las funciones, logrando que la relación entre los esposos y la relación entre los padres y los hijos se desarrollen de manera armoniosa y serena, es natural que para la familia adquieran significado e importancia *también los demás parientes*, como los abuelos, los tíos y los primos. A menudo, en estas relaciones fundadas en el afecto sincero y en la ayuda mutua, la familia desempeña un papel realmente insustituible, para que las personas que se encuentran en dificultad, los solteros, las viudas y los viudos, y los huérfanos encuentren un ambiente agradable y acogedor. *La familia no puede encerrarse en sí misma*. La relación afectuosa con los parientes es el primer ámbito de esta apertura necesaria, que proyecta a la familia hacia la sociedad entera.

7. Así pues, queridas familias cristianas, acoged con confianza *la gracia jubilar*, que Dios derrama abundantemente en esta Eucaristía. Acogedla tomando como modelo a *la familia de Nazaret* que, aunque fue llamada a una misión incomparable, recorrió *vuestro mismo camino*, entre alegrías y dolores, entre oración y trabajo, entre esperanzas y pruebas angustiosas, siempre arraigada en la adhesión a la voluntad de Dios. Ojalá que vuestras familias sean cada vez más verdaderas “*iglesias domésticas*”, desde las cuales se eleve a diario la alabanza a Dios y se irradie a la sociedad un flujo de amor benéfico y regenerador.

“¡Nos bendiga el Señor, fuente de vida!”. Que este jubileo de las familias constituya para todos los que lo estáis viviendo un gran momento de gracia. Que sea también para la sociedad una invitación a reflexionar en el significado y en el valor de este gran don que es la familia, formada según el corazón de Dios.

Que la Virgen María, “Reina de la familia”, os acompañe siempre con su mano materna.



# HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II JORNADA MUNDIAL DE LAS MISIONES

**Domingo 22 de octubre de 2000**

1. “El Hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para servir y dar su vida como rescate por muchos” (Mc 10, 45).

Estas palabras del Señor, amadísimos hermanos y hermanas, resuenan hoy, Jornada mundial de las misiones, como *buena nueva para toda la humanidad* y como programa de vida para la Iglesia y para cada cristiano. Lo ha recordado al inicio de la celebración el cardenal Jozef Tomko, prefecto de la Congregación para la evangelización de los pueblos, informando de que se hallan presentes, esta mañana, en esta plaza, delegados de 127 naciones que han participado en el Congreso misionero internacional, y estudiosos de varias confesiones que han venido para el Congreso misionológico internacional. Agradezco al cardenal Tomko las palabras de felicitación que me ha dirigido y todo el trabajo que, juntamente con los miembros de la Congregación que preside, lleva a cabo al servicio del anuncio del Evangelio en el mundo.

“El Hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para servir y dar su vida como rescate por muchos”. Estas palabras constituyen la auto-presentación del Maestro divino. Jesús afirma de sí mismo que vino para servir y que precisamente en el servicio y en la entrega total de sí hasta la cruz revela el amor del Padre. Su rostro de “siervo” no disminuye su grandeza divina; más bien, la ilumina con una nueva luz.

Jesús es el “Sumo Sacerdote” (Hb 4, 14); es el Verbo que “estaba en el principio en Dios: todo fue hecho por él, y sin él no se hizo nada de cuanto existe” (Jn 1, 2). Jesús es el Señor, que “a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango, y tomó la condición de esclavo” (Flp 1, 6-7); Jesús es el Salvador, al que “podemos acercarnos con plena confianza”. Jesús es “el camino, la verdad y la vida” (Jn 14, 6), el pastor que ha dado la vida por las ovejas (cf. Jn 10, 11), el jefe que nos lleva a la vida (cf. Hch 3, 15).

2. *El compromiso misionero brota como fuego de amor de la contemplación de Jesús y del atractivo que posee.* El cristiano que ha contemplado a

Jesucristo no puede menos de sentirse arrebatado por su esplendor (cf. *Vita consecrata*, 14) y testimoniar su fe en Cristo, único Salvador del hombre. ¡Qué gran gracia es esta fe que hemos recibido como don de lo alto, sin ningún mérito por nuestra parte! (cf. *Redemptoris missio*, 11).

Esta gracia se transforma, a su vez, en *f fuente de responsabilidad*. Es una gracia que nos convierte en heraldos y apóstoles: precisamente por eso decía yo en la encíclica *Redemptoris missio* que “la misión es un problema de fe, es el índice exacto de nuestra fe en Cristo y en su amor por nosotros” (n. 11). Y también: “El misionero, si no es contemplativo, no puede anunciar a Cristo de modo creíble” (*ib.*, 91).

Fijando nuestra mirada en Jesús, el misionero del Padre y el sumo sacerdote, el autor y perfeccionador de nuestra fe (cf. *Hb* 3, 1; 12, 2), es como aprendemos el sentido y el estilo de la misión.

3. Él no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida por todos. Siguiendo las huellas de Cristo, la entrega de sí a todos los hombres constituye un *imperativo fundamental para la Iglesia* y a la vez una *indicación de método para su misión*.

Entregarse significa, ante todo, *reconocer al otro en su valor* y en sus necesidades. “La actitud misionera comienza siempre con un sentimiento de profunda estima frente a lo que “en el hombre había”, por lo que él mismo, en lo íntimo de su espíritu, ha elaborado respecto a los problemas más profundos e importantes; se trata de respeto por todo lo que en él ha obrado el Espíritu, que “sopla donde quiere”” (*Redemptor hominis*, 12).

Como Jesús reveló la solidaridad de Dios con la persona humana asumiendo totalmente su condición, excepto el pecado, así la Iglesia quiere ser solidaria con “el gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de todos los afligidos” (*Gaudium et spes*, 1). Se acerca a la persona humana con la discreción y el respeto de quien quiere prestar un servicio y cree que *el servicio primero y mayor es el de anunciar el Evangelio de Jesús*, dar a conocer al Salvador, a Aquel que ha revelado al Padre y a la vez ha revelado el hombre al hombre.

4. La Iglesia quiere anunciar a Jesús, el Cristo, hijo de María, *siguiendo el camino que Cristo mismo recorrió*: el servicio, la pobreza, la humildad y la cruz. Por tanto, debe resistir con fuerza a las tentaciones que el pasaje evan-

gético de hoy nos permite entrever en el comportamiento de los dos hermanos, los cuales querían sentarse “uno a la derecha y otro a la izquierda” del Maestro, y también de los demás discípulos, que se dejaron llevar del espíritu de rivalidad y competencia. La palabra de Cristo traza una *neta línea de división* entre el espíritu de dominio y el de servicio. Para un discípulo de Cristo ser el primero significa ser “servidor de todos”.

Es una alteración radical de valores, que sólo se comprende dirigiendo la mirada al Hijo del hombre “despreciado y abandonado de los hombres, varón de dolores y familiarizado con el sufrimiento” (Is 53, 3). Son las palabras que el Espíritu Santo hará comprender a su Iglesia con respecto al misterio de Cristo. Sólo en Pentecostés los Apóstoles recibirán la capacidad de creer en la “fuerza de la debilidad”, que se manifiesta en la cruz.

Y aquí *mi pensamiento va a los numerosos misioneros* que, día tras día, en silencio y sin el apoyo de fuerzas humanas, anuncian y, antes aún, testimonian su amor a Jesús, a menudo hasta dar su vida, como ha acontecido también recientemente. ¡Qué espectáculo contemplan los ojos del corazón! ¡Cuántos hermanos y hermanas consumen generosamente sus energías en las avanzadillas del reino de Dios! Son obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos, que nos representan a Cristo, lo muestran concretamente como Señor que no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida por amor al Padre y a los hermanos. A todos va mi aprecio y mi gratitud, así como un afectuoso estímulo a perseverar con confianza. ¡Ánimo, hermanos y hermanas: Cristo está con vosotros!

Pero todo el pueblo de Dios debe colaborar con quienes trabajan en la vanguardia de la misión “ad gentes”, dando cada uno su contribución, como intuyeron y subrayaron muy bien los fundadores de las Obras misionales pontificias: todos pueden y deben participar en la evangelización, incluso los niños, incluso los enfermos, incluso los pobres con su óbolo, como el de la viuda cuyo ejemplo señaló Jesús (cf. Lc 21, 1-4). *La misión es obra de todo el pueblo de Dios*, cada uno en la vocación a la que ha sido llamado por la Providencia.

5. Las palabras de Jesús sobre el servicio son también *profecía de un nuevo estilo de relaciones* que es preciso promover no sólo en la comunidad cristiana, sino también en la sociedad. No debemos perder nunca la esperanza de construir un mundo más fraterno. La competencia sin reglas, el afán de dominio sobre los demás a cualquier precio, la discriminación reali-

zada por algunos que se creen superiores a los demás y la búsqueda desenfrenada de la riqueza, están en la raíz de las injusticias, la violencia y las guerras.

Las palabras de Jesús se convierten, entonces, en *una invitación a pedir por la paz*. La misión es anuncio de Dios, que es Padre; de Jesús, que es nuestro hermano mayor; y del Espíritu, que es amor. La misión es colaboración, humilde pero apasionada, en el designio de Dios, que quiere una humanidad salvada y reconciliada. En la cumbre de la historia del hombre según Dios se halla un proyecto de comunión. Hacia ese proyecto debe llevar la misión.

A la Reina de la paz, Reina de las misiones y Estrella de la evangelización le pedimos el don de la paz. Invocamos su maternal protección sobre todos los que generosamente colaboran en la difusión del nombre y del mensaje de Jesús. Que ella nos obtenga una fe tan viva y ardiente que haga resonar con fuerza renovada a los hombres de nuestro tiempo la proclamación de la verdad de Cristo, único Salvador del mundo.

Al final deseo recordar las palabras que pronuncié, hace veintidós años, en esta misma plaza. “¡No tengáis miedo! Abrid las puertas a Cristo!”.

## JUBILEO DE LOS DEPORTISTAS HOMILÍA DE JUAN PABLO II

**Domingo 29 de octubre de 2000**

1. *“Ya sabéis que en el estadio todos los atletas corren, aunque uno solo se lleva el premio. Corred así: para ganar” (1 Co 9, 24).*

En Corinto, a donde san Pablo había llevado el anuncio del Evangelio, había un estadio muy importante, en el que se disputaban los “juegos ístmicos”. Por eso, muy oportunamente el Apóstol, para estimular a los cristianos de aquella ciudad a comprometerse a fondo en la “carrera” de la vida, alude a las competiciones atléticas. En el estadio -dice- todos corren, aunque sólo uno gana: corred así también vosotros... Mediante la metáfora de una sana competición deportiva, pone de relieve el valor de la vida, comparándola con una carrera hacia una meta no sólo terrena y pasajera, sino también eterna. Una carrera en la que todos, y no sólo uno, pueden ganar.

Escuchamos hoy estas palabras del Apóstol, reunidos en este estadio Olímpico de Roma, que una vez más se transforma en un gran templo al aire libre, como sucedió con ocasión del Jubileo internacional de los deportistas, en 1984, Año santo de la Redención. Entonces, como hoy, es Cristo, único Redentor del hombre, quien nos acoge y con su palabra de salvación ilumina nuestro camino.

A todos vosotros, amadísimos atletas y deportistas de todo el mundo, que celebráis vuestro jubileo, dirijo mi afectuoso saludo. Expreso mi gratitud más cordial a los responsables de los organismos deportivos internacionales e italianos, y a todos los que han colaborado en la organización de esta cita singular con el mundo del deporte y con sus diversas secciones.

Agradezco las palabras que me ha dirigido el presidente del Comité olímpico internacional, señor Juan Antonio Samaranch, y el presidente del Comité olímpico nacional italiano, señor Giovanni Petrucci, así como el señor Antonio Rossi, medalla de oro en Sydney y en Atlanta, que ha interpretado los sentimientos de todos vosotros, amadísimos atletas. Al veros reunidos con gran orden en este estadio, me vienen a la memoria muchos recuerdos de mi vida relacionados con experiencias deportivas. Queridos

amigos, gracias por vuestra presencia y, sobre todo, gracias por el entusiasmo con que estáis viviendo esta cita jubilar.

2. Con esta celebración el mundo del deporte se une, como un grandioso coro, para expresar con la oración, el canto, el juego y el movimiento un himno de alabanza y acción de gracias al Señor. Es la ocasión propicia para *dar gracias a Dios por el don del deporte*, con el que el hombre ejercita su cuerpo, su inteligencia y su voluntad, reconociendo que estas capacidades son dones de su Creador.

*Gran importancia cobra hoy la práctica del deporte*, porque puede favorecer en los jóvenes la afirmación de valores importantes como la lealtad, la perseverancia, la amistad, la comunión y la solidaridad. Precisamente por eso, durante estos últimos años ha ido desarrollándose cada vez más como uno de los fenómenos típicos de la modernidad, casi como un “signo de los tiempos” capaz de interpretar nuevas exigencias y nuevas expectativas de la humanidad. El deporte se ha difundido en todos los rincones del mundo, superando la diversidad de culturas y naciones.

A causa de la dimensión planetaria que ha adquirido esta actividad, es grande *la responsabilidad de los deportistas en el mundo*. Están llamados a convertir el deporte en ocasión de encuentro y de diálogo, superando cualquier barrera de lengua, raza y cultura. En efecto, el deporte puede dar una valiosa aportación al entendimiento pacífico entre los pueblos y contribuir a que se consolide en el mundo la nueva civilización del amor.

3. El gran jubileo del año 2000 invita a todos y a cada uno a emprender un serio camino de reflexión y conversión. ¿Puede el mundo del deporte eximirse de este providencial dinamismo espiritual? No. Al contrario, precisamente la importancia que el deporte tiene hoy invita a cuantos participan en él a aprovechar esta oportunidad para hacer un *examen de conciencia*. Es importante constatar y promover los numerosos aspectos positivos del deporte, pero también es necesario captar las diferentes situaciones negativas en las que puede caer.

Las potencialidades educativas y espirituales del deporte deben llevar a que los creyentes y los hombres de buena voluntad *se unan y contribuyan a superar cualquier desviación* que pudiera producirse en él, considerándola un fenómeno contrario al desarrollo pleno de la persona y a su alegría de vivir. Hay que proteger con esmero el cuerpo humano de cualquier atentado contra su integridad y de toda forma de explotación e idolatría.

Es preciso estar dispuestos a pedir perdón por lo que en el mundo del deporte se ha hecho o se ha omitido, en contraste con los grandes compromisos asumidos en el jubileo anterior. Estos compromisos serán reafirmados en el “Manifiesto del deporte”, que se presentará dentro de poco. Quiera Dios que esta verificación ofrezca a todos -directivos, técnicos y atletas- la ocasión de encontrar un nuevo impulso creativo y estimulante, para que el deporte responda, sin desnaturalizarse, a las exigencias de nuestro tiempo: un deporte que tutele a los débiles y no excluya a nadie, libere a los jóvenes del riesgo de la apatía y de la indiferencia, y suscite en ellos un sano espíritu de competición; un deporte que sea factor de emancipación de los países más pobres y ayude a eliminar la intolerancia y a construir un mundo más fraterno y solidario; un deporte que contribuya a hacer que se ame la vida y que eduque para el sacrificio, el respeto y la responsabilidad, llevando a una plena valorización de toda persona humana.

4. “Los que sembraban con lágrimas cosechan entre cantares” (*Sal* 125, 5). El Salmo responsorial nos ha recordado que *para tener éxito en la vida es preciso perseverar en el esfuerzo*. Quien practica el deporte lo sabe muy bien: sólo a costa de duros entrenamientos se obtienen resultados significativos. Por eso el deportista está de acuerdo con el salmista cuando afirma que el esfuerzo realizado en la siembra halla su recompensa en la alegría de la cosecha: “Al ir, iban llorando, llevando la semilla; al volver, vuelven cantando, trayendo sus gavillas” (*Sal* 125, 6).

En las recientes Olimpíadas de Sydney hemos admirado las hazañas de grandes atletas, que, para alcanzar esos resultados, se sacrificaron durante años, día a día. Esta es *la lógica del deporte*, especialmente del deporte olímpico; y es también *la lógica de la vida*: sin sacrificio no se obtienen resultados importantes, y tampoco auténticas satisfacciones.

Nos lo ha recordado una vez más el apóstol san Pablo: “Los atletas se privan de todo; ellos para ganar una corona que se marchita; nosotros, en cambio, una que no se marchita” (*1 Co* 9, 25). Todo cristiano está llamado a convertirse en un buen *atleta de Cristo*, es decir, en un testigo fiel y valiente de su Evangelio. Pero para lograrlo, es necesario que persevere en la oración, se entrene en la virtud y siga en todo al divino Maestro.

En efecto, *él es el verdadero atleta de Dios*; Cristo es el hombre “más fuerte” (cf. *Mc* 1, 7), que por nosotros afrontó y venció al “adversario”, Satanás, con la fuerza del Espíritu Santo, inaugurando el reino de Dios. Él nos ense-

ña que para entrar en la gloria es necesario pasar a través de la pasión (cf. *Lc 24, 26 y 46*), y nos precedió por este camino, para que sigamos sus pasos.

Que el gran jubileo nos ayude a afianzarnos y fortalecernos para afrontar los desafíos que nos esperan en esta alba del tercer milenio.

5. “¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!” (*Mc 10, 47*).

Estas son las palabras del ciego de Jericó en el episodio narrado en la página evangélica que acabamos de proclamar. Ojalá que las hagamos nuestras: “¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!”.

Fijamos, oh Cristo, nuestra mirada en ti, que ofreces a todo hombre la plenitud de la vida. Señor, tú curas y fortaleces a quien, confiando en ti, cumple tu voluntad.

Hoy, en el ámbito del gran jubileo del año 2000, están reunidos aquí espiritualmente los deportistas de todo el mundo, ante todo para renovar su fe en ti, único Salvador del hombre.

También los que, como los atletas, están en la plenitud de sus fuerzas, reconocen que *sin ti, oh Cristo, son interiormente como ciegos*, o sea, incapaces de conocer la verdad plena y de comprender el sentido profundo de la vida, especialmente frente a las tinieblas del mal y de la muerte. Incluso el campeón más grande, ante los interrogantes fundamentales de la existencia, se siente indefenso y necesitado de tu luz para vencer los arduos desafíos que un ser humano está llamado a afrontar.

Señor Jesucristo, ayuda a estos atletas a ser tus amigos y testigos de tu amor. Ayúdales a poner en la ascesis personal el mismo empeño que ponen en el deporte; ayúdales a realizar una armoniosa y coherente unidad de cuerpo y alma.

Que sean, para cuantos los admiran, modelos a los que puedan imitar. Ayúdales a ser siempre atletas del espíritu, para alcanzar tu inestimable premio: una corona que no se marchita y que dura para siempre. Amén.



**HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II**  
**SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS**  
**CONMEMORACIÓN DEL 50 ANIVERSARIO**  
**DE LA DEFINICIÓN DOGMÁTICA DE LA ASUNCIÓN**

**1 de noviembre de 2000**

1. “La alabanza y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y el honor y el poder y la fuerza son de nuestro Señor, por los siglos de los siglos” (Ap 7, 12).

Con actitud de profunda adoración a la santísima Trinidad nos unimos a todos los santos que celebran perennemente la liturgia celestial para repetir con ellos la acción de gracias a nuestro Dios por las maravillas que ha realizado en la historia de la salvación.

*Alabanza y acción de gracias a Dios* por haber suscitado en la Iglesia una multitud inmensa de santos, que nadie puede contar (cf. Ap 7, 9). *Una multitud inmensa*: no sólo los santos y los beatos que festejamos durante el año litúrgico, sino también *los santos anónimos*, que solamente Dios conoce. Madres y padres de familia que, con su dedicación diaria a sus hijos, han contribuido eficazmente al crecimiento de la Iglesia y a la construcción de la sociedad; sacerdotes, religiosas y laicos que, como velas encendidas ante el altar del Señor, se han consumido en el servicio al prójimo necesitado de ayuda material y espiritual; misioneros y misioneras, que lo han dejado todo por llevar el anuncio evangélico a todo el mundo. Y la lista podría continuar.

2. ¡*Alabanza y acción de gracias a Dios*, de modo particular, *por la más santa de entre todas las criaturas, María*, amada por el Padre, bendecida a causa de Jesús, fruto de su seno, y santificada y hecha nueva criatura por el Espíritu Santo! Modelo de santidad por haber puesto su vida a disposición del Altísimo, “precede con su luz al peregrinante pueblo de Dios como signo de esperanza cierta y de consuelo” (*Lumen gentium*, 68).

Precisamente hoy se celebra el quincuagésimo aniversario del acto solemne con el que mi venerado predecesor el Papa Pío XII, en esta misma plaza, definió el dogma de la Asunción de María al cielo en cuerpo y alma. Alabamos al Señor por haber glorificado a su Madre, asociándola a su victoria sobre el pecado y la muerte.

A nuestra alabanza han querido unirse hoy, de modo especial, *los fieles de Pompeya*, que, en gran número, han venido en peregrinación, guiados por el arzobispo prelado del santuario, monseñor Francesco Saverio Toppi, y acompañados por el alcalde de la ciudad. Su presencia recuerda que fue precisamente el beato Bartolo Longo, fundador de la nueva Pompeya, quien comenzó, en 1900, el movimiento promotor de la definición del dogma de la Asunción.

3. *Toda la liturgia de hoy habla de santidad*. Pero para saber cuál es el camino de la santidad, debemos subir con los Apóstoles a la montaña de las bienaventuranzas, acercarnos a Jesús y ponernos a la escucha de las palabras de vida que salen de sus labios. También hoy nos repite: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*. El Maestro divino proclama “bienaventurados” y, podríamos decir, “canoniza” ante todo a los *pobres de espíritu*, es decir, a quienes tienen el corazón libre de prejuicios y condicionamientos y, por tanto, están dispuestos a cumplir en todo la voluntad divina. La adhesión total y confiada a Dios supone el desprendimiento y el desapego coherente de sí mismo.

*Bienaventurados los que lloran*. Es la bienaventuranza no sólo de quienes sufren por las numerosas miserias inherentes a la condición humana mortal, sino también de cuantos aceptan con valentía los sufrimientos que derivan de la profesión sincera de la moral evangélica.

*Bienaventurados los limpios de corazón*. Cristo proclama bienaventurados a los que no se contentan con la pureza exterior o ritual, sino que buscan la absoluta rectitud interior que excluye toda mentira y toda doblez.

*Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia*. La justicia humana ya es una meta altísima, que ennoblece el alma de quien aspira a ella, pero el pensamiento de Jesús se refiere a una justicia más grande, que consiste en la búsqueda de la voluntad salvífica de Dios: es bienaventurado sobre todo quien tiene hambre y sed de esta justicia. En efecto, dice Jesús: “Entrará en el reino de los cielos el que cumpla la voluntad de mi Padre” (Mt 7, 21).

*Bienaventurados los misericordiosos*. Son felices cuantos vencen la dureza de corazón y la indiferencia, para reconocer concretamente el primado del amor compasivo, siguiendo el ejemplo del buen samaritano y, en definitiva, del Padre “rico en misericordia” (Ef 2, 4).

*Bienaventurados los que trabajan por la paz.* La paz, síntesis de los bienes mesiánicos, es una tarea exigente. En un mundo que presenta tremendos antagonismos y obstáculos, es preciso promover una convivencia fraterna inspirada en el amor y en la comunión, superando enemistades y contrastes. Bienaventurados los que se comprometen en esta nobilísima empresa.

4. Los santos se tomaron en serio estas palabras de Jesús. Creyeron que su “felicidad” vendría de traducirlas concretamente en su existencia. Y comprobaron su verdad en la confrontación diaria con la experiencia: a pesar de las pruebas, las sombras y los fracasos gozaron ya en la tierra de la alegría profunda de la comunión con Cristo. En él descubrieron, presente en el tiempo, el germen inicial de la gloria futura del reino de Dios.

Esto lo descubrió, de modo particular, María santísima, que vivió una comunión única con el Verbo encarnado, entregándose sin reservas a su designio salvífico. Por esta razón se le concedió escuchar, con anticipación respecto al “sermón de la montaña”, *la bienaventuranza que resume todas las demás*: “¡Bienaventurada tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá!” (Lc 1, 45).

5. La profunda fe de la Virgen en las palabras de Dios se refleja con nitidez en el cántico del *Magnificat*: “Proclama mi alma la grandeza del Señor; se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humillación de su esclava” (Lc 1, 46-48).

Con este canto María muestra lo que constituyó el fundamento de su santidad: *su profunda humildad*. Podríamos preguntarnos en qué consistía esa humildad. A este respecto, es muy significativa la “turbación” que le causó el saludo del ángel: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo” (Lc 1, 28). Ante el misterio de la gracia, ante la experiencia de una presencia particular de Dios que fijó su mirada en ella, María experimenta un impulso natural de humildad (literalmente de “humillación”). Es la reacción de la persona que tiene plena conciencia de su pequeñez ante la grandeza de Dios. María se contempla en la verdad a sí misma, a los demás y el mundo.

Su pregunta: “¿Cómo será eso, pues no conozco varón?” (Lc 1, 34) fue ya un signo de humildad. Acababa de oír que concebiría y daría a luz un niño, el cual reinaría sobre el trono de David como Hijo del Altísimo. Desde luego, no comprendió plenamente el misterio de esa disposición divina, pero percibió que significaba un cambio total en la realidad de su vida. Sin

embargo, no preguntó: “¿Será realmente así? ¿Debe suceder esto?”. Dijo simplemente: “¿Cómo será eso?”. Sin dudas ni reservas aceptó la intervención divina que cambiaba su existencia. Su pregunta expresaba la *humildad de la fe*, la disponibilidad a poner su vida al servicio del misterio divino, aunque no comprendiera *cómo* debía suceder.

Esa humildad de espíritu, esa sumisión plena en la fe se expresó de modo especial en su *fiat*: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38). Gracias a la humildad de María pudo cumplirse lo que cantaría después en el *Magnificat*: “Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí: su nombre es santo” (Lc 1, 48-49).

*A la profundidad de la humildad corresponde la grandeza del don.* El Poderoso realizó por ella “grandes obras” (Lc 1, 49), y ella supo aceptarlas con gratitud y transmitir las a todas las generaciones de los creyentes. Este es el camino hacia el cielo que siguió María, Madre del Salvador, precediendo en él a todos los santos y beatos de la Iglesia.

6. *Bienaventurada eres tú, María, elevada al cielo en cuerpo y alma.* El Papa Pío XII definió esta verdad “para gloria de Dios omnipotente (...), para honor de su Hijo, Rey inmortal de los siglos y vencedor del pecado y de la muerte, para aumento de la gloria de la misma augusta Madre, y gozo y regocijo de toda la Iglesia” (*Munificentissimus Deus*: AAS 42 [1950] 770).

Y nosotros nos regocijamos, oh María elevada al cielo, en la contemplación de tu persona glorificada y, en Cristo resucitado, convertida en colaboradora del Espíritu Santo para la comunicación de la vida divina a los hombres. En ti vemos la meta de la santidad a la que Dios llama a todos los miembros de la Iglesia. En tu vida de fe vemos la clara indicación del camino hacia la madurez espiritual y la santidad cristiana.

*Contigo y con todos los santos* glorificamos a Dios trino, que sostiene nuestra peregrinación terrena y vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

# HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

## JUBILEO DE LOS GOBERNANTES, PARLAMENTARIOS Y POLÍTICOS

**Domingo, 5 de noviembre de 2000**

1. “*¡Escucha, Israel!*” (Dt 6,3.4)

La palabra de Dios, solemne y al mismo tiempo afectuosa, nos ha dirigido, hace un momento, la invitación a “*escuchar*”. A escuchar “*hoy*”, “*ahora*”; y a hacerlo no individualmente o privadamente, sino *juntos*: “*¡Escucha, Israel!*”.

Esta apelación os afecta esta mañana de modo particular, Gobernantes, Parlamentarios, Políticos, Administradores, llegados a Roma para celebrar vuestro Jubileo. Saludo a todos cordialmente, especialmente a los Jefes de Estado presentes entre nosotros.

En la celebración litúrgica se actualiza, aquí y ahora, el acontecimiento de la Alianza con Dios. ¿Qué respuesta espera Dios de nosotros?. La indicación recibida ahora mismo en la proclamación del texto bíblico es apremiante: es preciso ante todo *ponerse a la escucha*. No una escucha pasiva y desentendida. Los Israelitas comprendieron bien que Dios esperaba de ellos una respuesta activa y responsable. Por esto prometieron a Moisés: “Nos dirás todo lo que el Señor nuestro Dios te haya dicho y nosotros lo escucharemos y lo pondremos en práctica” (Dt 5,27).

Al asumir este compromiso, sabían lo que tenían que hacer con un Dios del cual podían fiarse. Dios amaba a su pueblo y quería su felicidad. En cambio, *Él pedía el amor*. En el “*Shema Israel*”, que hemos oído en la primera Lectura, junto a la petición de fe en el único Dios, se manifiesta *el mandamiento fundamental*, el del amor a Él: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas” (DT 6,5).

2. La relación del hombre con Dios no es una relación de temor, de esclavitud o de opresión; al contrario, es una relación de serena confianza, que brota de una libre elección motivada por el amor. El amor que Dios espera de su pueblo es la respuesta a aquel amor fiel y diligente que Él le ha

manifestado primeramente a través de las distintas etapas de la historia de la salvación.

Precisamente por esto los *Mandamientos*, antes que como un código legal y una regulación jurídica, han sido comprendidos por el pueblo elegido como un acontecimiento de gracia, como signo de la privilegiada y exclusiva pertenencia al Señor. Es significativo que Israel no hable nunca de la ley como de un fardo, de una imposición, sino como de un don y de un favor, "Felices nosotros, Israel, -exclama el profeta-, porque lo que agrada a Dios nos ha sido revelado" (BAR 4,4).

El pueblo sabe que el Decálogo es un compromiso obligatorio, pero sabe también que es la condición para la vida: Mira, dice el Señor, yo pongo ante ti la vida y la muerte, es decir el bien y el mal; te prescribo cumplir mis mandamientos, para que tengas vida (cfr Dt 30,15). Con su Ley Dios no quiere coartar la voluntad del hombre, sino liberarlo de todo aquello que puede comprometer su auténtica dignidad y plena realización.

3. Me he detenido, ilustres Gobernantes, Parlamentarios y Políticos, a reflexionar sobre el sentido y sobre el valor de la Ley divina, porque éste es un argumento que os toca de cerca. ¿No es quizás, vuestra tarea cotidiana, la de elaborar leyes justas y hacerlas aprobar y aplicarlas?. Al hacer esto estáis convencidos de rendir un importante servicio al hombre, a la sociedad, a la libertad misma. Y justamente. La ley humana en efecto, si es justa, no está nunca contra, sino al servicio de la libertad. Esto lo había intuido ya el sabio pagano, cuando sentenciaba: "*Legum servi sumus, ut liberi esse possimus*" - "Somos siervos de la ley, para poder ser libres" (Cic., *De legibus*, II,13).

La libertad a la que hace referencia Cicerón, todavía, se sitúa principalmente al nivel de las relaciones externas entre los ciudadanos. Como tal, esa corre el peligro de reducirse a un equilibrio congruente de intereses respectivos, y tal vez de egoísmos contrapuestos. La libertad a la que hace referencia la palabra de Dios, al contrario, se enraíza en el corazón del hombre, un corazón que Dios puede liberar del egoísmo, haciéndolo capaz de abrirse al amor desinteresado.

No en vano, en la página evangélica escuchada anteriormente, al escriba que le pregunta cuál es el primero de todos los mandamientos, Jesús le responde citando el "*Shema*": "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu mente, con toda tu fuerza" (Mt 12,30). El acento está pues-

to en el “todo”: el amor de Dios no puede más que ser “total”. Pero sólo Dios tiene la facultad de purificar el corazón humano del egoísmo y «liberarlo» para dotarlo con plena capacidad de amar.

Un hombre con el corazón así «enriquecido» puede abrirse al hermano y hacerse cargo de él con la misma solicitud con la que se preocupa de sí mismo. Por esto Jesús añade: “El segundo (mandamiento) es este: Amarás al prójimo como a ti mismo” (Mc 12,31). Quien ama a Dios con todo el corazón y lo reconoce como «único Dios», y por tanto como Padre de todos, no puede ver a cuantos se encuentran en su camino más que como otros hermanos.

4. *Amar al prójimo como a sí mismo.* Estas palabras encuentran seguramente eco en vuestras almas, queridos Gobernantes, Parlamentarios, Políticos y Administradores. Os plantean hoy a cada uno, con ocasión de vuestro Jubileo, una cuestión central: ¿de qué manera, en vuestro delicado y comprometido servicio al estado y a los ciudadanos, podéis dar cumplimiento a este mandamiento?. La respuesta es clara: *viviendo el compromiso político como un servicio.* ¡Perspectiva tan obvia como exigente!. Esa no puede, en efecto, reducirse a una reafirmación genérica de principios o a la declaración de buenas intenciones. El servicio político pasa a través de un diligente y cotidiano compromiso, que exige una gran competencia en el desarrollo del propio deber y *una moralidad a toda prueba* en la gestión desinteresada y transparente del poder.

Por otra parte, la coherencia personal del político ha de expresarse también en una *correcta concepción de la vida social y política* a la que él está llamado a servir. Bajo este punto de vista, un político cristiano no puede dejar de hacer constante referencia a aquellos principios que la *doctrina social de la Iglesia* ha desarrollado a lo largo de tiempo. Esos, como es sabido, no constituyen una “ideología” y menos un “programa político”, sino que ofrecen las líneas fundamentales para una comprensión del hombre y de la sociedad a la luz de la ley ética universal presente en el corazón de todo hombre e iluminada por la revelación evangélica (cfr *Sollicitudo rei socialis*, 41). A vosotros corresponde, queridos Hermanos y Hermanas comprometidos en política, haceros intérpretes convencidos y activos.

Ciertamente, en la aplicación de estos principios a la compleja realidad política, será frecuentemente inevitable encontrarse con ámbitos, problemas y circunstancias que pueden dar legítimamente lugar a diversas

valoraciones concretas. Al mismo tiempo, sin embargo, no se puede justificar un pragmatismo que, también respecto a los valores esenciales y básicos de la vida social, reduzca la política a pura mediación de los intereses o, aún peor, a una cuestión de demagogia o de cálculos electorales. Si el derecho no puede y no debe cubrir todo el ámbito de la ley moral, se debe también recordar que no puede ir “contra” la ley moral.

5. Esto adquiere particular relieve en esta fase de transformaciones intensas, que ve surgir *una nueva dimensión de la política*. El declive de las ideologías se acompaña de una crisis de formaciones partidistas, que reta a comprender de modo nuevo la representación política y el papel de las instituciones. Es necesario *redescubrir el sentido de la participación*, implicando en mayor medida a los ciudadanos en la búsqueda de vías oportunas para avanzar hacia una realización siempre más satisfactoria del bien común.

En tal tarea el cristiano evitará ceder a la tentación de la oposición violenta, fuente, a menudo, de grandes sufrimientos para la comunidad. *El diálogo se presenta siempre como instrumento insustituible* de toda confrontación constructiva, sea en las relaciones internas de los Estados como en las internacionales. ¿Y quién podrá asumir esta «tarea» del diálogo mejor que el político cristiano, que cada día debe confrontarse con aquello que Cristo ha denominado como «el primero» de los mandamientos, el mandamiento del amor?.

6. Ilustres Gobernantes, Parlamentarios, Políticos, Administradores, son numerosas y exigentes las tareas que esperan, al comienzo del nuevo siglo y del nuevo milenio, a los responsables de la vida pública. Precisamente pensando en esto, en el contexto del Gran Jubileo, he querido, como sabéis, ofrecerlos la protección de un *Patrono* especial: el santo mártir *Tomás Moro*.

Su figura es verdaderamente ejemplar para quienquiera que esté llamado a servir al hombre y a la sociedad en el ámbito civil y político. Su elocuente testimonio es más que nunca actual en un momento histórico que presenta retos cruciales para la conciencia de quien tiene la responsabilidad directa en la gestión pública. Como estadista, él se puso siempre *al servicio de la persona*, especialmente del débil y del pobre; los honores y las riquezas no hicieron mella en él, guiado como estaba de un distinguido sentido de la equidad. Sobre todo, él no aceptó nunca ir contra la propia conciencia, llegando hasta el sacrificio supremo con tal de no desoír su voz. ¡Invocadlo,



seguidlo, imitadlo!. Su intercesión no os faltará para obtener, también en las situaciones más arduas, fortaleza, buen humor, paciencia y perseverancia.

Es el auxilio que queremos corroborar con la fuerza del sacrificio eucarístico, en el cual una vez más Cristo se hace alimento y orientación para nuestra vida. Que el Señor os conceda ser políticos según su Corazón, imitadores de San Tomás Moro, testigo valiente de Cristo e íntegro servidor del Estado.



# HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

## JUBILEO DEL MUNDO AGRÍCOLA

*Domingo 12 de noviembre de 20001.*

*“El Señor mantiene su fidelidad perpetuamente” (Sal 146, 6).*

Precisamente para cantar esta fidelidad del Señor, que nos ha recordado el Salmo responsorial, vosotros, amadísimos hermanos y hermanas, os encontráis hoy aquí para vuestro jubileo. Me complace vuestro hermoso testimonio, que acaba de interpretar y expresar el obispo monseñor Fernando Charrier, a quien doy las gracias de corazón. Saludo cordialmente también a las personalidades que han querido manifestar su adhesión, en representación de diversos Estados y, sobre todo, de las organizaciones y organismos de las Naciones Unidas para la agricultura y la alimentación.

Saludo a los directivos y miembros de la “Coldiretti” y de las demás organizaciones de agricultores aquí presentes, así como a los miembros de las federaciones de panaderos, de las cooperativas agroalimentarias y de la Unión forestal de Italia. Vuestra múltiple presencia, amadísimos hermanos y hermanas, nos hace sentir vivamente la unidad de la familia humana y la dimensión universal de nuestra oración, dirigida al único Dios, creador del universo y fiel al hombre.

2. *La fidelidad de Dios.* Para vosotros, hombres del mundo agrícola, se trata de una experiencia diaria, repetida constantemente en la observación de la naturaleza. Conocéis el lenguaje de la tierra y de las semillas, de la hierba y de los árboles, de la fruta y de las flores. En los más diversos paisajes, desde las altas montañas hasta las llanuras regadas, bajo los más diversos cielos, este lenguaje tiene su encanto, que os resulta familiar. En este lenguaje captáis la fidelidad de Dios a las palabras que pronunció el tercer día de la creación: “Haga brotar la tierra hierba verde que engendre semilla, y árboles frutales” (Gn 1, 11). Dentro del movimiento tranquilo y silencioso, pero lleno de vida de la naturaleza, sigue palpitando la complacencia originaria del Creador: “Y vio Dios todo lo que había hecho; y era muy bueno” (Gn 1, 12).

Sí, *el Señor mantiene su fidelidad perpetuamente.* Y vosotros, expertos en este lenguaje de fidelidad -lenguaje antiguo y siempre nuevo-, sois naturalmente hombres agradecidos. Vuestro prolongado contacto con la maravilla

de los productos de la tierra os permite percibirlos como un don inagotable de la Providencia divina. Por eso vuestra jornada anual es, por antonomasia, la “Jornada de acción de gracias”. Este año, además, reviste un valor espiritual más alto, al insertarse en el jubileo que celebra el bimilenario del nacimiento de Cristo. Habéis venido para dar gracias por los frutos de la tierra, pero, ante todo, para reconocer en él al Creador y, al mismo tiempo, el fruto más hermoso de nuestra tierra, el “fruto” del seno de María, el Salvador de la humanidad y, en cierto sentido, del “cosmos” mismo. En efecto, la creación, como dice san Pablo, “está gimiendo toda ella con dolores de parto”, y alberga la esperanza de ser liberada “de la esclavitud de la corrupción” (Rm 8, 21-22).

3. El “gemido” de la tierra nos lleva con el pensamiento a vuestro trabajo, amadísimos hombres y mujeres de la agricultura, *un trabajo muy importante, pero también muy arduo y duro*. En el pasaje que hemos escuchado del libro de los Reyes, se evoca precisamente una situación típica de sufrimiento debida a la sequía. El profeta Elías, que padecía hambre y sed, es protagonista y a la vez beneficiario de un milagro de la generosidad. Una pobre viuda lo socorre, compartiendo con él el último puñado de harina y las últimas gotas de su aceite; su generosidad abre el corazón de Dios, hasta el punto de que el profeta puede anunciar: “La vasija de la harina no se vaciará, la alcuza de aceite no se agotará, hasta el día en que el Señor envíe la lluvia sobre la tierra” (1 R 17, 14).

Desde siempre la cultura del mundo agrícola *ha estado marcada por el sentido del peligro que se cierne sobre las cosechas* a causa de las imprevisibles adversidades atmosféricas. Pero hoy, a los contratiempos tradicionales, se añaden a menudo otros *debidos a la negligencia del hombre*. La actividad agrícola de nuestro tiempo ha tenido que afrontar las consecuencias de la industrialización y el desarrollo no siempre ordenado de las áreas urbanas, con el fenómeno de la contaminación ambiental y el desequilibrio ecológico, los vertederos de residuos tóxicos y la deforestación. El cristiano, aun confiando siempre en la ayuda de la Providencia, no puede menos de emprender iniciativas responsables para lograr que se respete y promueva el valor de la tierra. Es necesario que el trabajo agrícola esté cada vez más organizado y sostenido por seguros sociales que compensen plenamente el esfuerzo que implica y la gran utilidad que lo distingue. Si el mundo de la técnica más refinada no se armoniza con el lenguaje sencillo de la naturaleza en un equilibrio saludable, la vida del hombre correrá riesgos cada vez mayores, de los que ya vemos actualmente signos preocupantes.

4. Por tanto, amadísimos hermanos y hermanas, estad agradecidos con el Señor, pero, al mismo tiempo, sentíos *orgullosos de la tarea que os asigna vuestro trabajo*. Resistid a las tentaciones de una productividad y de unos beneficios que no respeten la naturaleza. Dios confió la tierra al hombre “para que la guardara y la cultivara” (cf. *Gn 2, 15*). Cuando el hombre olvida este principio, convirtiéndose en tirano y no en custodio de la naturaleza, antes o después esta se rebela.

Pero vosotros, queridos hermanos, comprendéis muy bien que este principio de orden, que vale tanto para el trabajo agrícola como para cualquier otro sector de la actividad humana, está arraigado en el corazón del hombre. Por consiguiente, es precisamente *el “corazón” el primer terreno que hay que cultivar*. No por casualidad Jesús quiso explicar la obra de la palabra de Dios recurriendo, con la parábola del sembrador, a un ejemplo iluminador tomado del mundo agrícola. La palabra de Dios es una semilla destinada a dar fruto abundante, pero, por desgracia, a menudo cae en un terreno poco adecuado, donde el pedregal, los abrojos y las espinas -expresiones múltiples de nuestro pecado- le impiden echar raíces y desarrollarse (cf. *Mt 13, 3-23* y paralelos). Por esto, un Padre de la Iglesia, dirigiéndose precisamente a un agricultor, dice: “Por tanto, cuando estés en el campo y contemples tu finca, piensa que también tú eres campo de Cristo, y presta atención a ti mismo como a tu campo. Del mismo modo que exiges a tu obrero que cultive bien tu campo, así también cultiva para el Señor Dios tu corazón” (san Paulino de Nola, *Carta 39, 3 a Apro y Amanda*).

Con vistas a este “cultivo del espíritu” habéis venido hoy aquí a celebrar vuestro jubileo. Más que vuestro esfuerzo profesional, presentáis al Señor el trabajo diario de purificación de vuestro corazón: obra exigente, que jamás lograríamos realizar solos. Nuestra fuerza es Cristo, de quien la carta a los Hebreos acaba de recordarnos que “se ha manifestado una sola vez, en el momento culminante de la historia, para destruir el pecado con el sacrificio de sí mismo” (*Hb 9, 26*).

5. Este sacrificio, realizado una vez para siempre en el Gólgota, se actualiza para nosotros cada vez que celebramos la Eucaristía. En ella Cristo se hace presente, con su cuerpo y su sangre, para convertirse en nuestro alimento.

¡Qué significativo debe ser para vosotros, hombres del mundo agrícola, contemplar sobre el altar este milagro, que corona y sublima las mara-

villas mismas de la naturaleza! ¿No se realiza un milagro diario cuando una semilla se transforma en espiga, y muchos granos de trigo maduran para ser molidos y convertirse en pan? ¿No es un milagro de la naturaleza un racimo de uvas que cuelga de los sarmientos de la vid? Ya todo esto entraña, misteriosamente, el signo de Cristo, puesto que “por medio de él se hizo todo, y sin él no se hizo nada de lo que se ha hecho” (cf. *Jn* 1, 3). Pero mayor aún es el acontecimiento de gracia mediante el cual la Palabra y el Espíritu de Dios transforman el pan y el vino, “fruto de la tierra y del trabajo del hombre”, en cuerpo y sangre del Redentor. La gracia jubilar que habéis venido a implorar no es más que sobreabundancia de gracia eucarística, fuerza que nos eleva y nos sana desde lo más profundo, injertándonos en Cristo.

6. Ante esta gracia, la actitud que debemos asumir nos la sugiere el evangelio con el ejemplo de la viuda pobre que echa unas pocas monedas en el cepillo, pero en realidad da más que todos, porque no da de lo que le sobra, sino “todo lo que tenía para vivir” (*Mc* 12, 44). Esa mujer desconocida imita así la actitud de la viuda de Sarepta, que acogió en su casa a Elías y compartió con él su comida. A ambas las sostenía su confianza en el Señor. Ambas encuentran en la fe la fuerza de una caridad heroica.

Esas dos viudas nos invitan a abrir de par en par nuestra celebración jubilar hacia los horizontes de la caridad, abrazando a todos los pobres y necesitados del mundo. Lo que hagamos al más pequeño de ellos, lo haremos a Cristo (cf. *Mt* 25, 40).

Y no podemos olvidar que precisamente en el ámbito del trabajo agrícola se dan situaciones humanas que nos interpelan profundamente. Pueblos enteros, que viven sobre todo del trabajo agrícola en las regiones económicamente menos desarrolladas, se encuentran en condiciones de indigencia. Vastas regiones son devastadas por las frecuentes calamidades naturales. Y, a veces, a estas desgracias se añaden las consecuencias de guerras que, además de causar víctimas, siembran destrucción, obligan a las poblaciones a abandonar territorios fértiles, y en ocasiones los contaminan con pertrechos bélicos y sustancias nocivas.

7. El jubileo nació en Israel como *un gran tiempo de reconciliación y redistribución de los bienes*. Ciertamente, acoger hoy este mensaje no significa limitarse a dar un pequeño óbolo. Es preciso contribuir a una cultura de la solidaridad que, también en el ámbito político y económico, tanto nacional

como internacional, fomente iniciativas generosas y eficaces en beneficio de los pueblos menos favorecidos.

Queremos recordar hoy en nuestra oración a todos estos hermanos, proponiéndonos traducir nuestro amor a ellos en solidaridad activa, para que todos, sin excepción, puedan gozar de los frutos de la “madre tierra” y llevar una vida digna de los hijos de Dios.





# HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II JUBILEO DE LOS MILITARES Y POLICÍAS

*Domingo 19 de noviembre de 2000*

1. “Entonces verán al Hijo del hombre sobre las nubes con gran poder y majestad” (Mc 13, 26).

En este penúltimo domingo del tiempo ordinario, la liturgia nos habla de la *segunda venida de Cristo*. El Señor vendrá sobre las nubes revestido de majestad y poder. Es el mismo Hijo del hombre, misericordioso y compasivo, que los discípulos conocieron durante su itinerario terreno. Cuando llegue el momento de su manifestación gloriosa, vendrá a consumir definitivamente la historia humana.

A través del simbolismo de fenómenos cósmicos, el evangelista san Marcos recuerda que Dios pronunciará, en el Hijo, *su juicio sobre la historia de los hombres*, poniendo fin a un universo corrompido por la mentira y desgarrado por la violencia y la injusticia.

2. Amadísimos militares y miembros de las fuerzas de policía, muchos y muchas, ¿quién mejor que vosotros puede *dar testimonio sobre la violencia* y las fuerzas disgregadoras del mal presentes en el mundo? Vosotros lucháis a diario contra ellas. En efecto, estáis llamados a defender a los débiles, proteger a los honrados y favorecer la convivencia pacífica de los pueblos. Cada uno de vosotros tiene *la misión de centinela*, que mira a lo lejos para evitar el peligro y promover por doquier la justicia y la paz.

Os saludo a todos con gran afecto, amadísimos hermanos y hermanas, que habéis venido a Roma desde todos los rincones de la tierra para celebrar vuestro jubileo especial. Sois los representantes de ejércitos que se han enfrentado a lo largo de la historia. Hoy os dais cita ante la tumba del apóstol san Pedro *para celebrar a Cristo, “nuestra paz*, que de dos pueblos hizo uno solo, derribando el muro que los separaba: el odio” (Ef 2, 14). A él, presente misteriosa y realmente en el Eucaristía, habéis venido a ofrecerle vuestros propósitos y vuestro compromiso diario de constructores de paz.

A cada uno de vosotros expreso mi profundo aprecio por su entrega y su generoso compromiso.

Dirijo, con fraterna estima, mi saludo ante todo a monseñor José Manuel Estepa Llaurens, que ha interpretado vuestros sentimientos comunes. Mi saludo se extiende a los amadísimos arzobispos y obispos ordinarios militares, con quienes me congratulo por la entrega con que cumplen su misión pastoral entre vosotros. Saludo, asimismo, a los capellanes militares, que comparten generosamente los ideales y el esfuerzo de vuestra ardua actividad diaria. También saludo cordialmente a los oficiales de las Fuerzas armadas, a los jefes de las Fuerzas de policía y a los responsables de los diversos organismos de seguridad, así como a las autoridades civiles, que han querido compartir la alegría y la gracia de esta solemne celebración jubilar.

3. Vuestra experiencia diaria os lleva a afrontar *situaciones difíciles y, a veces, dramáticas*, que ponen en peligro las seguridades humanas. Pero el Evangelio nos consuela, presentándonos la figura victoriosa de *Cristo, juez de la historia*. Él, con su presencia, ilumina la oscuridad e incluso la desesperación del hombre, y da a quien confía en él la certeza consoladora de su asistencia constante.

En el Evangelio que acabamos de proclamar hemos escuchado una significativa referencia a la higuera que, con los primeros brotes de sus ramas, anuncia que la primavera está cerca. Con estas palabras, Jesús anima a los Apóstoles a no rendirse frente a las dificultades y las incertidumbres del tiempo presente. Más bien, los exhorta a *saber esperar y a prepararse* para acogerlo cuando vuelva. También a vosotros, queridos hermanos y hermanas, hoy la liturgia os invita a escrutar los “signos de los tiempos”, como decía mi venerado predecesor el Papa Juan XXIII, recientemente proclamado beato.

Por más complejas y problemáticas que sean las situaciones, no perdáis la confianza. *En el corazón del hombre jamás debe morir el germen de la esperanza*. Más bien, estad siempre atentos a descubrir y fomentar todo signo positivo de renovación personal y social. Estad dispuestos a favorecer con todos los medios la valiente construcción de la justicia y de la paz.

4. *La paz es un derecho fundamental de todo hombre*, que es preciso promover continuamente, teniendo en cuenta que “en la medida en que los hombres son pecadores, les amenaza, y les amenazará hasta la venida de Cristo, el peligro de la guerra” (*Gaudium et spes*, 78). A veces esta tarea, como ha demostrado también la experiencia reciente, requiere iniciativas concre-

tas para desarmar al agresor. Quiero referirme aquí a la así llamada “injerencia humanitaria”, que, después del fracaso de los esfuerzos de la política y de los medios de defensa no violentos, representa el último recurso para detener la mano del agresor injusto.

Queridos hermanos, gracias por vuestra valiente labor de pacificación en países devastados por guerras absurdas; gracias por la ayuda que prestáis, sin preocuparos por los riesgos que ello implica, a poblaciones afectadas por calamidades naturales. ¡Cuán numerosas son *las misiones humanitarias* que habéis llevado a cabo durante estos últimos años! Al cumplir vuestro difícil deber, os exponéis a menudo a peligros y grandes sacrificios. En todas vuestras intervenciones mostrad siempre vuestra verdadera vocación de “servidores de la seguridad y de la libertad de los pueblos”, que “contribuyen realmente al establecimiento de la paz”, según la feliz expresión del concilio Vaticano II (*Gaudium et spes*, 79).

Sed *hombres y mujeres de paz*. Y, para poder serlo plenamente, acoged en vuestro corazón a Cristo, autor y garante de la paz verdadera. Él os dará la fortaleza evangélica con la que se puede vencer las atractivas tentaciones de la violencia. Os ayudará a poner la fuerza al servicio de los grandes valores de la vida, la justicia, el perdón y la libertad.

5. Quisiera aquí *rendir homenaje a tantos amigos vuestros que han pagado con su vida la fidelidad a su misión*. Olvidándose de sí mismos, desafiando el peligro, han prestado a la comunidad un servicio inestimable. Y hoy, durante la celebración eucarística, *los encomendamos al Señor* con gratitud y admiración.

Pero ¿de dónde han sacado la fuerza necesaria para cumplir a fondo su misión, sino de su *adhesión total a los ideales profesados*? Muchos de ellos creían en Cristo, y su palabra iluminó su existencia y dio valor ejemplar a su sacrificio. Tomaron el Evangelio como su código de conducta. Que os alienate el ejemplo de esos compañeros vuestros que, cumpliendo fielmente su deber, alcanzaron la cumbre del heroísmo y, a veces, de la santidad.

Como ellos, también vosotros contemplad a Cristo, que os llama “a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad”. Os llama a ser santos. Y, para realizar vuestra vocación, según la conocida expresión del apóstol san Pablo, “tomad las armas de Dios. (...) Estad firmes, abrochaos el cinturón de la verdad, por coraza poneos la justicia; bien calzados para estar

dispuestos a anunciar la noticia de la paz. (...) Tened abrazado el escudo de la fe. (...) Tomad por casco la salvación y por espada la del Espíritu, toda palabra de Dios" (Ef 6, 13-17). Sobre todo, "orad constantemente" (Ef 6, 18).

María, la *Virgo Fidelis*, os sostenga y ayude en vuestra ardua actividad. *Que vuestro corazón no se turbe jamás*; al contrario, que esté siempre pronto, vigilante y arraigado firmemente en la promesa de Jesús, que en el evangelio de hoy nos ha asegurado su ayuda y su protección: "El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán" (Mc 13, 31).

Invocando a Cristo, seguid cumpliendo con generosidad vuestro deber. Innumerables personas os contemplan y confían en vosotros, con la esperanza de poder disfrutar de una vida marcada por la serenidad, el orden y la paz.

# HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUBILEO DEL APOSTOLADO DE LOS LAICOS

*Domingo 26 de noviembre de 2000  
Solemnidad de Cristo, Rey del universo*

1. "Tú lo dices: soy Rey" (Jn 18, 37).

Así respondió Jesús a Pilato en un dramático diálogo, que el evangelio nos hace escuchar nuevamente en la solemnidad de Cristo, Rey del universo. Esta fiesta, situada al final del año litúrgico, nos presenta a Jesús, Verbo eterno del Padre, como *principio y fin de toda la creación*, como Redentor del hombre y Señor de la historia. En la primera lectura el profeta Daniel afirma: "Su dominio es eterno y no pasa, su reino no tendrá fin" (Dn 7, 14).

¡Sí, Cristo, tú eres Rey! Tu realeza se manifiesta paradójicamente en la cruz, en la obediencia al designio del Padre, "que -como escribe el apóstol san Pablo- nos ha sacado del dominio de las tinieblas, y nos ha trasladado al reino de su Hijo querido, por cuya sangre hemos recibido la redención, el perdón de los pecados" (Col 1, 13-14). Primogénito de los que resucitan de entre los muertos, tú, Jesús, eres *el Rey de la humanidad nueva*, a la que has restituido su dignidad originaria.

¡Tú eres Rey! Pero tu reino *no es de este mundo* (cf. Jn 18, 36); no es fruto de conquistas bélicas, de dominaciones políticas, de imperios económicos, de hegemonías culturales. Tu reino es un "reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz" (cf. *Prefacio de Jesucristo, Rey del universo*), que se manifestará en su plenitud al final de los tiempos, cuando Dios sea todo en todos (cf. 1 Co 15, 28). La Iglesia, que ya en la tierra puede gustar las primicias del cumplimiento futuro, no deja de repetir: "¡Venga tu reino!", "Adveniat regnum tuum!" (Mt 6, 10).

2. ¡Venga tu reino! Así rezan, en todas las partes del mundo, los fieles que se reúnen hoy en torno a sus pastores para el *jubileo del apostolado de los laicos*. Y yo me uno con alegría a este coro universal de alabanza y oración, celebrando con vosotros, queridos fieles, la santa misa junto a la tumba del apóstol san Pedro.

Doy las gracias al cardenal James Francis Stafford, presidente del Consejo pontificio para los laicos, y a vuestros dos representantes, que al comienzo de la santa misa han interpretado los sentimientos de todos. Saludo a los venerados hermanos en el episcopado, así como a los sacerdotes, los religiosos y las religiosas presentes. En particular, extendiendo mi saludo a vosotros, hermanos y hermanas laicos, “christifideles laici”, dedicados activamente a la causa del Evangelio: al contemplaros, pienso también en todos los miembros de comunidades, asociaciones y movimientos de acción apostólica; pienso en los padres y en las madres que, con generosidad y espíritu de sacrificio, cuidan la educación de sus hijos con la práctica de las virtudes humanas y cristianas; pienso en cuantos brindan a la evangelización la contribución de sus sufrimientos, aceptados y vividos en unión con Cristo.

3. Os saludo de modo especial a vosotros, queridos participantes en el *Congreso del laicado católico*, que se inserta muy bien en el ámbito del jubileo del apostolado de los laicos. Vuestro encuentro tiene como tema: “Testigos de Cristo en el nuevo milenio”. Continúa la tradición de los congresos mundiales del apostolado de los laicos, que empezó hace cincuenta años bajo el impulso fecundo de la conciencia más viva que la Iglesia había adquirido tanto de su naturaleza de misterio de comunión como de su intrínseca responsabilidad misionera en el mundo.

En la maduración de esta conciencia, *el concilio ecuménico Vaticano II marcó una etapa decisiva*. Con el Concilio, en la Iglesia llegó verdaderamente *la hora del laicado*, y numerosos fieles laicos, hombres y mujeres, han comprendido con mayor claridad su vocación cristiana, que, *por su misma naturaleza, es vocación al apostolado* (cf. *Apostolicam actuositatem*, 2). Treinta y cinco años después de su conclusión, yo os digo: *es necesario volver al Concilio*. Hay que volver a leer los documentos del Vaticano II para redescubrir su gran riqueza de estímulos doctrinales y pastorales.

En particular, debéis releer esos documentos *vosotros, laicos*, a quienes el Concilio abrió extraordinarias perspectivas de participación y compromiso en la misión de la Iglesia. ¿No os recordó el Concilio vuestra participación en la función sacerdotal, profética y real de Cristo? Los padres conciliares os confiaron, de modo especial, la misión de “buscar el reino de Dios ocupándoos de las realidades temporales y ordenándolas según Dios” (cf. *Lumen gentium*, 31).

Desde entonces se ha producido *un gran florecimiento de asociaciones*, en el que, además de los grupos tradicionales, han surgido nuevos movimientos, asociaciones y comunidades (cf. *Christifideles laici*, 29). Amadísimos hermanos y hermanas, *vuestro apostolado hoy es más indispensable que nunca* para que el Evangelio sea luz, sal y levadura de una nueva humanidad.

#### 4. Pero ¿qué implica esta misión? ¿Qué significa ser cristianos hoy, aquí y ahora?

Ser cristianos jamás ha sido fácil, y tampoco lo es hoy. Seguir a Cristo exige valentía para hacer opciones radicales, a menudo yendo contra corriente. “¡Nosotros somos Cristo!”, exclamaba san Agustín. Los *mártires y los testigos de la fe de ayer y de hoy, entre los cuales se cuentan numerosos fieles laicos*, demuestran que, si es necesario, ni siquiera hay que dudar en dar la vida por Jesucristo.

A este propósito, el jubileo invita a todos a un serio examen de conciencia y a una continua renovación espiritual, para realizar una acción misionera cada vez más eficaz. Quisiera citar aquí las palabras que, hace ya veinticinco años, casi al término del Año santo de 1975, mi venerado predecesor, el Papa Pablo VI, escribió en la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*: “El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los testigos que a los maestros (...), o si escucha a los maestros es porque son testigos” (n. 41).

Esas palabras tienen validez también hoy para una humanidad rica en potencialidades y expectativas, pero amenazada por múltiples insidias y peligros. Basta pensar, entre otras cosas, en las conquistas sociales y en la revolución en el campo genético; en el progreso económico y en el subdesarrollo existente en vastas áreas del planeta; en el drama del hambre en el mundo y en las dificultades existentes para tutelar la paz; en la extensa red de las comunicaciones y en los dramas de la soledad y de la violencia que registra la crónica diaria.

Amadísimos hermanos y hermanas, como testigos de Cristo, estáis llamados, especialmente vosotros, a *llevar la luz del Evangelio a los sectores vitales de la sociedad*. Estáis llamados a ser profetas de la esperanza cristiana y apóstoles de aquel “que es y era y viene, el Omnipotente” (*Ap* 1, 4).

5. “La santidad es el adorno de tu casa” (*Sal* 92, 5). Con estas palabras nos hemos dirigido a Dios en el Salmo responsorial. *La santidad* sigue siendo para los creyentes *el mayor desafío*. Debemos estar agradecidos al concilio

Vaticano II, que nos recordó que *todos los cristianos están llamados a la plenitud de la vida cristiana* y a la perfección de la caridad.

Queridos hermanos, *no tengáis miedo de aceptar este desafío: ser hombres y mujeres santos*. No olvidéis que los frutos del apostolado dependen de la profundidad de la vida espiritual, de la intensidad de la oración, de una formación constante y de una adhesión sincera a las directrices de la Iglesia. Os repito hoy a vosotros lo que dije a los jóvenes durante la reciente Jornada mundial de la juventud: si sois lo que debéis ser, es decir, si vivís el cristianismo sin componendas, podréis incendiar el mundo.

Os esperan tareas y metas que pueden pareceros desproporcionadas a las fuerzas humanas. No os desaniméis. “El que comenzó entre vosotros la obra buena, la llevará adelante” (Flp 1, 6). Mantened siempre fija la mirada en Jesús. *Haced de él el corazón del mundo*.

Y tú, María, Madre del Redentor, su primera y perfecta discípula, ayúdanos a ser sus testigos en el nuevo milenio. Haz que tu Hijo, Rey del universo y de la historia, reine en nuestra vida, en nuestras comunidades y en el mundo entero.

“¡Alabanza y honor a ti, oh Cristo!”. Con tu cruz has redimido el mundo. Te encomendamos, al comienzo del nuevo milenio, nuestro compromiso de servir a este mundo que tú amas y que también nosotros amamos. Sostennos con la fuerza de tu gracia. Amén.



# HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II JUBILEO DE LAS PERSONAS DISCAPACITADAS

**Domingo 3 de diciembre de 2000**

1. *“Levantaos, alzad la cabeza; se acerca vuestra liberación” (Lc 21, 28).*

San Lucas, en el texto evangélico presentado a nuestra meditación en este primer domingo de Adviento, destaca *el miedo que angustia a los hombres* frente a los fenómenos finales. Pero, en contraste, el evangelista presenta con mayor relieve *la perspectiva gozosa de la espera cristiana*: “Entonces -dixerán al Hijo del hombre venir en una nube, con gran poder y majestad” (Lc 21, 27). Este es el anuncio que da esperanza al corazón del creyente; el Señor vendrá “con gran poder y majestad”. Por eso, se invita a los discípulos a no tener miedo, sino a levantarse y alzar la cabeza, “porque se acerca vuestra liberación” (Lc 21, 28).

Cada año la liturgia nos vuelve a recordar, al comienzo del Adviento, esta “buena nueva”, que resuena con extraordinaria elocuencia en la Iglesia. Es la buena nueva de nuestra salvación; es el anuncio de que el Señor está cerca; más aún, de que ya está con nosotros.

2. Amadísimos hermanos y hermanas, siento vibrar en el espíritu esta invitación a la serenidad y a la esperanza sobre todo hoy, celebrando junto con vosotros el *jubileo de las personas discapacitadas*. Lo celebramos en el día dedicado a vosotros por la Organización de las Naciones Unidas, que, precisamente hace veinticinco años, publicó la “Declaración sobre los derechos de la persona discapacitada”.

Os saludo con afecto, queridos amigos, que tenéis una o más formas de minusvalidez, y que habéis querido venir a Roma para este encuentro de fe y fraternidad. Agradezco a vuestros representantes y al director de la Cáritas italiana las palabras que me han dirigido al comienzo de la santa misa.

Extiendo mi saludo cordial a todos los discapacitados, a sus familiares y a los voluntarios que, en este mismo día, celebran con sus pastores, en las diversas Iglesias particulares, su jubileo.

En vuestro cuerpo y en vuestra vida, amadísimos hermanos y hermanas, sois portadores de una fuerte esperanza de liberación. ¿No implica esto una espera implícita de la “liberación” que Cristo nos obtuvo con su muerte y su resurrección? En efecto, toda persona marcada por una discapacidad física o psíquica vive una especie de “adviento” existencial, la espera de una “liberación” que se manifestará plenamente, para ella como para todos, sólo al final de los tiempos. Sin la fe, esta espera puede transformarse en desilusión y desconsuelo; por el contrario, sostenida por la palabra de Cristo, se convierte en esperanza viva y activa.

3. “Estad siempre despiertos, pidiendo fuerza para escapar a todo lo que está por venir, y manteneos en pie ante el Hijo del hombre” (Lc 21, 36). La liturgia de hoy nos habla de la *segunda venida* del Señor; es decir, nos habla de la vuelta gloriosa de Cristo, que coincidirá con la que, con palabras sencillas, se llama “el fin del mundo”. Se trata de un acontecimiento misterioso que, en el lenguaje apocalíptico, presenta por lo general la apariencia de un inmenso cataclismo. Al igual que el fin de la persona, es decir, la muerte, el fin del universo suscita angustia ante lo desconocido y temor al sufrimiento, además de interrogantes turbadores sobre el más allá.

El tiempo de Adviento, que empieza precisamente hoy, nos insta a prepararnos para acoger al Señor que vendrá. Pero ¿cómo prepararnos? La significativa celebración que estamos realizando nos muestra que un modo concreto para disponernos a ese encuentro es *la proximidad y la comunión con quienes, por cualquier motivo, se encuentran en dificultad*. Al reconocer a Cristo en el hermano, nos disponemos a que él nos reconozca cuando vuelva definitivamente. Así *la comunidad cristiana se prepara para la segunda venida del Señor*: poniendo en el centro a las personas que Jesús mismo ha privilegiado, las personas que la sociedad a menudo margina y no considera.

4. Esto es lo que hemos hecho hoy, reuniéndonos en esta basílica para vivir la gracia y la alegría del jubileo junto con vosotros, que os encontraréis en condiciones de discapacidad, y con vuestras familias. Con este gesto queremos *hacer nuestras vuestras inquietudes y expectativas, vuestros dones y problemas*.

En nombre de Cristo, la Iglesia se compromete a ser para vosotros cada vez más “casa acogedora”. Sabemos que el discapacitado -persona única e irrepetible en su dignidad igual e inviolable- no sólo requiere atención, sino ante todo amor que se transforme en reconocimiento, respeto e integración: desde el nacimiento, pasando por la adolescencia y hasta la

edad adulta y el momento delicado, vivido con conmoción por muchos padres, en que se separan de sus hijos, el momento del “después de nosotros”. Queridos hermanos, queremos compartir vuestras pruebas y vuestros inevitables momentos de desaliento, para iluminarlos con la luz de la fe y con la esperanza de la solidaridad y del amor.

5. Con vuestra presencia, amadísimos hermanos y hermanas, reafirmáis que *la minusvalidez no es sólo necesidad, sino también y sobre todo impulso y estímulo*. Ciertamente, es petición de ayuda, pero ante todo es desafío frente a los egoísmos individuales y colectivos; es invitación a formas siempre nuevas de fraternidad. Con vuestra realidad, cuestionáis las concepciones de la vida vinculadas únicamente a la satisfacción, la apariencia, la prisa y la eficiencia.

También la comunidad eclesial se pone respetuosamente a la escucha; siente *la necesidad de dejarse interpelar* por la vida de muchos de vosotros, marcados misteriosamente por el sufrimiento y por el malestar de enfermedades congénitas o adquiridas. Quiere estar *más cerca de vosotros y de vuestras familias*, consciente de que la falta de atención agrava el sufrimiento y la soledad, mientras que la fe testimoniada mediante el amor y la gratuidad da fuerza y sentido a la vida.

A cuantos tienen responsabilidades políticas en todos los niveles, quisiera pedirles, en esta solemne circunstancia, que traten de asegurar condiciones de vida y oportunidades en las que *vuestra dignidad*, queridos hermanos y hermanas discapacitados, *sea reconocida y tutelada efectivamente*. En una sociedad rica en conocimientos científicos y técnicos, es posible y obligatorio hacer mucho más, según los diversos modos que exige la convivencia civil: en la investigación biomédica para prevenir la minusvalidez, en la atención, en la asistencia, en la rehabilitación y en la nueva integración social.

Se deben tutelar vuestros *derechos civiles, sociales y espirituales*; pero es más importante aún salvaguardar las *relaciones humanas*: relaciones de ayuda, de amistad y de comunión. Por eso hay que promover formas de asistencia y rehabilitación que tengan en cuenta la visión integral de la persona humana.

6. “Que el Señor os colme y os haga rebosar de amor mutuo y de amor a todos” (1 Ts 3, 12).

San Pablo nos indica hoy *el camino de la caridad como camino real* para ir al encuentro del Señor que vendrá. Subraya que sólo amando de modo sincero y desinteresado *podremos encontrarnos preparados* “cuando Jesús nuestro Señor vuelva acompañado de todos sus santos” (1 Ts 3, 13). Una vez más, el amor es el criterio decisivo, hoy y siempre.

En la cruz, entregándose a sí mismo como rescate por nosotros, Jesús realizó el juicio de la salvación, revelando el designio de misericordia del Padre. Él anticipa este juicio en el tiempo presente: al identificarse con “el más pequeño de los hermanos”, Jesús nos pide que lo acojamos y le sirvamos con amor. El último día nos dirá: “Tuve hambre, y me diste de comer” (cf. Mt 25, 35), y nos preguntará si hemos anunciado, vivido y testimoniado el evangelio de la caridad y de la vida.

7. ¡Cuán elocuentes son hoy para nosotros estas palabras tuyas, Señor de la vida y de la esperanza! En ti todo límite humano se rescata y se redime. Gracias a ti, la minusvalidez no es la última palabra de la existencia. *El amor es la última palabra*; es tu amor lo que da sentido a la vida.

Ayúdanos a orientar nuestro corazón hacia ti; ayúdanos a reconocer tu rostro que resplandece en toda criatura humana, aunque esté probada por la fatiga, la dificultad y el sufrimiento.

Haz que comprendamos que “la gloria de Dios es el hombre que vive” (san Ireneo de Lyon, *Adv. haer.*, IV, 20, 7), y que un día podamos gustar, en la visión divina, junto con María, Madre de la humanidad, *la plenitud de la vida redimida por ti*. Amén.

**HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II  
CELEBRACIÓN DEL HIMNO AKÁTHISTOS  
EN SANTA MARÍA LA MAYOR**

**Viernes 8 de diciembre de 2000**

1. María es “icono de la Iglesia, símbolo y anticipación de la humanidad transfigurada por la gracia, modelo y esperanza segura para cuantos avanzan hacia la Jerusalén del cielo” (*Oriente lumen*, 6).

Amadísimos hermanos y hermanas, nos hemos reunido en la basílica que el pueblo romano, después del concilio de Éfeso, dedicó con devoto fervor a la santísima Virgen María. Esta tarde la tradición litúrgica bizantina celebra las primeras Vísperas de la Concepción de Santa Ana, mientras que la liturgia latina alaba a la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios.

Expreso mi viva satisfacción por la presencia de numerosos hermanos y hermanas que están aquí con nosotros esta tarde en representación de las Iglesias orientales católicas. Dirijo mi cordial saludo a todos los obispos de rito bizantino presentes en esta basílica junto con sus fieles.

2. Esta tarde todos nos sentimos embargados por una íntima alegría: la alegría de alabar a María con el himno Akáthistos, tan apreciado por la tradición oriental. Es un cántico totalmente centrado en Cristo, a quien se contempla a la luz de su Madre virgen. Ciento cuarenta y cuatro veces nos invita a renovar a María el saludo del arcángel Gabriel: *Ave María!*

Hemos recorrido las etapas de su existencia y alabado los prodigios que el Todopoderoso realizó en ella: su concepción virginal, inicio y principio de la nueva creación, su maternidad divina, y su participación en la misión de su Hijo, especialmente en los momentos de su pasión, muerte y resurrección. María, Madre del Señor resucitado y Madre de la Iglesia, nos precede y nos lleva al conocimiento auténtico de Dios y al encuentro con el Redentor. Nos indica el camino y nos muestra a su Hijo. Al celebrarla con alegría y gratitud, honramos la santidad de Dios, cuya misericordia hizo maravillas en su humilde esclava. La saludamos con el título de *Llena de gracia* e imploramos su intercesión por todos los hijos de la Iglesia que, con este himno Akáthistos, celebra su gloria.

Que Ella nos lleve a contemplar, en la próxima Navidad, el misterio de Dios hecho hombre por nuestra salvación.



# HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II JUBILEO DE LOS CATEQUISTAS Y PROFESORES DE RELIGIÓN

**Domingo 10 de diciembre de 2000**

1. “Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos” (Lc 3, 4). Con estas palabras se dirige hoy a nosotros Juan el Bautista. Su figura ascética encarna, en cierto sentido, el significado de este tiempo de espera y de preparación para la venida del Señor. En el desierto de Judá proclama que ya ha llegado el tiempo del cumplimiento de las promesas y el reino de Dios está cerca. Por eso, es preciso abandonar con urgencia las sendas del pecado y creer en el Evangelio (cf. Mc 1, 15).

¿Qué figura podía ser más adecuada que la de Juan Bautista para vuestro jubileo, amadísimos catequistas y profesores de religión católica? A todos vosotros, que habéis venido desde diversos países, en representación de numerosas Iglesias particulares, dirijo mi afectuoso saludo. Agradezco al señor cardenal Darío Castrillón Hoyos, prefecto de la Congregación para el clero, y a vuestros dos representantes, las amables palabras que, al comienzo de esta celebración, me han dirigido en nombre de todos vosotros.

2. En el Bautista encontráis hoy *los rasgos fundamentales de vuestro servicio eclesial*. Al confrontaros con él, os sentís animados a realizar una verificación de la misión que la Iglesia os confía. ¿Quién es Juan Bautista? Es, ante todo, un creyente comprometido personalmente en un *exigente camino espiritual*, fundado en la escucha atenta y constante de la *palabra de salvación*. Además, testimonia un estilo de vida *desprendido y pobre*; demuestra gran *valentía al proclamar a todos la voluntad de Dios*, hasta sus últimas consecuencias. No cede a la tentación fácil de desempeñar un papel destacado, sino que, *con humildad*, se abaja a sí mismo para enaltecer a Jesús.

Como Juan Bautista, también el catequista está llamado a indicar en Jesús al Mesías esperado, al Cristo. Tiene como misión *invitar a fijar la mirada en Jesús y a seguirlo*, porque sólo él es el Maestro, el Señor, el Salvador. Como el Precursor, el catequista *no debe enaltecerse a sí mismo, sino a Cristo*. Todo está orientado a él: a su venida, a su presencia y a su misterio.

El catequista debe ser *voz que remite a la Palabra*, amigo que guía hacia el Esposo. Y, sin embargo, como Juan, *también él es, en cierto sentido, indispensable*, porque la experiencia de fe necesita siempre un mediador, que sea al mismo tiempo testigo. ¿Quién de nosotros no da gracias al Señor por un valioso catequista -sacerdote, religioso, religiosa o laico-, de quien se siente deudor por la primera exposición orgánica y comprometedora del misterio cristiano?

3. Vuestra labor, queridos catequistas y profesores de religión, es muy necesaria y exige vuestra fidelidad constante a Cristo y a la Iglesia. En efecto, todos los fieles tienen derecho a recibir de quienes, por oficio o por mandato, son responsables de la catequesis y de la predicación *respuestas no subjetivas, sino conformes al Magisterio constante de la Iglesia* y a la fe enseñada desde siempre autorizadamente por cuantos han sido constituidos maestros y vivida de modo ejemplar por los santos.

A este propósito, quisiera recordar aquí la importante exhortación apostólica *Quinque iam anni*, que el siervo de Dios Papa Pablo VI dirigió al Episcopado católico *cinco años después del concilio Vaticano II*, es decir, hace treinta años, exactamente el 8 de diciembre de 1970. Él, el Papa, denunciaba la peligrosa tendencia a construir, partiendo de datos psicológicos y sociológicos, un cristianismo desligado de la Tradición ininterrumpida que le une a la fe de los Apóstoles (cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 10 de enero de 1971, p. 2). Queridos hermanos, también a vosotros os corresponde colaborar con los obispos a fin de que *el esfuerzo necesario* para hacer que los hombres y las mujeres de nuestro tiempo *comprendan el mensaje no traicione jamás la verdad y la continuidad de la doctrina de la fe* (cf. *ib.*, p. 3).

Pero no basta el conocimiento intelectual de Cristo y de su Evangelio. En efecto, creer en él significa *seguirlo*. Por eso debemos ir a la escuela de los Apóstoles, de los confesores de la fe, de los santos y de las santas de todos los tiempos, que han contribuido a difundir y hacer amar el nombre de Cristo, mediante *el testimonio de una vida* entregada generosa y gozosamente por él y por los hermanos.

4. A este respecto, el pasaje evangélico de hoy nos invita a un esmerado examen de conciencia. San Lucas habla de "allanar los senderos", "elevar los valles", "abajar los montes y colinas", para que todo hombre vea la salvación de Dios (cf. *Lc 3, 4-6*). Esos "valles que deben elevarse" nos hacen



pensar en la separación, que se constata en algunos, entre la *fe* que profesan y la *vida* que viven diariamente: el Concilio consideró esta separación como “uno de los errores más graves de nuestro tiempo” (*Gaudium et spes*, 43).

Los “senderos que deben allanarse” evocan, además, la condición de algunos creyentes que, del patrimonio integral e inmutable de la fe, cortan *elementos subjetivamente elegidos*, tal vez a la luz de la mentalidad dominante, y se alejan del camino recto de la espiritualidad evangélica para tener como referencia vagos valores inspirados en un moralismo convencional e irenista. En realidad, aun viviendo en una sociedad multiétnica y multirreligiosa, el cristiano no puede menos de sentir la urgencia del mandato misionero que impulsó a san Pablo a exclamar: “¡Ay de mí si no anunciara el Evangelio!” (1 Co 9, 16). En todas las circunstancias, en todos los ambientes, favorables o desfavorables, hay que proponer con valentía el evangelio de Cristo, anuncio de felicidad para todas las personas, de cualquier edad, condición, cultura y nación.

5. La Iglesia, consciente de ello, en los últimos decenios ha puesto mayor empeño aún en la *renovación de la catequesis* según las enseñanzas y el espíritu del concilio Vaticano II. Basta mencionar aquí algunas importantes iniciativas eclesiales, entre las que figuran *las Asambleas del Sínodo de los obispos*, especialmente la de 1974 dedicada a la evangelización; y también los diversos documentos de la Santa Sede y de los Episcopados, editados durante estos decenios. Un lugar especial ocupa, naturalmente, el *Catecismo de la Iglesia católica*, publicado en 1992, al que siguió, hace tres años, una nueva redacción del *Directorio general para la catequesis*. Esta abundancia de acontecimientos y documentos testimonia la solicitud de la Iglesia que, al entrar en el tercer milenio, se siente impulsada por el Señor a comprometerse con renovado impulso en el anuncio del mensaje evangélico.

6. La misión catequística de la Iglesia tiene ante sí importantes objetivos. Los Episcopados están preparando los *catecismos nacionales*, que, a la luz del *Catecismo de la Iglesia católica*, presentarán la síntesis orgánica de la fe de modo adecuado a las “diferencias de culturas, de edades, de la vida espiritual, de situaciones sociales y eclesiales de aquellos a quienes se dirige la catequesis” (*Catecismo de la Iglesia católica*, n. 24). Un anhelo sube del corazón y se convierte en oración: que el mensaje cristiano, íntegro y universal, *impregne todos los ámbitos y niveles de cultura y de responsabilidad social*. Y que, en particular, según una gloriosa tradición, se traduzca *en el lenguaje del arte* y de la comunicación social, para que llegue a los ambientes humanos más diversos.

En este momento solemne, con gran afecto os animo a vosotros, comprometidos en las diversas modalidades catequísticas: desde la *catequesis parroquial*, que, en cierto sentido, es levadura de todas las demás, hasta la *catequesis familiar* y la que se imparte en las *escuelas católicas*, en las asociaciones, en los *movimientos* y en las *nuevas comunidades* eclesiales. La experiencia enseña que la calidad de la acción catequística depende en gran medida de la presencia pastoralmente solícita y afectuosa de los *sacerdotes*. Queridos presbíteros, en particular vosotros, queridos párrocos, que no falte vuestra diligente laboriosidad en los itinerarios de iniciación cristiana y en la formación de los catequistas. Estad cerca de ellos, acompañadlos. Es un servicio muy importante que la Iglesia os pide.

7. “Siempre que rezo por vosotros, lo hago con gran alegría. Porque habéis sido colaboradores míos en la obra del Evangelio” (*Flp 1, 4-5*). Amadísimos hermanos y hermanas, de buen grado hago mías las palabras del apóstol san Pablo, que la liturgia de hoy vuelve a proponer, y os digo: vosotros, catequistas de todas las edades y condiciones, *estáis siempre presentes en mis oraciones*, y el recuerdo de vosotros, comprometidos en la difusión del Evangelio en todo el mundo y en todas las situaciones sociales, es para mí motivo de consuelo y esperanza. Junto con vosotros deseo hoy rendir homenaje a vuestros numerosos compañeros que *han pagado con todo tipo de sufrimientos, y a menudo también con la vida*, su fidelidad al Evangelio y a las comunidades a las que fueron enviados. Quiera Dios que su ejemplo sea estímulo y aliento para cada uno de vosotros.

“Todos verán la salvación de Dios” (*Lc 3, 6*), así proclamaba en el desierto Juan el Bautista, anunciando la plenitud de los tiempos. Hagamos nuestro este grito de esperanza, celebrando el jubileo del bimilenario de la Encarnación. *Ojalá que todos vean en Cristo la salvación de Dios*. Para eso, deben encontrarlo, conocerlo y seguirlo. Queridos hermanos, esta es la misión de la Iglesia; esta es vuestra misión. *El Papa os dice: ¡Id!* Como el Bautista, preparad el camino del Señor que viene.

Os gué y asista María santísima, la Virgen del Adviento, la Estrella de la nueva evangelización. Sed dóciles, como ella, a la palabra divina, y que su *Magnificat* os impulse a la alabanza y a la valentía profética. Así, también gracias a vosotros, se realizarán las palabras del Evangelio: “Todos verán la salvación de Dios”.

¡Alabado sea Jesucristo!

# HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUBILEO DEL MUNDO DEL ESPECTÁCULO

*Domingo 17 de diciembre de 2000*

1. “Alegraos. (...) El Señor está cerca” (Flp 4, 4. 5).

Este tercer domingo de Adviento se caracteriza por la *alegría*: la alegría de quien espera al Señor que “está cerca”, el Dios con nosotros, anunciado por los profetas. Es la “*gran alegría*” de la Navidad, que hoy gustamos anticipadamente; una alegría que “será de todo el pueblo”, porque el Salvador ha venido y vendrá de nuevo a visitarnos desde las alturas, como sol que surge (cf. Lc 1, 78).

Es la *alegría de los cristianos, peregrinos en el mundo*, que aguardan con esperanza la vuelta gloriosa de Cristo, quien, para venir a ayudarnos, se despojó de su gloria divina. Es la *alegría de este Año santo*, que conmemora los dos mil años transcurridos desde que el Hijo de Dios, Luz de Luz, iluminó con el resplandor de su presencia la historia de la humanidad.

Por tanto, desde esta perspectiva, cobran singular elocuencia las palabras del profeta Sofonías, que hemos escuchado en la *primera lectura*: “Regocíjate, hija de Sión; grita de júbilo, Israel; alégrate y gózate de todo corazón, Jerusalén. El Señor ha cancelado tu condena; ha expulsado a tus enemigos” (So 3, 14-15): este es el “año de gracia del Señor”, que nos sana del pecado y de sus heridas.

2. Resuena con gran intensidad en nuestra asamblea este consolador anuncio profético: “El Señor tu Dios, en medio de ti, es un poderoso salvador. Él se goza y se complace en ti, te ama” (So 3, 17).

Él es el que *ha venido*, y es él al que *esperamos*. El Año jubilar nos invita a fijar la mirada en él, sobre todo en este Adviento del año 2000. Él, “el poderoso salvador”, se os presenta hoy también a vosotros, amadísimos hermanos y hermanas, que *actuáis en diversos sectores del mundo del espectáculo*. En su nombre os acojo y os saludo cordialmente. Agradezco con afecto las amables palabras que me han dirigido monseñor John Patrick Foley, presidente del Consejo pontificio para las comunicaciones sociales, y vuestros dos representantes. Extiendo mi saludo a vuestros colegas y amigos que no han podido estar presentes.

3. El evangelio de san Lucas nos presentó el domingo pasado a *Juan Bautista*, el cual, a orillas del Jordán, proclamaba la venida inminente del Mesías. Hoy la liturgia nos hace escuchar la continuación de ese texto evangélico: el Bautista explica a las multitudes *cómo preparar concretamente el camino del Señor*. A las diversas *clases de personas* que le preguntan: “Nosotros, ¿qué debemos hacer?” (Lc 3, 10. 12. 14), les indica lo que es necesario realizar a fin de prepararse para acoger al Mesías.

Esta página evangélica nos hace pensar, en cierto sentido, en los *encuentros jubilares para las diversas clases sociales o profesionales*. Os hace pensar también a *vosotros*, queridos hermanos y hermanas: con vuestra peregrinación jubilar, también vosotros habéis venido a preguntar: “¿Qué debemos hacer?”. *La primera respuesta* que os da la palabra de Dios es *una invitación a recuperar la alegría*. ¿Acaso no es el jubileo -término que deriva de “júbilo”- la exhortación a rebosar de alegría porque el Señor ha venido a habitar entre nosotros y nos ha dado su amor?

Sin embargo, esta alegría que brota de la gracia divina *no es superficial y efímera*. Es una alegría profunda, enraizada en el corazón y capaz de impregnar toda la existencia del creyente. Se trata de una alegría que puede convivir con las dificultades, con las pruebas e incluso, aunque pueda parecer paradójico, con el dolor y la muerte. Es la alegría de la Navidad y de la Pascua, don del Hijo de Dios encarnado, muerto y resucitado; una alegría que nadie puede quitar a cuantos están unidos a él en la fe y en las obras (cf. Jn 16, 22-23).

Muchos de vosotros, queridos hermanos, trabajáis para *entretener al público*, en la ideación y realización de espectáculos que quieren brindar momentos de sana distensión y esparcimiento. Aunque, en sentido propio, la alegría cristiana se sitúa en un plano más directamente espiritual, abarca también *la sana diversión*, que hace bien al cuerpo y al espíritu. Por tanto, la sociedad debe estar agradecida con quien produce y realiza transmisiones y programas inteligentes y relajantes, divertidos sin ser alienantes, humorísticos pero no vulgares. Difundir una auténtica alegría puede ser una forma genuina de caridad social.

4. Además, la Iglesia, como Juan Bautista, tiene hoy *un mensaje específico para vosotros*, queridos trabajadores del mundo del espectáculo. Un mensaje que podría expresarse en estos términos: en vuestro trabajo, tened siempre presentes a *las personas de vuestros destinatarios*, sus derechos y sus

expectativas legítimas, sobre todo cuando se trate de personas en formación. No os dejéis condicionar por el mero interés económico o ideológico. Este es el principio fundamental de la ética de las comunicaciones sociales, que cada uno de vosotros está llamado a aplicar en su ámbito de actividad. A este propósito, el Consejo pontificio para las comunicaciones sociales publicó el pasado mes de junio un documento específico: *Ética en las comunicaciones sociales*, sobre el que os invito a reflexionar.

Especialmente aquellos de entre vosotros que son más conocidos por el público deben ser siempre conscientes de su responsabilidad. Queridos amigos, la gente os observa con simpatía e interés. Sed siempre para ellos modelos positivos y coherentes, capaces de infundir confianza, optimismo y esperanza.

Para poder realizar esta comprometedora misión, viene en vuestra ayuda el Señor, a quien podéis acudir mediante la escucha de su palabra y la oración. Sí, queridos hermanos, vosotros trabajáis con las imágenes, los gestos y los sonidos; en otras palabras, trabajáis con *la exterioridad*.

Precisamente por eso debéis ser hombres y mujeres *de fuerte interioridad*, capaces de recogimiento. En nosotros mora Dios, más íntimo a nosotros que nosotros mismos, como decía san Agustín. Si dialogáis con él, podréis comunicaros mejor con vuestro prójimo. Si tenéis gran sensibilidad por el bien, la verdad y la belleza, las obras de vuestra creatividad, incluso las más sencillas, serán de buena calidad estética y moral.

5. *La Iglesia os acompaña y cuenta con vosotros*. Espera que infundáis en el cine, la televisión, la radio, el teatro, el circo y en toda forma de entretenimiento la "levadura" evangélica, gracias a la cual toda realidad humana desarrolla al máximo sus potencialidades positivas.

*Es impensable una nueva evangelización en la que no participe vuestro mundo*, el mundo del espectáculo, tan importante para la formación de las mentalidades y de las costumbres. Pienso aquí en las numerosas iniciativas que vuelven a proponer el mensaje bíblico y el riquísimo patrimonio de la tradición cristiana en el *lenguaje* de las formas, de los sonidos y de las imágenes mediante el teatro, el cine y la televisión. Pienso, asimismo, en las obras y en los programas no explícitamente religiosos que, sin embargo, son capaces de hablar al corazón de las personas, suscitando en ellas admiración, interrogantes y reflexiones.

6. Amadísimos hermanos y hermanas, la Providencia ha querido que vuestro jubileo se celebre *pocos días antes de la Navidad*, la fiesta sin duda alguna más representada en vuestro campo de trabajo, en todos los niveles, desde los medios de comunicación social hasta los belenes vivientes. Así, este encuentro nos ayuda a entrar en sintonía con el auténtico espíritu navideño, muy diverso del mundano, que lo transforma en ocasión de comercio.

Dejad que María, la Madre del Verbo encarnado, os guíe en el itinerario de preparación para esta solemnidad. Ella espera en silencio el cumplimiento de las promesas divinas, y nos enseña que *para llevar al mundo la paz y la alegría es preciso acoger antes en el corazón al Príncipe de la paz y fuente de la alegría, Jesucristo*. Para que esto suceda, es necesario convertirse a su amor y estar dispuestos a cumplir su voluntad.

Amadísimos amigos del mundo del espectáculo, os deseo que también vosotros hagáis esta experiencia consoladora. Así, con los lenguajes más diversos, seréis *portadores de alegría*, de la alegría que Cristo da a toda la humanidad en la Navidad.

# **Santo Padre**

- 2.1 Mensaje para la Jornada Mundial del Turismo.
- 2.2 Jornada de Oración por las Vocaciones.
- 2.3 Mensaje para la Cuaresma de 2000.
- 2.4 Mensaje Urbi et Orbi. Día de Navidad.
- 2.5 Mensaje Urbi et Orbi. Día de Año Nuevo.

*Mensajes*





## **MENSAJE DEL PAPA JUAN PABLO II PARA LA JORNADA MUNDIAL DEL TURISMO**

1. El gran jubileo, con el que ha comenzado el nuevo milenio, constituye un tiempo de gracia que ilumina toda la vida de la Iglesia. Es una ocasión providencial para una profunda renovación de los creyentes, una reiterada invitación a volver a las fuentes evangélicas. Esta invitación atañe a toda la realidad eclesial, en sus diversas actividades, proyectos y perspectivas. Por eso, con este espíritu los cristianos deben vivir también la Jornada mundial del turismo, que se celebrará el 27 de septiembre de 2000. Contemplando el turismo desde la perspectiva del Encuentro jubilar, deben tratar de hallar motivos para una renovación evangélica más profunda, a fin de responder a las expectativas y retos del tiempo actual.

El jubileo, que evoca el acontecimiento central de la historia humana, brinda a los cristianos una ocasión providencial para profesar su fe y evangelizar, con la firme convicción de que la encarnación del Hijo de Dios y la salvación que realizó con su muerte y resurrección constituyen el verdadero criterio para juzgar la realidad temporal y los proyectos encaminados a hacer la vida del hombre cada vez más humana (cf. *Incarnationis mysterium*, 1).

Desde esta perspectiva, quisiera ofrecer algunas reflexiones que ayuden a percibir mejor el valor de esta celebración significativa, a la que la Organización mundial del turismo ha asignado este año un tema estimulante: "Tecnología y naturaleza: dos retos para el turismo en el alba del siglo XXI".

2. El jubileo es una gran experiencia espiritual, personal y comunitaria. En su centro se halla el encuentro interior del creyente con Dios misericordioso, que en Cristo, único Salvador de todo hombre y de todo el hombre, le abre sus brazos paternos. Pero el jubileo es también encuentro comunitario entre creyentes llamados a difundir el mensaje de Cristo en las diversas realidades del mundo, que hoy, gracias al desarrollo de las tecnologías modernas, se halla cada vez más intercomunicado.

Naturaleza y tecnología constituyen los dos campos principales en los que el hombre contemporáneo siente que puede expresar sus potencialidades, siguiendo el mandato del Creador, que a la actividad de sus manos encomendó el universo (cf. *Plegaria eucarística* IV). Y el jubileo quiere impul-

sar a los creyentes, purificados por el encuentro con el Señor, a cobrar nuevo entusiasmo para realizar su misión en el mundo. Esa misión implica una atención constante a la realidad del cosmos, al desarrollo de la historia, y a la existencia concreta de las personas y de los pueblos. A todas partes debe llegar el anuncio salvífico de Cristo, porque, como recordó el concilio Vaticano II, “hay que salvar a la persona humana y renovar la sociedad humana” (*Gaudium et spes*, 3). Ese es el objetivo constante que guía los pasos de la Iglesia y estimula sus continuos esfuerzos por llevar la luz del Evangelio a todos los ámbitos de la existencia humana.

En ese marco, la celebración de la Jornada mundial del turismo se presenta como una ocasión útil para reflexionar sobre las posibilidades que el turismo brinda a la evangelización. Eso no sólo atañe a los que se dedican a la actividad turística por opción profesional o le consagran parte de su tiempo libre, sino también a los que viven en localidades turísticas o forman parte de comunidades cristianas que tienen contactos constantes con peregrinos y turistas.

3. Tecnología y naturaleza son dos retos importantes para el turismo de nuestro tiempo. Llevan a revisar algunos de sus aspectos significativos y las posibilidades pastorales que van surgiendo. El turismo cambia rostro bajo la presión de los nuevos modelos de vida. De tiempo de “descanso” se está convirtiendo cada vez más en ocasión de viajes y vacaciones culturales. Aumenta el deseo generalizado de “redescubrir” la naturaleza, conocer a otras personas y hacer nuevas experiencias.

Utilizando las posibilidades que brinda actualmente la tecnología se pueden realizar nuevos contactos, viajes familiares y comunitarios, e intercambios de visitas entre personas, especialmente jóvenes, de diferentes ciudades y naciones.

El turismo, precisamente gracias a estas crecientes posibilidades, suscita algunas reflexiones que también pone de relieve el mensaje del gran jubileo. Aquí deseo referirme a dos aspectos del itinerario jubilar: el encuentro con Cristo y la participación comunitaria, que el turismo puede favorecer. En efecto, si está animado por el espíritu jubilar, el turismo puede convertirse en espacio providencial de encuentro y valiosa ocasión de solidaridad.

4. Ante todo, *espacio de encuentro*. En el jubileo la Iglesia proclama que Dios, hace dos mil años, vino en persona a hablar de sí al hombre y a mos-

trarle el camino por el cual puede llegar a él (cf. *Tertio millennio adveniente*, 6). La iniciativa divina de entonces sigue desarrollando su eficacia también hoy, permitiendo al hombre de todos los tiempos y, por ello, también a nuestros contemporáneos, experimentar personalmente la presencia de Cristo en su propia historia.

El espacio en el que tiene lugar este encuentro es ante todo la celebración de los sacramentos de la reconciliación y la Eucaristía. Con todo, en estos sacramentos la vida entera encuentra su significado y su orientación, a la luz que brota de la fe. A este respecto, las vacaciones, los viajes pueden ser tiempos propicios para colmar lagunas de humanidad y de espiritualidad.

Deseo de corazón que el turismo sea siempre ocasión de encuentros fructíferos: *encuentro con Dios*, que en la creación y en las obras del hombre nos muestra su amor y su providencia; *encuentro consigo mismo*, en el silencio de la reflexión y de la escucha interior, y *encuentro con los demás*, para construir una convivencia serena entre las personas y los pueblos.

5. El turismo es, además, una *ocasión de solidaridad*. Con su llamada a la conversión interior y a la reconciliación con los hermanos, el jubileo invita a los creyentes y a los hombres de buena voluntad a instaurar un orden social fundado en la misericordia, la justicia y la paz. Impulsa a tomar conciencia de la responsabilidad que todos tenemos con respecto a la naturaleza y a las situaciones de miseria y explotación que sufren tantas personas y numerosos países del mundo.

Así, el mensaje del jubileo estimula a peregrinos y turistas a tener ojos capaces de “ver” la realidad, sin quedarse en la superficie de las cosas, especialmente cuando se tiene ocasión de visitar lugares y situaciones en los que la gente vive en condiciones humanas precarias y donde la aspiración a un desarrollo equitativo se ve seriamente amenazada por factores de desequilibrio ambiental y por injusticias estructurales.

De esta forma, el turismo, que ya alcanza dimensiones internacionales, puede transformarse en valiosa aportación para la cultura de la solidaridad y puede favorecer la cooperación internacional que el jubileo impulsa (cf. *Incarnationis mysterium*, 12). Los más de seiscientos millones de personas que anualmente se desplazan de una nación a otra podrían transformar el turismo en un factor de importancia primaria en la construcción de un

mundo abierto a la cooperación entre todos, gracias al conocimiento recíproco y a la confrontación directa de realidades diversas.

6. Deseo de corazón que la Jornada mundial del turismo de este Año jubilar ayude a los responsables y a los agentes turísticos, a los creyentes y a los hombres de buena voluntad, a las personas y a las comunidades, a tomar conciencia de los retos y de las posibilidades que brinda un movimiento tan vasto de personas.

Expreso mi aprecio a cuantos trabajan en este sector por la contribución que dan a la valoración del tiempo libre y al desarrollo de relaciones amistosas entre personas y pueblos. Doy las gracias, en particular, a los agentes pastorales que dedican todas sus energías a hacer que el Evangelio impregne también este singular campo de la existencia humana.

Para todos invoco la celestial asistencia de María, Estrella de la evangelización, y a cada uno imparto de corazón una especial bendición, prenda de constante benevolencia.

*Castelgandolfo, 29 de julio de 2000*

Joannes Paulus PP. II

**MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA  
XXXVIII JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN  
POR LAS VOCACIONES.**

**6 de mayo de 2000.- IV Domingo de Pascua**

*Tema: "La vida como vocación".*

*Venerables Hermanos en el Episcopado,  
queridos Hermanos y Hermanas de todo el mundo!:*

1. - La próxima "Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones" que tendrá lugar el 6 de mayo del 2001, a pocos meses, por tanto, del fin del Gran Jubileo, tendrá como motivo "La vida como vocación". En este mensaje deseo detenerme para reflexionar con vosotros sobre el tema que reviste una indudable importancia en la vida cristiana.

La palabra "vocación" cualifica muy bien las relaciones de Dios con cada ser humano en la libertad del amor, porque "cada vida es vocación" (Pablo VI, carta Enc. *Populorum progressio*, 15). Dios, al fin de la creación, contempla al hombre y "vió ser bueno!" (Cfr. *Gén.* 1,31) lo hizo "a su imagen y semejanza", le puso en sus manos laboriosas el universo y lo ha llamado a una íntima relación de amor.

Vocación es la palabra que introduce a la comprensión de los dinamisismos de la revelación de Dios y descubre al hombre la verdad sobre su existencia: "La razón más profunda de la dignidad humana, - leemos en el documento conciliar *Gaudium et spes*, - está en la vocación del hombre a la comunión de Dios. Ya desde su nacimiento es invitado el hombre al diálogo con Dios: pues, si existe, es porque, habiéndole creado Dios por amor, por amor le conserva siempre, y no vivirá plenamente conforme a la verdad, si no reconoce libremente este amor y si no se entrega a su Creador". (N<sup>o</sup> 19). Es en este diálogo de amor con Dios que se funda la posibilidad para cada uno de crecer según líneas y características propias, recibidas como don y capaces de "dar sentido" a la historia y a las relaciones fundamentales de su existir cotidiano, mientras se está en camino hacia la plenitud de la vida.

2. - Considerar la vida como vocación favorece la libertad interior, estimulando en la persona el deseo de futuro, conjuntamente con el rechazo de una concepción de la existencia pasiva, aburrida y banal. La vida asume

así el valor del “don recibido, que tiende por naturaleza a llegar a ser bien dado” (Doc. *Nuevas vocaciones para una nueva Europa*, 1997,16, b). El hombre muestra ser renovado en el Espíritu (cfr. *Jn.* 3, 3.5) cuando aprende a seguir el camino del nuevo mandamiento “que os améis los unos a los otros, como yo os he amado” ( cfr. *Jn* 15,12). Se puede afirmar que, en cierto sentido, el amor es el DNA de los hijos de Dios; es la “ la vocación santa” con la que hemos sido llamados “según su propósito y su gracia, gracia que nos fue dada en Cristo Jesús, antes de los tiempos eternos y manifestada en el presente por la aparición de nuestro Salvador, Jesucristo “ (2 *Tm* 1,9.10).

En el origen de todo camino vocacional, está Emmanuel, el Dios-con-nosotros. Él nos revela que no estamos sólo construyendo nuestra vida, porque Dios camina con nosotros en medio de nuestros quehaceres y si nosotros lo queremos, entreteje con cada cual una maravillosa historia de amor, única e irrepetible. Y al mismo tiempo, en armonía con la humanidad y con el mundo entero. Descubrir la presencia de Dios en la propia historia, no sentirse nunca huérfano sino siendo consciente de tener un Padre del que podemos fiarnos totalmente: este es el gran cambio que transforma el horizonte simplemente humano y lleva al hombre a comprender, como afirma la *Gaudium et spes*, que no puede “ encontrarse plenamente a sí mismo sino en la entrega sincera de sí mismo” (N<sup>o</sup>24). En estas palabras del Concilio Vaticano II está encerrado el secreto de la existencia cristiana y de toda la auténtica realización humana.

3. - Hoy, sin embargo, esta lectura cristiana de la existencia debe hacer el balance de algunos comportamientos de la cultura occidental, en la que Dios es prácticamente marginado del vivir cotidiano. He aquí porqué es necesario un compromiso acorde de toda la comunidad cristiana para “reevangelizar la vida”. Conviene a esta fundamental obligación pastoral el testimonio de hombres y mujeres que muestren la fecundidad de una existencia que tiene en Dios su fuente, en la docilidad a la acción del Espíritu su fuerza, en la comunión con Cristo y con la Iglesia la garantía del sentido auténtico de la fatiga cotidiana. Conviene que en la Comunidad cristiana, cada uno descubra su personal vocación y responda con generosidad. Cada vida y vocación y todo creyente es invitado a cooperar en la edificación de la Iglesia. En la “Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, sin embargo, nuestra atención va dirigida especialmente a la necesidad y a la urgencia de los ministros ordenados y de las personas dispuestas a seguir a Cristo en su camino exigente de la vida consagrada con la profesión de los consejos evangélicos.

Hay urgencia de ministros ordenados que sean “garantía permanente de la presencia sacramental de Cristo Redentor en los diversos tiempos y lugares” (*Christifideles laici*, 55) y, con la predicación de la Palabra y la celebración de la Eucaristía y de los otros Sacramentos guíen a las Comunidades cristianas por los senderos de la vida eterna.

Hay necesidad de hombres y mujeres que con su testimonio mantengan “viva en los bautizados la conciencia de los valores fundamentales del Evangelio” y hagan “avivar continuamente en la conciencia del Pueblo de Dios la exigencia de responder con la santidad de la vida al amor de Dios derramado en los corazones por el Espíritu Santo, reflejando en su conducta la consagración sacramental obrada por Dios en el Bautismo, la Confirmación o el Orden (*Vita consecrata*, 33).

Que el Espíritu Santo pueda suscitar abundantes vocaciones de especial consagración, para que favorezca en el pueblo cristiano una adhesión siempre más generosa al Evangelio y haga más fácil a todos la comprensión del sentido de la existencia como transparencia de la belleza y de la santidad de Dios.

4. - Mi pensamiento se dirige ahora a tantos jóvenes sedientos de valores y las más de las veces incapaces de encontrar el camino que a ello conduce. Si: sólo Cristo es el Camino, la Verdad y la Vida. Y es por esto necesario hacerles encontrar al Señor y ayudarlos a establecer con Él una relación profunda. Jesús debe entrar en su mundo, asumir su historia y abrirle su corazón, para que se dispongan a conocerlo siempre más, a medida que siguen las huellas de su amor.

Pienso, con respecto a esto, en el papel importante de los Pastores del Pueblo de Dios. Para ellos evoco las palabras del Concilio Vaticano II: “Preocúpense los Presbíteros, en primer lugar, de poner ante los ojos de los fieles, con el ministerio de la Palabra, y con el testimonio de su propia vida, el espíritu de servicio y el verdadero gozo pascual expandidos abiertamente, la excelencia del Sacerdocio y su necesidad... Para este fin es de máxima utilidad la dirección espiritual sabia y prudente... Sin embargo, esta llamada del Señor no debe esperarse que sea en manera alguna como voz extraordinaria que llegue a oídos del futuro presbítero. Sino que más bien debe ser entendida e interpretada a través de signos por medio de los cuales cada día la voluntad de Dios se manifiesta a los cristianos prudentes, signos que deben ser considerados atentamente por los presbíteros”. (*Presbyterorum ordinis*, 11)

Pienso también en los consagrados y consagradas llamados a testimoniar que en Cristo está nuestra única esperanza; sólo de Él es posible sacar la energía para vivir sus mismas calidades de vida; sólo con Él, se puede salir al encuentro de las profundas necesidades de salvación de la humanidad. Pueda la presencia y el servicio de las personas consagradas abrir el corazón y la mente de los jóvenes hacia horizontes de esperanza plenos de Dios y los eduquen en la humildad y la gratuidad del amar y del servir. La significatividad eclesial y cultural de su vida consagrada se traduzca siempre más en propuestas pastorales específicas, adaptadas a la forma de educar y formar a los jóvenes y muchachas para la escucha de la llamada del Señor y a la libertad del espíritu para responderle con generosidad e intrepidez.

5. - Me dirijo ahora a vosotros, queridos padres cristianos, para exhortaros a estar cerca de vuestros hijos. No los dejéis solos frente a las grandes opciones de la adolescencia y de la juventud. Ayudadlos a no dejarse arrollar por la búsqueda afanosa del bienestar y guiadlos hacia el gozo auténtico, como lo es el del espíritu. Haced resonar en sus corazones, a veces llenos de miedo por el futuro, el gozo liberador de la fe. Educadlos, como escribía mi venerado predecesor, el Siervo de Dios Pablo VI, “apreciando simplemente los múltiples gozos humanos que el Creador pone ya en su camino: alegría entusiasta de la existencia y de la vida; gozo del amor casto y santificado; júbilo pacificante de la naturaleza y del silencio; regocijo, a veces austero, del trabajo esmerado; felicidad y satisfacción del deber cumplido; contento transparente de la pureza, del servicio, de la participación: satisfacción exigente del sacrificio”. (*Gaudete in Domino*, I).

A la acción de la familia sirva de apoyo la de los catequistas y de los docentes cristianos, llamados de forma particular a promover el sentido de la vocación en los jóvenes. Su tarea es guiar a las nuevas generaciones hacia el descubrimiento del proyecto de Dios sobre sí mismo, cultivando en ellos la disponibilidad de hacer de la propia vida, cuando Dios llama, un don para la misión. Esto se verificará a través de ocasiones progresivas que preparen al “sí” pleno, por el que la entera existencia es puesta al servicio del Evangelio. Queridos catequistas y docentes: para obtener esto, ayudad a los jóvenes confiados a vosotros a mirar hacia lo alto, a huir de la tentación constante del compromiso. Educadlos en la confianza en Dios que es Padre y muestra la extraordinaria grandeza de su amor, confiando a cada uno un deber personal al servicio de la gran misión de “renovar la faz de la tierra”.



6.- Leemos en el libro de los Hechos de los Apóstoles que los primeros cristianos “perseveraban en oír la enseñanza de los apóstoles y en la unión, en la fracción del pan y en la oración” (2, 42). Cada encuentro con la Palabra de Dios es un momento feliz para la propuesta vocacional. La frecuentación de la Sagrada Escritura ayuda a comprender el estilo y los gestos con los que Dios elige, llama, educa y hace partícipe de su amor.

La celebración de la Eucaristía y la oración hacen entender mejor las palabras de Jesús: “La mies es mucha y los obreros pocos! Roguemos, pues, al amo, mande obreros a su mies” (*Mat.9, 37-38. Cfr. Lc 10, 2*). Rogando por las vocaciones se dispone uno a mirar con sabiduría evangélica al mundo y a las necesidades de la vida y salvación de cada ser humano; se vive, además, la caridad y la solidaridad de Cristo hacia la humanidad y se cuenta con la gracia de poder decir, siguiendo el ejemplo de la Virgen: “He aquí la sierva del Señor: hágase en mí según tu palabra” (*Lc. 1,38*)

Invito a todos a implorar conmigo al Señor, para que no falten obreros en su mies:

Padre santo: fuente perenne de la existencia y del amor,  
que en el hombre viviente muestras el esplendor de tu gloria,  
y pones en su corazón la simiente de tu llamada,  
haz que, ninguno, por negligencia nuestra, ignore este don o lo pierda,  
sino que todos con plena generosidad, puedan caminar  
hacia la realización de tu Amor.

Señor Jesús, que en tu peregrinar por los caminos de Palestina,  
has elegido y llamado a tus apóstoles y les has confiado la tarea  
de predicar el Evangelio, apacentar a los fieles, celebrar el culto divino,  
haz que hoy no falten a tu Iglesia  
numerosos y santos Sacerdotes, que lleven a todos  
los frutos de tu muerte y de tu resurrección.  
Espíritu Santo: que santificas a la Iglesia  
con la constante dádiva de tus dones,  
introduce en el corazón de los llamados a la vida consagrada  
una íntima y fuerte pasión por el Reino,  
para que con un sí generoso e incondicional,  
pongán su existencia al servicio del Evangelio.

Virgen Santísima, que sin dudar  
te has ofrecido al Omnipotente  
para la actuación de su designio de salvación,  
infunde confianza en el corazón de los jóvenes  
para que haya siempre pastores celosos,  
que guíen al pueblo cristiano por el camino de la vida,  
y almas consagradas que sepan testimoniar  
en la castidad, en la pobreza y en la obediencia,  
la presencia liberadora de tu Hijo resucitado.  
Amén.

*Del Vaticano, 14 de septiembre del 2000*

Joannes Paulus PP. II

## MENSAJE DEL SANTO PADRE PARA LA CUARESMA 2000

*Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo* (cf. Mt 28,20)

*Hermanos y hermanas:*

1. La celebración de la Cuaresma, tiempo de conversión y reconciliación, reviste en este año un carácter muy especial, ya que tiene lugar dentro del Gran Jubileo del 2000. En efecto, el tiempo cuaresmal representa el punto culminante del camino de conversión y reconciliación que el Jubileo, año de gracia del Señor, propone a todos los creyentes para renovar la propia adhesión a Cristo y anunciar, con renovado ardor, su misterio de salvación en el nuevo milenio. La Cuaresma ayuda a los cristianos a penetrar con mayor profundidad en este «Misterio escondido desde siglos» (Ef 3,9); los lleva a confrontarse con la Palabra del Dios vivo y les pide renunciar al propio egoísmo para acoger la acción salvífica del Espíritu Santo.

2. Estábamos muertos por el pecado (cf. Ef 2,5); así es como San Pablo describe la situación del hombre sin Cristo. Por eso, el Hijo de Dios quiso unirse a la naturaleza humana y, de este modo, rescatarla de la esclavitud del pecado y de la muerte.

Es una esclavitud que el hombre experimenta cotidianamente, descubriendo las raíces profundas en su mismo corazón (cf. Mt 7,11). Se manifiesta en formas dramáticas e inusitadas, como ha sucedido en el transcurso de las grandes tragedias del siglo XX, que han incidido profundamente en la vida de tantas comunidades y personas, víctimas de una violencia cruel. Las deportaciones forzadas, la eliminación sistemática de pueblos y el desprecio de los derechos fundamentales de la persona son las tragedias que, desgraciadamente, aún hoy humillan a la humanidad. También en la vida cotidiana se manifiestan diversos modos de engaño, odio, aniquilamiento del otro y mentira, de los que el hombre es víctima y autor. La humanidad está marcada por el pecado. Esta condición dramática nos recuerda el grito alarmado del Apóstol de los gentiles: «No hay quien sea justo, ni siquiera uno solo» (Rm 3,10; cf. Sal 13,3).

3. Ante la oscuridad del pecado y ante la imposibilidad de que el hombre se libere por sí solo de él, aparece en todo su esplendor la obra sal-

vífica de Cristo: «Todos son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención de Cristo Jesús, a quien constituyó sacrificio de propiciación mediante la fe en su sangre» (*Rm 3,25*). Cristo es el Cordero que ha tomado consigo el pecado del mundo (cf. *Jn 1,29*). Ha compartido la existencia humana «hasta la muerte y muerte de cruz» (*Flp 2,8*), para rescatar al hombre de la esclavitud del mal y volverlo a integrar en su originaria dignidad de hijo de Dios. Éste es el Misterio Pascual en el que hemos renacido; en él, como recuerda la Secuencia pascual, «lucharon vida y muerte en singular batalla». Los Padres de la Iglesia afirman que en Jesucristo el diablo ataca a toda la humanidad y la acecha con la muerte; pero que es liberada de ésta gracias a la fuerza victoriosa de la resurrección. En el Señor resucitado es destruido el poder de la muerte y se le ofrece al hombre la posibilidad, por medio de la fe, de acceder a la comunión con Dios. El creyente recibe la vida misma de Dios por medio de la acción del Espíritu Santo, «primicia para los creyentes» (*Plegaria Eucarística IV*). Así, la redención realizada en la cruz renueva el universo y opera la reconciliación entre Dios y el hombre y entre los hombres entre sí.

4. El Jubileo es el tiempo de gracia en el que se nos invita a abrirnos de un modo especial a la misericordia del Padre, que en el Hijo se ha acercado humildemente al hombre, y a la reconciliación, gran don de Cristo. Este año debe ser, por tanto, para los cristianos y para todo hombre de buena voluntad, un momento privilegiado en el que se experimente la fuerza renovadora del amor de Dios, que perdona y reconcilia. Dios ofrece su misericordia a todo el que la quiera acoger, aunque esté lejano o sea receloso a ella. Al hombre de hoy, cansado de la mediocridad y de las falsas ilusiones, se le ofrece así la posibilidad de emprender el camino de una vida en plenitud. En este contexto, la Cuaresma del Año Santo del 2000 constituye por excelencia «el tiempo favorable, el día de salvación» (*2 Co 6,2*), la ocasión particularmente propicia para reconciliarnos con Dios (cf. *2 Co 5,20*).

Durante el Año Santo, la Iglesia ofrece varias oportunidades de reconciliación, tanto personal como comunitaria. En todas las diócesis hay señalado algún lugar especial donde los creyentes pueden acudir para experimentar, de un modo particular, la presencia divina; de manera que, reconociendo el propio pecado a la luz de Dios, puedan emprender un nuevo camino de vida con la gracia del sacramento de la Reconciliación. Especial significado reviste la peregrinación a Tierra Santa y a Roma, lugares privilegiados de encuentro con Dios por su singular papel en la historia de la salvación. ¿Cómo no encaminarse, al menos espiritualmente, hacia la Tierra que

ha visto el paso del Señor hace ahora dos mil años? Allí «la Palabra se hizo carne» (*Jn 1,14*) y creció «en sabiduría, en estatura y en gracia» (*Lc 2,52*); por allí «recorría todas las ciudades y aldeas...proclamando la Buena Nueva del Reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia» (*Mt 9,35*); en esas tierras llevó a cumplimiento la misión que el Padre le había confiado (cf. *Jn 19,30*) y derramó el Espíritu Santo sobre la Iglesia naciente (cf. *Jn 20,22*).

También yo tengo la intención de peregrinar a la tierra del Señor, a las fuentes de nuestra fe, para celebrar allí, precisamente durante la Cuaresma del 2000, el Jubileo del segundo milenio de la Encarnación. Cuando llame al perdón y a la reconciliación a los hijos de la Iglesia y a toda la humanidad, durante las distintas etapas de mi peregrinación, os invito a todos los cristianos a acompañarme con vuestra oración.

5. El itinerario de la conversión lleva a la reconciliación con Dios y a vivir en plenitud la vida nueva en Cristo: vida de fe, de esperanza y de caridad. Estas tres virtudes, llamadas «teologales» porque se refieren directamente al Misterio de Dios, han sido objeto de profundización durante el trienio de preparación al Gran Jubileo. Ahora la celebración del Año Santo requiere que todo cristiano testimonie y viva esas virtudes de un modo más consciente y pleno.

La gracia del Jubileo nos empuja sobre todo a renovar nuestra fe personal. Ésta consiste en la adhesión al anuncio del Misterio Pascual, mediante el cual el creyente reconoce que en Cristo muerto y resucitado le ha sido concedida la salvación, a Él le entrega cotidianamente la propia vida y, con la certeza de que Dios lo ama, acoge lo que el Señor quiere de él. Por tanto, la fe es el «sí» del hombre a Dios, su «Amén».

Modelo ejemplar de creyente, tanto para los hebreos, como para los cristianos y musulmanes, es Abraham, el cual, confiado en la promesa, sigue la voz de Dios que lo llama por senderos desconocidos. La fe ayuda a descubrir los signos de la presencia amorosa de Dios: en la creación, en las personas, en los acontecimientos históricos y, sobre todo, en la obra y mensaje de Cristo; empuja al hombre a mirar más allá de sí mismo, superando las apariencias para llegar a esa transcendencia que abre a toda criatura al Misterio del amor de Dios.

Con la gracia del Jubileo el Señor nos invita también a reavivar nuestra esperanza. En efecto, en Cristo el tiempo mismo ha sido redimido y se

abre a una perspectiva de felicidad inextinguible y de plena comunión con Dios. El tiempo del cristiano está marcado por la espera de las bodas eternas, anticipadas diariamente en el banquete eucarístico. Con la mirada dirigida a ese momento final «el Espíritu y la Novia dicen: Ven» (*Ap* 22,17), alimentando así esa esperanza que elimina del tiempo un sentido de mera repetitividad y le confiere su auténtico significado. En efecto, con la virtud de la esperanza el cristiano da testimonio de que, más allá de todo mal y límite, la historia contiene en sí misma un germen de bien que el Señor hará germinar en plenitud. Por tanto, el creyente mira al nuevo milenio sin miedo, afronta los desafíos y las esperanzas del futuro con la certeza confiada que nace de la fe en la promesa del Señor.

En definitiva, con el Jubileo el Señor nos pide que revitalicemos nuestra caridad. El Reino, que Cristo manifestará en su pleno esplendor al fin de los tiempos, ya está presente ahí donde los hombres viven conforme a la voluntad de Dios. La Iglesia está llamada a ser testimonio de esa comunión, paz y caridad que la distinguen. En esta misión la comunidad cristiana sabe que la fe sin obras es fe muerta (cf. *St* 2,17). De manera que, por medio de la caridad, el cristiano hace visible el amor de Dios a los hombres revelado en Cristo y manifiesta su presencia en el mundo «hasta el fin de los tiempos». Así pues, para el cristiano la caridad no es sólo un gesto o un ideal, sino que es, por decirlo así, la prolongación de la presencia de Cristo que se da a sí mismo.

Con ocasión de la Cuaresma se invita a todos -ricos o pobres- a hacer presente el amor de Cristo con obras generosas de caridad. En este año jubilar estamos llamados a una caridad que, de un modo especial, manifieste el amor de Cristo a aquellos hermanos que carecen de lo necesario para vivir, a los que son víctimas del hambre, de la violencia y de la injusticia. Éste es el modo con el que se actualizan las instancias de liberación y de fraternidad ya presentes en la Sagrada Escritura y que la celebración del Año Santo vuelve a proponer. El antiguo jubileo hebreo exigía liberar a los esclavos, perdonar las deudas y socorrer a los pobres. Todas las nuevas formas de esclavitud y pobreza afectan dramáticamente a multitud de personas, especialmente en los países del llamado Tercer Mundo. Es un grito de dolor y desesperación que han de escuchar con atención y disponibilidad todos los que emprendan el camino jubilar. ¿Cómo podemos pedir la gracia del Jubileo si somos insensibles a las necesidades de los pobres, si no nos comprometemos a garantizar a todos los medios necesarios para que vivan dignamente?

Ojalá el milenio que ahora inicia sea una época en la que finalmente la llamada de tantos hombres, hermanos nuestros, que no poseen lo mínimo para vivir, encuentre escucha y acogida fraterna. Espero que los cristianos se hagan promotores de iniciativas concretas que aseguren una equitativa distribución de los bienes y la promoción humana integral para cada individuo.

6. «Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo». Estas palabras de Jesús nos aseguran que no estamos solos cuando anunciamos y vivimos el evangelio de la caridad. En esta Cuaresma del Año 2000 Él nos invita a volver al Padre, que nos espera con los brazos abiertos para transformarnos en signos vivos y eficaces de su amor misericordioso.

A María, Madre de todos los que sufren y Madre de la divina misericordia, confiamos nuestros propósitos e intenciones; que Ella sea la estrella que nos ilumine en el camino del nuevo milenio.

Con estos deseos, invoco sobre todos la bendición de Dios, Uno y Trino, principio y fin de todas las cosas, a Él «hasta el fin del mundo» se eleva el himno de bendición y alabanza: «Por Cristo, con Él y en él, a Ti, Dios Padre Omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos. Amén».

*En Castel Gandolfo, el 21 de septiembre de 1999*

Joannes Paulus PP. II





**MENSAJE URBI ET ORBI**  
**Navidad, 25 de diciembre de 2000**

1. *“El primer hombre, Adán,  
se convirtió en ser vivo.  
el último Adán,  
en espíritu que da vida” (1 Co 15, 45).*

Esto es lo que afirma el apóstol Pablo  
resumiendo el misterio de la humanidad redimida por Cristo.  
Misterio oculto en el designio eterno de Dios,  
misterio que, en cierto modo, se ha hecho historia  
con la Encarnación del Verbo eterno del Padre;  
misterio que la Iglesia revive con intensa emoción  
en esta Navidad del Año Dos mil,  
Año del Gran Jubileo.

Adán, el primer “hombre vivo”,  
Cristo, “espíritu que da vida”:  
las palabras del Apóstol nos invitan a mirar en profundidad,  
a reconocer en el Niño nacido en Belén  
al Cordero inmolado que desvela el sentido de la historia (cf. *Ap* 5, 7-9).  
En su nacimiento se han encontrado el tiempo y la eternidad:  
Dios en el hombre y el hombre en Dios.

2. *“El primer hombre, Adán, se convirtió en ser vivo”.*  
El genio inmortal de Miguel Angel  
ha representado en la bóveda de la Capilla Sixtina  
el instante en el que Dios Padre  
da la energía vital al primer hombre,  
haciendo de él un “ser vivo”.  
Entre el dedo de Dios y el del hombre,  
acercándose uno a otro hasta casi tocarse,  
parece pasar una corriente invisible:  
Dios infunde en el hombre un latido de su misma vida,  
lo crea a su propia imagen y semejanza.  
En ese soplo divino está el origen  
de la singular dignidad del ser humano,  
de su inagotable nostalgia de infinito.  
A aquel instante del misterio insondable,  
en que la vida humana comienza sobre la tierra,

se dirige la mente en este día  
contemplando al Hijo de Dios  
que se hace hijo del hombre,  
contemplando el rostro eterno de Dios  
que brilla en el rostro de un Niño.

3. *“El primer hombre, Adán, se convirtió en ser vivo”.*  
por la llama divina que se le infundió.  
el hombre es un ser inteligente y libre,  
y por eso capaz de decidir responsablemente  
sobre sí mismo y sobre el propio destino.  
El grandioso fresco de la Sixtina continúa  
con la escena del pecado original:  
la serpiente, enroscada en el árbol,  
induce a los primeros padres a comer el fruto prohibido.  
El genio del arte y la intensidad del símbolo bíblico  
se conjugan perfectamente para evocar  
aquel momento dramático, que inaugura para la humanidad  
una historia de rebelión, de pecado y de dolor.  
Pero, ¿podía Dios olvidar la obra de sus manos,  
la obra maestra de la creación?  
Conocemos la respuesta de la fe:  
*“al llegar la plenitud de los tiempos,  
envió Dios a su Hijo, nacido de mujer,  
nacido bajo la ley,  
para rescatar a los que se hallaban bajo la ley,  
y para que recibiéramos la filiación adoptiva”* (Ga 4, 4-5)  
Resuenan con singular elocuencia  
estas palabras del apóstol Pablo,  
mientras contemplamos el maravilloso acontecimiento de la Navidad  
en el año del Gran Jubileo.  
En el recién Nacido, recostado en un pesebre,  
saludamos al “nuevo Adán”  
que se hizo para nosotros “espíritu dador de vida”.  
Toda la historia del mundo está dirigida hacia Él,  
nacido en Belén para devolver esperanza  
a cada hombre sobre la faz de la tierra.
4. Desde el pesebre, la mirada se extiende hoy a toda la humanidad,  
destinataria de la gracia del “segundo Adán”,

aunque siempre heredero del pecado del “primer Adán”.  
¿No es acaso aquel primer “no” a Dios,  
reiterado en el pecado de cada hombre,  
lo que continúa desfigurando el rostro de la humanidad?  
Niños maltratados, humillados y abandonados,  
mujeres violentadas y explotadas,  
jóvenes, adultos, ancianos marginados,  
interminables comitivas de exiliados y prófugos,  
violencia y guerrilla en tantos rincones del planeta.  
Pienso con preocupación en Tierra Santa,  
donde la violencia continúa ensangrentando  
el difícil camino de la paz.  
Y, ¿qué decir de varios Países  
- pienso en este momento particularmente en Indonesia -  
donde nuestros hermanos en la fe  
pasan por una difícil situación de dolor y de sufrimiento?  
No podemos olvidar hoy  
que las sombras de la muerte amenazan  
la vida del hombre en cada una de sus fases  
e insidian especialmente  
sus primeros momentos y su ocaso natural.  
Se hace cada vez más fuerte la tentación  
de apoderarse de la muerte procurándola anticipadamente,  
casi como si se fuera árbitro de vida propia o ajena.  
Estamos ante síntomas alarmantes  
de la “cultura de la muerte”,  
que son un seria amenaza para el futuro.

5. Pero, por más densas que parezcan las tinieblas,  
es más fuerte aún la esperanza del triunfo de la Luz  
surgida en la Noche Santa de Belén.  
Hay mucho bien hecho en silencio  
por hombres y mujeres que viven cotidianamente  
su fe, su trabajo, su dedicación  
a la familia y al bien de la sociedad.  
Además, es alentador el empeño de cuantos,  
incluso en el ámbito público, se esfuerzan  
para que se respeten los derechos humanos de cada uno  
y crezca la solidaridad entre los pueblos de culturas diversas,  
para que sea condonada la deuda de los Países más pobres

y para que se llegue a dignos acuerdos de paz  
entre las Naciones implicadas en funestos conflictos.

6. A los Pueblos que en todas las partes del mundo  
se orientan con valentía hacia los valores de la democracia,  
de la libertad, del respeto y de la acogida recíproca,  
a cada persona de buena voluntad,  
sea cual sea la cultura a la que pertenezca,  
se dirige hoy el gozoso anuncio de Navidad:  
*“Paz en la tierra a los hombres que Dios ama”* (cf. *Lc 2, 14*).  
A la humanidad que se asoma al nuevo milenio,  
tú, Señor Jesús, nacido para nosotros en Belén,  
le pides el respeto de toda persona,  
sobre todo si es pequeña y débil;  
le pides que renuncie a cualquier forma de violencia,  
a las guerras, los abusos, los atentados a la vida.  
¡Tú, Cristo, que contemplamos hoy  
en brazos de María,  
eres el fundamento de nuestra esperanza!  
Nos lo recuerda el apóstol Pablo:  
*“pasó lo viejo,  
todo es nuevo”* (2 *Co 5, 17*).  
En ti y sólo en ti se ofrece al hombre  
la posibilidad de ser una *“criatura nueva”*.  
¡Gracias por este don tuyo, Niño Jesús!

¡Feliz Navidad a todos!

## PALABRAS DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II EN LA MEDIANOCHE DEL DOMINGO 31 DE DICIEMBRE

*Amadísimos hermanos y hermanas; queridos jóvenes:*

1. En este momento cruzamos el umbral del año 2001, y nos adentramos en el tercer milenio cristiano. Al llegar la medianoche, que marca este histórico paso, nos detenemos, con el corazón rebosante de gratitud, a considerar las vicisitudes alternas del siglo y del milenio pasados. Dramas y esperanzas, alegrías y sufrimientos, victorias y derrotas: sobre todo ello domina la convicción de que Dios guía los acontecimientos de la humanidad. Él camina con los hombres y no cesa de realizar maravillas. ¡Cómo no darle gracias en esta noche! ¡Cómo no repetirle: *In te Domine speravi, non confundar in aeternum!* Sí, “En ti, Señor, he puesto mi esperanza; no me veré defraudado para siempre”.

2. Al final del acostumbrado encuentro de oración que marca cada día del Año jubilar, y que hoy se realiza en la noche al clausurarse el año 2000, nuestra mirada se dirige a Cristo, Salvador del hombre. Sin él la vida no alcanza su último destino. Es él quien con su sabiduría y con la fuerza de su Espíritu nos ayuda a afrontar los desafíos del nuevo milenio. Es él quien nos hace capaces de gastar nuestra vida para la gloria de Dios y para el bien de la humanidad. *Debemos partir nuevamente de él* y ser sus testigos en el futuro que nos espera.

Dejémonos atraer por su amor y en el camino de la vida experimentaremos la alegría que brota de servirlo fielmente cada día. Este es mi deseo cordial, que formulo para todos los creyentes y para todos los hombres y mujeres de buena voluntad. En este momento quiero tener un recuerdo especial, acompañado de mi oración, para los que sufren, para los que pasan dificultades y para quienes viven momentos de pena. Para cada uno invoco la ayuda providente del Señor.

Mi mirada se ensancha ahora al mundo entero. Deseo que el nuevo milenio traiga a todas las naciones paz, justicia, hermandad y prosperidad. En particular, pienso en los jóvenes, esperanza del futuro: que la luz de Cristo Salvador dé sentido a su vida, los guíe en el camino de la vida y los haga fuertes en el testimonio de la verdad y al servicio del bien.

Encomiendo estos deseos a la intercesión de María:

*Virgen santísima,  
Alba de los tiempos nuevos,  
ayúdanos  
a mirar con fe  
la historia pasada  
y el año que comienza.  
Estrella del tercer milenio,  
guía nuestros pasos  
hacia Cristo,  
que vive  
"ayer, hoy y siempre",  
y haz a nuestra humanidad,  
que avanza desconcertada  
en el nuevo milenio,  
más fraterna  
y solidaria.*

¡Feliz año a todos!

# **Santo Padre**

**CARTA APOSTÓLICA EN FORMA DE  
MOTU PROPRIO PARA LA PROCLAMA-  
CIÓN DE SANTO TOMÁS MORO COMO  
PATRONO DE LOS GOBERNANTES Y DE  
LOS POLÍTICOS**

*Motu Proprio*





**CARTA APOSTÓLICA  
EN FORMA DE MOTU PROPRIO**

**PARA LA PROCLAMACIÓN DE  
SANTO TOMÁS MORO COMO PATRONO  
DE LOS GOBERNANTES Y DE LOS POLÍTICOS**

JUAN PABLO II  
SUMO PONTÍFICE  
PARA PERPETUA MEMORIA

1. De la vida y del martirio de santo Tomás Moro brota un mensaje que a través de los siglos habla a los hombres de todos los tiempos de la inalienable dignidad de la conciencia, la cual, como recuerda el Concilio Vaticano II, “es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que está solo con Dios, cuya voz resuena en lo más íntimo de ella” (*Gaudium et spes*, 16). Cuando el hombre y la mujer escuchan la llamada de la verdad, entonces la conciencia orienta con seguridad sus actos hacia el bien. Precisamente por el testimonio, ofrecido hasta el derramamiento de su sangre, de la primacía de la verdad sobre el poder, santo Tomás Moro es venerado como ejemplo imperecedero de coherencia moral. Y también fuera de la Iglesia, especialmente entre los que están llamados a dirigir los destinos de los pueblos, su figura es reconocida como fuente de inspiración para una política que tenga como fin supremo el servicio a la persona humana.

Recientemente, algunos Jefes de Estado y de Gobierno, numerosos exponentes políticos, algunas Conferencias Episcopales y Obispos de forma individual, me han dirigido peticiones en favor de la proclamación de santo Tomás Moro como Patrono de los Gobernantes y de los Políticos. Entre los firmantes de esta petición hay personalidades de diversa orientación política, cultural y religiosa, como expresión de vivo y difundido interés hacia el pensamiento y la conducta de este insigne hombre de gobierno.

2. Tomás Moro vivió una extraordinaria carrera política en su País. Nacido en Londres en 1478 en el seno de una respetable familia, entró desde joven al servicio del Arzobispo de Canterbury Juan Morton, Canciller del Reino. Prosiguió después los estudios de leyes en Oxford y Londres, interesándose también por amplios sectores de la cultura, de la teología y de la literatura clásica. Aprendió bien el griego y mantuvo relaciones de inter-

cambio y amistad con importantes protagonistas de la cultura renacentista, entre ellos Erasmo Desiderio de Rotterdam.

Su sensibilidad religiosa lo llevó a buscar la virtud a través de una asidua práctica ascética: cultivó la amistad con los frailes menores observantes del convento de Greenwich y durante un tiempo se alojó en la cartuja de Londres, dos de los principales centros de fervor religioso del Reino. Sintiendo llamado al matrimonio, a la vida familiar y al compromiso laical, se casó en 1505 con Juana Colt, de la cual tuvo cuatro hijos. Juana murió en 1511 y Tomás se casó en segundas nupcias con Alicia Middleton, viuda con una hija. Fue durante toda su vida un marido y un padre cariñoso y fiel, profundamente comprometido en la educación religiosa, moral e intelectual de sus hijos. Su casa acogía yernos, nueras y nietos y estaba abierta a muchos jóvenes amigos en busca de la verdad o de la propia vocación. La vida de familia permitía, además, largo tiempo para la oración común y la lectio divina, así como para sanas formas de recreo hogareño. Tomás asistía diariamente a Misa en la iglesia parroquial, y las austeras penitencias que se imponía eran conocidas solamente por sus parientes más íntimos.

3. En 1504, bajo el rey Enrique VII, fue elegido por primera vez para el Parlamento. Enrique VIII le renovó el mandato en 1510 y lo nombró también representante de la Corona en la capital, abriéndole así una brillante carrera en la administración pública. En la década sucesiva, el rey lo envió en varias ocasiones para misiones diplomáticas y comerciales en Flandes y en el territorio de la actual Francia. Nombrado miembro del Consejo de la Corona, juez presidente de un tribunal importante, vicetesorero y caballero, en 1523 llegó a ser portavoz, es decir, presidente de la Cámara de los Comunes.

Estimado por todos por su indefectible integridad moral, la agudeza de su ingenio, su carácter alegre y simpático y su erudición extraordinaria, en 1529, en un momento de crisis política y económica del País, el Rey le nombró Canciller del Reino. Como primer laico en ocupar este cargo, Tomás afrontó un período extremadamente difícil, esforzándose en servir al Rey y al País. Fiel a sus principios se empeñó en promover la justicia e impedir el influjo nocivo de quien buscaba los propios intereses en detrimento de los débiles. En 1532, no queriendo dar su apoyo al proyecto de Enrique VIII que quería asumir el control sobre la Iglesia en Inglaterra, presentó su dimisión. Se retiró de la vida pública aceptando sufrir con su familia la pobreza y el abandono de muchos que, en la prueba, se mostraron falsos amigos.

Constatada su gran firmeza en rechazar cualquier compromiso contra su propia conciencia, el Rey, en 1534, lo hizo encarcelar en la Torre de Londres dónde fue sometido a diversas formas de presión psicológica. Tomás Moro no se dejó vencer y rechazó prestar el juramento que se le pedía, porque ello hubiera supuesto la aceptación de una situación política y eclesiástica que preparaba el terreno a un despotismo sin control. Durante el proceso al que fue sometido, pronunció una apasionada apología de las propias convicciones sobre la indisolubilidad del matrimonio, el respeto del patrimonio jurídico inspirado en los valores cristianos y la libertad de la Iglesia ante el Estado. Condenado por el tribunal, fue decapitado.

Con el paso de los siglos se atenuó la discriminación respecto a la Iglesia. En 1850 fue restablecida en Inglaterra la jerarquía católica. Así fue posible iniciar las causas de canonización de numerosos mártires. Tomás Moro, junto con otros 53 mártires, entre ellos el Obispo Juan Fisher, fue beatificado por el Papa León XIII en 1886. Junto con el mismo Obispo, fue canonizado después por Pío XI en 1935, con ocasión del IV centenario de su martirio.

4. Son muchas las razones a favor de la proclamación de santo Tomás Moro como Patrono de los Gobernantes y de los Políticos. Entre éstas, la necesidad que siente el mundo político y administrativo de modelos creíbles, que muestren el camino de la verdad en un momento histórico en el que se multiplican arduos desafíos y graves responsabilidades. En efecto, fenómenos económicos muy innovadores están hoy modificando las estructuras sociales. Por otra parte, las conquistas científicas en el sector de las biotecnologías agudizan la exigencia de defender la vida humana en todas sus expresiones, mientras las promesas de una nueva sociedad, propuestas con buenos resultados a una opinión pública desorientada, exigen con urgencia opciones políticas claras en favor de la familia, de los jóvenes, de los ancianos y de los marginados.

En este contexto es útil volver al ejemplo de santo Tomás Moro que se distinguió por la constante fidelidad a las autoridades y a las instituciones legítimas, precisamente porque en las mismas quería servir no al poder, sino al supremo ideal de la justicia. Su vida nos enseña que el gobierno es, antes que nada, ejercicio de virtudes. Convencido de este riguroso imperativo moral, el Estadista inglés puso su actividad pública al servicio de la persona, especialmente si era débil o pobre; gestionó las controversias sociales con exquisito sentido de equidad; tuteló la familia y la defendió con gran

empeño; promovió la educación integral de la juventud. El profundo desprendimiento de honores y riquezas, la humildad serena y jovial, el equilibrado conocimiento de la naturaleza humana y de la vanidad del éxito, así como la seguridad de juicio basada en la fe, le dieron aquella confiada fortaleza interior que lo sostuvo en las adversidades y frente a la muerte. Su santidad, que brilló en el martirio, se forjó a través de toda una vida entera de trabajo y de entrega a Dios y al prójimo.

Refiriéndome a semejantes ejemplos de armonía entre la fe y las obras, en la Exhortación apostólica postsinodal *Christifideles laici* escribí que “la unidad de vida de los fieles laicos tiene una gran importancia. Ellos, en efecto, deben santificarse en la vida profesional ordinaria. Por tanto, para que puedan responder a su vocación, los fieles laicos deben considerar las actividades de la vida cotidiana como ocasión de unión con Dios y de cumplimiento de su voluntad, así como también de servicio a los demás hombres” (n. 17).

Esta armonía entre lo natural y lo sobrenatural es tal vez el elemento que mejor define la personalidad del gran Estadista inglés. Él vivió su intensa vida pública con sencilla humildad, caracterizada por el célebre “buen humor”, incluso ante la muerte.

Éste es el horizonte a donde le llevó su pasión por la verdad. El hombre no se puede separar de Dios, ni la política de la moral. Ésta es la luz que iluminó su conciencia. Como ya tuve ocasión de decir, “el hombre es criatura de Dios, y por esto los derechos humanos tienen su origen en Él, se basan en el designio de la creación y se enmarcan en el plan de la Redención. Podría decirse, con expresión atrevida, que los derechos del hombre son también derechos de Dios” (*Discurso* 7.4.1998, 3).

Y fue precisamente en la defensa de los derechos de la conciencia donde el ejemplo de Tomás Moro brilló con intensa luz. Se puede decir que él vivió de modo singular el valor de una conciencia moral que es “testimonio de Dios mismo, cuya voz y cuyo juicio penetran la intimidad del hombre hasta las raíces de su alma” (*Enc. Veritatis splendor*, 58). Aunque, por lo que se refiere a su acción contra los herejes, sufrió los límites de la cultura de su tiempo.

El Concilio Ecuménico Vaticano II, en la Constitución *Gaudium et spes*, señala cómo en el mundo contemporáneo está creciendo “la conciencia de la

excelsa dignidad que corresponde a la persona humana, ya que está por encima de todas las cosas, y sus derechos y deberes son universales e inviolables” (n.26). La historia de santo Tomás Moro ilustra con claridad una verdad fundamental de la ética política. En efecto, la defensa de la libertad de la Iglesia frente a indebidas ingerencias del Estado es, al mismo tiempo, defensa, en nombre de la primacía de la conciencia, de la libertad de la persona frente al poder político. En esto reside el principio fundamental de todo orden civil de acuerdo con la naturaleza del hombre.

5. Confío, por tanto, que la elevación de la eximia figura de santo Tomás Moro como Patrono de los Gobernantes y de los Políticos ayude al bien de la sociedad. Ésta es, además, una iniciativa en plena sintonía con el espíritu del Gran Jubileo que nos introduce en el tercer milenio cristiano.

**Por tanto, después de una madura consideración, acogiendo complacido las peticiones recibidas, constituyo y declaro Patrono de los Gobernantes y de los Políticos a santo Tomás Moro, concediendo que le vengan otorgados todos los honores y privilegios litúrgicos que corresponden, según el derecho, a los Patronos de categorías de personas.**

Sea bendito y glorificado Jesucristo, Redentor del hombre, ayer, hoy y siempre.

*Roma, junto a San Pedro, el día 31 de octubre de 2000, vigésimo tercero de mi Pontificado*

Joannes Paulus PP. II



# **Santa Sede**

## **1. Congregación para la Doctrina de la Fe.**

Dominus Iesus.

## **2. Congregación para el Culto**

Rezo de las Horas.





# CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE

## DECLARACIÓN *DOMINUS IESUS* SOBRE LA UNICIDAD Y LA UNIVERSALIDAD SALVÍFICA DE JESUCRISTO Y DE LA IGLESIA

### INTRODUCCIÓN

1. El Señor Jesús, antes de ascender al cielo, confió a sus discípulos el mandato de anunciar el Evangelio al mundo entero y de bautizar a todas las naciones: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación. El que crea y se bautice, se salvará; el que se resista a creer, será condenado» (Mc 16,15-16); «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,18-20; cf. también Lc 24,46-48; Jn 17,18; 20,21; Hch 1,8).

La misión universal de la Iglesia nace del mandato de Jesucristo y se cumple en el curso de los siglos en la proclamación del misterio de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y del misterio de la encarnación del Hijo, como evento de salvación para toda la humanidad. Es éste el contenido fundamental de la profesión de fe cristiana: «Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador de cielo y tierra [...]. Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, consustancial con el Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato: padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin. Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa,

católica y apostólica. Confieso que hay un solo Bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro».(1)

2. La Iglesia, en el curso de los siglos, ha proclamado y testimoniado con fidelidad el Evangelio de Jesús. Al final del segundo milenio, sin embargo, esta misión está todavía lejos de su cumplimiento (2). Por eso, hoy más que nunca, es actual el grito del apóstol Pablo sobre el compromiso misionero de cada bautizado: «Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe. Y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio!» (1 Co 9,16). Eso explica la particular atención que el Magisterio ha dedicado a motivar y a sostener la misión evangelizadora de la Iglesia, sobre todo en relación con las tradiciones religiosas del mundo (3)

Teniendo en cuenta los valores que éstas testimonian y ofrecen a la humanidad, con una actitud abierta y positiva, la Declaración conciliar sobre la relación de la Iglesia con las religiones no cristianas afirma: «La Iglesia católica no rechaza nada de lo que en estas religiones hay de santo y verdadero. Considera con sincero respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y las doctrinas, que, por más que discrepen en mucho de lo que ella profesa y enseña, no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres» (4). Prosiguiendo en esta línea, el compromiso eclesial de anunciar a Jesucristo, «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6), se sirve hoy también de la práctica del diálogo interreligioso, que ciertamente no sustituye sino que acompaña la *missio ad gentes*, en virtud de aquel «misterio de unidad», del cual «deriva que todos los hombres y mujeres que son salvados participan, aunque en modos diferentes, del mismo misterio de salvación en Jesucristo por medio de su Espíritu» (5). Dicho diálogo, que forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia (6), comporta una actitud de comprensión y una relación de conocimiento recíproco y de mutuo enriquecimiento, en la obediencia a la verdad y en el respeto de la libertad (7).

3. En la práctica y profundización teórica del diálogo entre la fe cristiana y las otras tradiciones religiosas surgen cuestiones nuevas, las cuales se trata de afrontar recorriendo nuevas pistas de búsqueda, adelantando propuestas y sugiriendo comportamientos, que necesitan un cuidadoso discernimiento. En esta búsqueda, la presente Declaración interviene para llamar la atención de los Obispos, de los teólogos y de todos los fieles católicos sobre algunos contenidos doctrinales imprescindibles, que puedan ayudar a

que la reflexión teológica madure soluciones conformes al dato de la fe, que respondan a las urgencias culturales contemporáneas.

El lenguaje expositivo de la Declaración responde a su finalidad, que no es la de tratar en modo orgánico la problemática relativa a la unicidad y universalidad salvífica del misterio de Jesucristo y de la Iglesia, ni el proponer soluciones a las cuestiones teológicas libremente disputadas, sino la de exponer nuevamente la doctrina de la fe católica al respecto. Al mismo tiempo la Declaración quiere indicar algunos problemas fundamentales que quedan abiertos para ulteriores profundizaciones, y confutar determinadas posiciones erróneas o ambiguas. Por eso el texto retoma la doctrina enseñada en documentos precedentes del Magisterio, con la intención de corroborar las verdades que forman parte del patrimonio de la fe de la Iglesia.

4. El perenne anuncio misionero de la Iglesia es puesto hoy en peligro por teorías de tipo relativistas, que tratan de justificar el pluralismo religioso, no sólo de facto sino también de iure (o de principio). En consecuencia, se retienen superadas, por ejemplo, verdades tales como el carácter definitivo y completo de la revelación de Jesucristo, la naturaleza de la fe cristiana con respecto a la creencia en las otras religiones, el carácter inspirado de los libros de la Sagrada Escritura, la unidad personal entre el Verbo eterno y Jesús de Nazaret, la unidad entre la economía del Verbo encarnado y del Espíritu Santo, la unicidad y la universalidad salvífica del misterio de Jesucristo, la mediación salvífica universal de la Iglesia, la inseparabilidad —aun en la distinción— entre el Reino de Dios, el Reino de Cristo y la Iglesia, la subsistencia en la Iglesia católica de la única Iglesia de Cristo.

Las raíces de estas afirmaciones hay que buscarlas en algunos presupuestos, ya sean de naturaleza filosófica o teológica, que obstaculizan la inteligencia y la acogida de la verdad revelada. Se pueden señalar algunos: la convicción de la inaferrabilidad y la inefabilidad de la verdad divina, ni siquiera por parte de la revelación cristiana; la actitud relativista con relación a la verdad, en virtud de lo cual aquello que es verdad para algunos no lo es para otros; la contraposición radical entre la mentalidad lógica atribuida a Occidente y la mentalidad simbólica atribuida a Oriente; el subjetivismo de quien, considerando la razón como única fuente de conocimiento, se hace «incapaz de levantar la mirada hacia lo alto para atreverse a alcanzar la verdad del ser» (8); la dificultad de comprender y acoger en la historia la presencia de eventos definitivos y escatológicos; el vaciamiento metafísico del evento de la encarnación histórica del Logos eterno, reducido a un mero

aparecer de Dios en la historia; el eclecticismo de quien, en la búsqueda teológica, asume ideas derivadas de diferentes contextos filosóficos y religiosos, sin preocuparse de su coherencia y conexión sistemática, ni de su compatibilidad con la verdad cristiana; la tendencia, en fin, a leer e interpretar la Sagrada Escritura fuera de la Tradición y del Magisterio de la Iglesia.

Sobre la base de tales presupuestos, que se presentan con matices diversos, unas veces como afirmaciones y otras como hipótesis, se elaboran algunas propuestas teológicas en las cuales la revelación cristiana y el misterio de Jesucristo y de la Iglesia pierden su carácter de verdad absoluta y de universalidad salvífica, o al menos se arroja sobre ellos la sombra de la duda y de la inseguridad.

### **I. PLENITUD Y DEFINITIVIDAD DE LA REVELACIÓN DE JESUCRISTO**

5. Para poner remedio a esta mentalidad relativista, cada vez más difundida, es necesario reiterar, ante todo, el carácter definitivo y completo de la revelación de Jesucristo. Debe ser, en efecto, firmemente creída la afirmación de que en el misterio de Jesucristo, el Hijo de Dios encarnado, el cual es «el camino, la verdad y la vida» (cf. Jn 14,6), se da la revelación de la plenitud de la verdad divina: «Nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce bien nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar» (Mt 11,27). «A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha revelado» (Jn 1,18); «porque en él reside toda la Plenitud de la Divinidad corporalmente» (Col 2,9-10).

Fiel a la palabra de Dios, el Concilio Vaticano II enseña: «La verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana se nos manifiesta por la revelación en Cristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación» (9). Y confirma: «Jesucristo, el Verbo hecho carne, “hombre enviado a los hombres”, habla palabras de Dios (Jn 3,34) y lleva a cabo la obra de la salvación que el Padre le confió (cf. Jn 5,36; 17,4). Por tanto, Jesucristo —ver al cual es ver al Padre (cf. Jn 14,9)—, con su total presencia y manifestación, con palabras y obras, señales y milagros, sobre todo con su muerte y resurrección gloriosa de entre los muertos, y finalmente, con el envío del Espíritu de la verdad, lleva a plenitud toda la revelación y la confirma con el testimonio divino [...]. La economía cristiana, como la alianza nueva y definitiva, nunca cesará; y no hay que esperar ya ninguna revelación pública antes de la gloriosa manifestación de nuestro Señor Jesucristo (cf. 1 Tm 6,14; Tit 2,13)» (10).

Por esto la encíclica *Redemptoris missio* propone nuevamente a la Iglesia la tarea de proclamar el Evangelio, como plenitud de la verdad: «En esta Palabra definitiva de su revelación, Dios se ha dado a conocer del modo más completo; ha dicho a la humanidad quién es. Esta autorrevelación definitiva de Dios es el motivo fundamental por el que la Iglesia es misionera por naturaleza. Ella no puede dejar de proclamar el Evangelio, es decir, la plenitud de la verdad que Dios nos ha dado a conocer sobre sí mismo» (11). Sólo la revelación de Jesucristo, por lo tanto, «introduce en nuestra historia una verdad universal y última que induce a la mente del hombre a no pararse nunca» (12).

6. Es, por lo tanto, contraria a la fe de la Iglesia la tesis del carácter limitado, incompleto e imperfecto de la revelación de Jesucristo, que sería complementaria a la presente en las otras religiones. La razón que está a la base de esta aserción pretendería fundarse sobre el hecho de que la verdad acerca de Dios no podría ser acogida y manifestada en su globalidad y plenitud por ninguna religión histórica, por lo tanto, tampoco por el cristianismo ni por Jesucristo.

Esta posición contradice radicalmente las precedentes afirmaciones de fe, según las cuales en Jesucristo se da la plena y completa revelación del misterio salvífico de Dios. Por lo tanto, las palabras, las obras y la totalidad del evento histórico de Jesús, aun siendo limitados en cuanto realidades humanas, sin embargo, tienen como fuente la Persona divina del Verbo encarnado, «verdadero Dios y verdadero hombre» (13) y por eso llevan en sí la definitividad y la plenitud de la revelación de las vías salvíficas de Dios, aunque la profundidad del misterio divino en sí mismo siga siendo trascendente e inagotable. La verdad sobre Dios no es abolida o reducida porque sea dicha en lenguaje humano. Ella, en cambio, sigue siendo única, plena y completa porque quien habla y actúa es el Hijo de Dios encarnado. Por esto la fe exige que se profese que el Verbo hecho carne, en todo su misterio, que va desde la encarnación a la glorificación, es la fuente, participada mas real, y el cumplimiento de toda la revelación salvífica de Dios a la humanidad (14) y que el Espíritu Santo, que es el Espíritu de Cristo, enseña a los Apóstoles, y por medio de ellos a toda la Iglesia de todos los tiempos, «la verdad completa» (Jn 16,13).

7. La respuesta adecuada a la revelación de Dios es «la obediencia de la fe (Rm 1,5: Cf. Rm 16,26; 2 Co 10,5-6), por la que el hombre se confía libre y totalmente a Dios, prestando “a Dios revelador el homenaje del entendi-

miento y de la voluntad”, y asistiendo voluntariamente a la revelación hecha por Él» (15). La fe es un don de la gracia: «Para profesar esta fe es necesaria la gracia de Dios, que previene y ayuda, y los auxilios internos del Espíritu Santo, el cual mueve el corazón y lo convierte a Dios, abre los ojos de la mente y da “a todos la suavidad en el aceptar y creer la verdad”» (16).

La obediencia de la fe conduce a la acogida de la verdad de la revelación de Cristo, garantizada por Dios, quien es la Verdad misma (17); «La fe es ante todo una adhesión personal del hombre a Dios; es al mismo tiempo e inseparablemente el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado» (18). La fe, por lo tanto, «don de Dios» y «virtud sobrenatural infundida por Él» (19), implica una doble adhesión: a Dios que revela y a la verdad revelada por él, en virtud de la confianza que se le concede a la persona que la afirma. Por esto «no debemos creer en ningún otro que no sea Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo» (20)

Debe ser, por lo tanto, firmemente retenida la distinción entre la fe teologal y la creencia en las otras religiones. Si la fe es la acogida en la gracia de la verdad revelada, que «permite penetrar en el misterio, favoreciendo su comprensión coherente» (21), la creencia en las otras religiones es esa totalidad de experiencia y pensamiento que constituyen los tesoros humanos de sabiduría y religiosidad, que el hombre, en su búsqueda de la verdad, ha ideado y creado en su referencia a lo Divino y al Absoluto (22)

No siempre tal distinción es tenida en consideración en la reflexión actual, por lo cual a menudo se identifica la fe teologal, que es la acogida de la verdad revelada por Dios Uno y Trino, y la creencia en las otras religiones, que es una experiencia religiosa todavía en búsqueda de la verdad absoluta y carente todavía del asentimiento a Dios que se revela. Este es uno de los motivos por los cuales se tiende a reducir, y a veces incluso a anular, las diferencias entre el cristianismo y las otras religiones.

8. Se propone también la hipótesis acerca del valor inspirado de los textos sagrados de otras religiones. Ciertamente es necesario reconocer que tales textos contienen elementos gracias a los cuales multitud de personas a través de los siglos han podido y todavía hoy pueden alimentar y conservar su relación religiosa con Dios. Por esto, considerando tanto los modos de actuar como los preceptos y las doctrinas de las otras religiones, el Concilio Vaticano II —como se ha recordado antes— afirma que «por más que discrepen en mucho de lo que ella [la Iglesia] profesa y enseña, no pocas veces

reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres» (23).

La tradición de la Iglesia, sin embargo, reserva la calificación de textos inspirados a los libros canónicos del Antiguo y Nuevo Testamento, en cuanto inspirados por el Espíritu Santo (24). Recogiendo esta tradición, la Constitución dogmática sobre la divina Revelación del Concilio Vaticano II enseña: «La santa Madre Iglesia, según la fe apostólica, tiene por santos y canónicos los libros enteros del Antiguo y Nuevo Testamento con todas sus partes, porque, escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo (cf. Jn 20, 31; 2 Tm 3,16; 2 Pe 1,19-21; 3,15-16), tienen a Dios como autor y como tales se le han entregado a la misma Iglesia» (25). Esos libros «enseñan firmemente, con fidelidad y sin error, la verdad que Dios quiso consignar en las sagradas letras de nuestra salvación» (26).

Sin embargo, queriendo llamar a sí a todas las gentes en Cristo y comunicarles la plenitud de su revelación y de su amor, Dios no deja de hacerse presente en muchos modos «no sólo en cada individuo, sino también en los pueblos mediante sus riquezas espirituales, cuya expresión principal y esencial son las religiones, aunque contengan “lagunas, insuficiencias y errores”» (27). Por lo tanto, los libros sagrados de otras religiones, que de hecho alimentan y guían la existencia de sus seguidores, reciben del misterio de Cristo aquellos elementos de bondad y gracia que están en ellos presentes.

## II. EL LOGOS ENCARNADO Y EL ESPÍRITU SANTO EN LA OBRA DE LA SALVACIÓN

9. En la reflexión teológica contemporánea a menudo emerge un acercamiento a Jesús de Nazaret como si fuese una figura histórica particular y finita, que revela lo divino de manera no exclusiva sino complementaria a otras presencias reveladoras y salvíficas. El Infinito, el Absoluto, el Misterio último de Dios se manifestaría así a la humanidad en modos diversos y en diversas figuras históricas: Jesús de Nazaret sería una de esas. Más concretamente, para algunos él sería uno de los tantos rostros que el Logos habría asumido en el curso del tiempo para comunicarse salvíficamente con la humanidad.

Además, para justificar por una parte la universalidad de la salvación cristiana y por otra el hecho del pluralismo religioso, se proponen contem-

poraneamente una economía del Verbo eterno válida también fuera de la Iglesia y sin relación a ella, y una economía del Verbo encarnado. La primera tendría una plusvalía de universalidad respecto a la segunda, limitada solamente a los cristianos, aunque si bien en ella la presencia de Dios sería más plena.

10. Estas tesis contrastan profundamente con la fe cristiana. Debe ser, en efecto, firmemente creída la doctrina de fe que proclama que Jesús de Nazaret, hijo de María, y solamente él, es el Hijo y Verbo del Padre. El Verbo, que «estaba en el principio con Dios» (Jn 1,2), es el mismo que «se hizo carne» (Jn 1,14). En Jesús «el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16) «reside toda la Plenitud de la Divinidad corporalmente» (Col 2,9). Él es «el Hijo único, que está en el seno del Padre» (Jn 1,18), el «Hijo de su amor, en quien tenemos la redención [...]. Dios tuvo a bien hacer residir en él toda la plenitud, y reconciliar con él y para él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos» (Col 1,13-14.19-20).

Fiel a las Sagradas Escrituras y refutando interpretaciones erróneas y reductoras, el primer Concilio de Nicea definió solemnemente su fe en «Jesucristo Hijo de Dios, nacido unigénito del Padre, es decir, de la sustancia del Padre, Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no hecho, consustancial al Padre, por quien todas las cosas fueron hechas, las que hay en el cielo y las que hay en la tierra, que por nosotros los hombres y por nuestra salvación descendió y se encarnó, se hizo hombre, padeció, y resucitó al tercer día, subió a los cielos, y ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos» (28). Siguiendo las enseñanzas de los Padres, también el Concilio de Calcedonia profesó que «uno solo y el mismo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, es él mismo perfecto en divinidad y perfecto en humanidad, Dios verdaderamente, y verdaderamente hombre [...], consustancial con el Padre en cuanto a la divinidad, y consustancial con nosotros en cuanto a la humanidad [...], engendrado por el Padre antes de los siglos en cuanto a la divinidad, y el mismo, en los últimos días, por nosotros y por nuestra salvación, engendrado de María Virgen, madre de Dios, en cuanto a la humanidad» (29).

Por esto, el Concilio Vaticano II afirma que Cristo «nuevo Adán», «imagen de Dios invisible» (Col 1,15), «es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado [...]. Cordero inocente, con la entrega libérrima de su sangre nos mereció la vida. En Él Dios nos reconcilió consigo y con nosotros y



nos liberó de la esclavitud del diablo y del pecado, por lo que cualquiera de nosotros puede decir con el Apóstol: El Hijo de Dios “me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gal 2,20)» (30).

Al respecto Juan Pablo II ha declarado explícitamente: «Es contrario a la fe cristiana introducir cualquier separación entre el Verbo y Jesucristo [...]: Jesús es el Verbo encarnado, una sola persona e inseparable [...]. Cristo no es sino Jesús de Nazaret, y éste es el Verbo de Dios hecho hombre para la salvación de todos [...]. Mientras vamos descubriendo y valorando los dones de todas clases, sobre todo las riquezas espirituales que Dios ha concedido a cada pueblo, no podemos disociarlos de Jesucristo, centro del plan divino de salvación» (31).

Es también contrario a la fe católica introducir una separación entre la acción salvífica del Logos en cuanto tal, y la del Verbo hecho carne. Con la encarnación, todas las acciones salvíficas del Verbo de Dios, se hacen siempre en unión con la naturaleza humana que él ha asumido para la salvación de todos los hombres. El único sujeto que obra en las dos naturalezas, divina y humana, es la única persona del Verbo (32).

Por lo tanto no es compatible con la doctrina de la Iglesia la teoría que atribuye una actividad salvífica al Logos como tal en su divinidad, que se ejercitaría «más allá» de la humanidad de Cristo, también después de la encarnación (33).

11. Igualmente, debe ser firmemente creída la doctrina de fe sobre la unicidad de la economía salvífica querida por Dios Uno y Trino, cuya fuente y centro es el misterio de la encarnación del Verbo, mediador de la gracia divina en el plan de la creación y de la redención (cf. Col 1,15-20), recapitulador de todas las cosas (cf. Ef 1,10), «al cual hizo Dios para nosotros sabiduría de origen divino, justicia, santificación y redención» (1 Co 1,30). En efecto, el misterio de Cristo tiene una unidad intrínseca, que se extiende desde la elección eterna en Dios hasta la parusía: «[Dios] nos ha elegido en él antes de la fundación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor» (Ef 1,4); En él «por quien entramos en herencia, elegidos de antemano según el previo designio del que realiza todo conforme a la decisión de su voluntad» (Ef 1,11); «Pues a los que de antemano conoció [el Padre], también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera él el primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, a éstos también los justificó; a los que justificó, a éstos también los glorificó» (Rm 8,29-30).

El Magisterio de la Iglesia, fiel a la revelación divina, reitera que Jesucristo es el mediador y el redentor universal: «El Verbo de Dios, por quien todo fue hecho, se encarnó para que, Hombre perfecto, salvará a todos y recapitulara todas las cosas. El Señor [...] es aquel a quien el Padre resucitó, exaltó y colocó a su derecha, constituyéndolo juez de vivos y de muertos» (34). Esta mediación salvífica también implica la unicidad del sacrificio redentor de Cristo, sumo y eterno sacerdote (cf. Eb 6,20; 9,11; 10,12-14).

12. Hay también quien propone la hipótesis de una economía del Espíritu Santo con un carácter más universal que la del Verbo encarnado, crucificado y resucitado. También esta afirmación es contraria a la fe católica, que, en cambio, considera la encarnación salvífica del Verbo como un evento trinitario. En el Nuevo Testamento el misterio de Jesús, Verbo encarnado, constituye el lugar de la presencia del Espíritu Santo y la razón de su efusión a la humanidad, no sólo en los tiempos mesiánicos (cf. Hch 2,32-36; Jn 20,20; 7,39; 1 Co 15,45), sino también antes de su venida en la historia (cf. 1 Co 10,4; 1 Pe 1,10-12).

El Concilio Vaticano II ha llamado la atención de la conciencia de fe de la Iglesia sobre esta verdad fundamental. Cuando expone el plan salvífico del Padre para toda la humanidad, el Concilio conecta estrechamente desde el inicio el misterio de Cristo con el del Espíritu (35). Toda la obra de edificación de la Iglesia a través de los siglos se ve como una realización de Jesucristo Cabeza en comunión con su Espíritu (36).

Además, la acción salvífica de Jesucristo, con y por medio de su Espíritu, se extiende más allá de los confines visibles de la Iglesia y alcanza a toda la humanidad. Hablando del misterio pascual, en el cual Cristo asocia vitalmente al creyente a sí mismo en el Espíritu Santo, y le da la esperanza de la resurrección, el Concilio afirma: «Esto vale no solamente para los cristianos, sino también para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de modo invisible. Cristo murió por todos, y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina. En consecuencia, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de sólo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual» (37).

Queda claro, por lo tanto, el vínculo entre el misterio salvífico del Verbo encarnado y el del Espíritu Santo, que actúa el influjo salvífico del Hijo hecho hombre en la vida de todos los hombres, llamados por Dios a una única meta, ya sea que hayan precedido históricamente al Verbo hecho

hombre, o que vivan después de su venida en la historia: de todos ellos es animador el Espíritu del Padre, que el Hijo del hombre dona libremente (cf. Jn 3,34).

Por eso el Magisterio reciente de la Iglesia ha llamado la atención con firmeza y claridad sobre la verdad de una única economía divina: «La presencia y la actividad del Espíritu no afectan únicamente a los individuos, sino también a la sociedad, a la historia, a los pueblos, a las culturas y a las religiones [...]. Cristo resucitado obra ya por la virtud de su Espíritu [...]. Es también el Espíritu quien esparce “las semillas de la Palabra” presentes en los ritos y culturas, y los prepara para su madurez en Cristo» (38). Aun reconociendo la función histórico-salvífica del Espíritu en todo el universo y en la historia de la humanidad (39), sin embargo confirma: «Este Espíritu es el mismo que se ha hecho presente en la encarnación, en la vida, muerte y resurrección de Jesús y que actúa en la Iglesia. No es, por consiguiente, algo alternativo a Cristo, ni viene a llenar una especie de vacío, como a veces se da por hipótesis, que exista entre Cristo y el Logos. Todo lo que el Espíritu obra en los hombres y en la historia de los pueblos, así como en las culturas y religiones, tiene un papel de preparación evangélica, y no puede menos de referirse a Cristo, Verbo encarnado por obra del Espíritu, “para que, hombre perfecto, salvara a todos y recapitulara todas las cosas”» (40).

En conclusión, la acción del Espíritu no está fuera o al lado de la acción de Cristo. Se trata de una sola economía salvífica de Dios Uno y Trino, realizada en el misterio de la encarnación, muerte y resurrección del Hijo de Dios, llevada a cabo con la cooperación del Espíritu Santo y extendida en su alcance salvífico a toda la humanidad y a todo el universo: «Los hombres, pues, no pueden entrar en comunión con Dios si no es por medio de Cristo y bajo la acción del Espíritu» (41).

### **III. UNICIDAD Y UNIVERSALIDAD DEL MISTERIO SALVÍFICO DE JESUCRISTO**

13. Es también frecuente la tesis que niega la unicidad y la universalidad salvífica del misterio de Jesucristo. Esta posición no tiene ningún fundamento bíblico. En efecto, debe ser firmemente creída, como dato perenne de la fe de la Iglesia, la proclamación de Jesucristo, Hijo de Dios, Señor y único salvador, que en su evento de encarnación, muerte y resurrección ha llevado a cumplimiento la historia de la salvación, que tiene en él su plenitud y su centro.

Los testimonios neotestamentarios lo certifican con claridad: «El Padre envió a su Hijo, como salvador del mundo» (1 Jn 4,14); «He aquí el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Jn 1,29). En su discurso ante el sanedrín, Pedro, para justificar la curación del tullido de nacimiento realizada en el nombre de Jesús (cf. Hch 3,1-8), proclama: «Porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos» (Hch 4,12). El mismo apóstol añade además que «Jesucristo es el Señor de todos»; «está constituido por Dios juez de vivos y muertos»; por lo cual «todo el que cree en él alcanza, por su nombre, el perdón de los pecados» (Hch 10,36.42.43).

Pablo, dirigiéndose a la comunidad de Corinto, escribe: «Pues aun cuando se les dé el nombre de dioses, bien en el cielo bien en la tierra, de forma que hay multitud de dioses y de señores, para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas y para el cual somos; y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y por el cual somos nosotros» (1 Co 8,5-6). También el apóstol Juan afirma: «Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él» (Jn 3,16-17). En el Nuevo Testamento, la voluntad salvífica universal de Dios está estrechamente conectada con la única mediación de Cristo: «[Dios] quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad. Porque hay un solo Dios, y también un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también, que se entregó a sí mismo como rescate por todos» (1 Tm 2,4-6).

Basados en esta conciencia del don de la salvación, único y universal, ofrecido por el Padre por medio de Jesucristo en el Espíritu Santo (cf. Ef 1,3-14), los primeros cristianos se dirigieron a Israel mostrando que el cumplimiento de la salvación iba más allá de la Ley, y afrontaron después al mundo pagano de entonces, que aspiraba a la salvación a través de una pluralidad de dioses salvadores. Este patrimonio de la fe ha sido propuesto una vez más por el Magisterio de la Iglesia: «Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado por todos (cf. 2 Co 5,15), da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo a fin de que pueda responder a su máxima vocación y que no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea posible salvarse (cf. Hch 4,12). Igualmente cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro» (42).

14. Debe ser, por lo tanto, firmemente creída como verdad de fe católica que la voluntad salvífica universal de Dios Uno y Trino es ofrecida y cumplida una vez para siempre en el misterio de la encarnación, muerte y resurrección del Hijo de Dios.

Teniendo en cuenta este dato de fe, y meditando sobre la presencia de otras experiencias religiosas no cristianas y sobre su significado en el plan salvífico de Dios, la teología está hoy invitada a explorar si es posible, y en qué medida, que también figuras y elementos positivos de otras religiones puedan entrar en el plan divino de la salvación. En esta tarea de reflexión la investigación teológica tiene ante sí un extenso campo de trabajo bajo la guía del Magisterio de la Iglesia. El Concilio Vaticano II, en efecto, afirmó que «la única mediación del Redentor no excluye, sino suscita en sus criaturas una múltiple cooperación que participa de la fuente única» (43). Se debe profundizar el contenido de esta mediación participada, siempre bajo la norma del principio de la única mediación de Cristo: «Aun cuando no se excluyan mediaciones parciales, de cualquier tipo y orden, éstas sin embargo cobran significado y valor únicamente por la mediación de Cristo y no pueden ser entendidas como paralelas y complementarias» (44). No obstante, serían contrarias a la fe cristiana y católica aquellas propuestas de solución que contemplan una acción salvífica de Dios fuera de la única mediación de Cristo.

15. No pocas veces algunos proponen que en teología se eviten términos como «unicidad», «universalidad», «absolutez», cuyo uso daría la impresión de un énfasis excesivo acerca del valor del evento salvífico de Jesucristo con relación a las otras religiones. En realidad, con este lenguaje se expresa simplemente la fidelidad al dato revelado, pues constituye un desarrollo de las fuentes mismas de la fe. Desde el inicio, en efecto, la comunidad de los creyentes ha reconocido que Jesucristo posee una tal valencia salvífica, que Él sólo, como Hijo de Dios hecho hombre, crucificado y resucitado, en virtud de la misión recibida del Padre y en la potencia del Espíritu Santo, tiene el objetivo de donar la revelación (cf. Mt 11,7) y la vida divina (cf. Jn 1,12; 5,25-26; 17,2) a toda la humanidad y a cada hombre.

En este sentido se puede y se debe decir que Jesucristo tiene, para el género humano y su historia, un significado y un valor singular y único, sólo de él propio, exclusivo, universal y absoluto. Jesús es, en efecto, el Verbo de Dios hecho hombre para la salvación de todos. Recogiendo esta conciencia de fe, el Concilio Vaticano II enseña: «El Verbo de Dios, por quien

todo fue hecho, se encarnó para que, Hombre perfecto, salvará a todos y recapitulara todas las cosas. El Señor es el fin de la historia humana, “punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia y de la civilización”, centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones. Él es aquel a quien el Padre resucitó, exaltó y colocó a su derecha, constituyéndolo juez de vivos y de muertos» (45). «Es precisamente esta singularidad única de Cristo la que le confiere un significado absoluto y universal, por lo cual, mientras está en la historia, es el centro y el fin de la misma: “Yo soy el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin” (Ap 22,13)» (46).

#### IV. UNICIDAD Y UNIDAD DE LA IGLESIA

16. El Señor Jesús, único salvador, no estableció una simple comunidad de discípulos, sino que constituyó a la Iglesia como misterio salvífico: Él mismo está en la Iglesia y la Iglesia está en Él (cf. Jn 15,1ss; Ga 3,28; Ef 4,15-16; Hch 9,5); por eso, la plenitud del misterio salvífico de Cristo pertenece también a la Iglesia, inseparablemente unida a su Señor. Jesucristo, en efecto, continúa su presencia y su obra de salvación en la Iglesia y a través de la Iglesia (cf. Col 1,24-27) (47), que es su cuerpo (cf. 1 Co 12, 12-13.27; Col 1,18) (48). Y así como la cabeza y los miembros de un cuerpo vivo aunque no se identifiquen son inseparables, Cristo y la Iglesia no se pueden confundir pero tampoco separar, y constituyen un único «Cristo total» (49). Esta misma inseparabilidad se expresa también en el Nuevo Testamento mediante la analogía de la Iglesia como Esposa de Cristo (cf. 2 Cor 11,2; Ef 5,25-29; Ap 21,2.9) (50).

Por eso, en conexión con la unicidad y la universalidad de la mediación salvífica de Jesucristo, debe ser firmemente creída como verdad de fe católica la unicidad de la Iglesia por él fundada. Así como hay un solo Cristo, uno solo es su cuerpo, una sola es su Esposa: «una sola Iglesia católica y apostólica» (51). Además, las promesas del Señor de no abandonar jamás a su Iglesia (cf. Mt 16,18; 28,20) y de guiarla con su Espíritu (cf. Jn 16,13) implican que, según la fe católica, la unicidad y la unidad, como todo lo que pertenece a la integridad de la Iglesia, nunca faltaran (52).

Los fieles están obligados a profesar que existe una continuidad histórica —radicada en la sucesión apostólica— (53) entre la Iglesia fundada por Cristo y la Iglesia católica: «Esta es la única Iglesia de Cristo [...] que nuestro Salvador confió después de su resurrección a Pedro para que la apa-

centara (Jn 24,17), confiándole a él y a los demás Apóstoles su difusión y gobierno (cf. Mt 28,18ss.), y la erigió para siempre como «columna y fundamento de la verdad» (1 Tm 3,15). Esta Iglesia, constituida y ordenada en este mundo como una sociedad, subsiste [subsistit in] en la Iglesia católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los Obispos en comunión con él» (54). Con la expresión «subsistit in», el Concilio Vaticano II quiere armonizar dos afirmaciones doctrinales: por un lado que la Iglesia de Cristo, no obstante las divisiones entre los cristianos, sigue existiendo plenamente sólo en la Iglesia católica, y por otro lado que «fuera de su estructura visible pueden encontrarse muchos elementos de santificación y de verdad» (55), ya sea en las Iglesias que en las Comunidades eclesiales separadas de la Iglesia católica (56). Sin embargo, respecto a estas últimas, es necesario afirmar que su eficacia «deriva de la misma plenitud de gracia y verdad que fue confiada a la Iglesia católica» (57).

17. Existe, por lo tanto, una única Iglesia de Cristo, que subsiste en la Iglesia católica, gobernada por el Sucesor de Pedro y por los Obispos en comunión con él (58). Las Iglesias que no están en perfecta comunión con la Iglesia católica pero se mantienen unidas a ella por medio de vínculos estrechísimos como la sucesión apostólica y la Eucaristía válidamente consagrada, son verdaderas iglesias particulares (59). Por eso, también en estas Iglesias está presente y operante la Iglesia de Cristo, si bien falte la plena comunión con la Iglesia católica al rehusar la doctrina católica del Primado, que por voluntad de Dios posee y ejercita objetivamente sobre toda la Iglesia el Obispo de Roma (60).

Por el contrario, las Comunidades eclesiales que no han conservado el Episcopado válido y la genuina e íntegra sustancia del misterio eucarístico (61), no son Iglesia en sentido propio; sin embargo, los bautizados en estas Comunidades, por el Bautismo han sido incorporados a Cristo y, por lo tanto, están en una cierta comunión, si bien imperfecta, con la Iglesia (62). En efecto, el Bautismo en sí tiende al completo desarrollo de la vida en Cristo mediante la íntegra profesión de fe, la Eucaristía y la plena comunión en la Iglesia (63).

«Por lo tanto, los fieles no pueden imaginarse la Iglesia de Cristo como la suma —diferenciada y de alguna manera unitaria al mismo tiempo— de las Iglesias y Comunidades eclesiales; ni tienen la facultad de pensar que la Iglesia de Cristo hoy no existe en ningún lugar y que, por lo tanto, deba ser objeto de búsqueda por parte de todas las Iglesias y Comunidades»

(64). En efecto, «los elementos de esta Iglesia ya dada existen juntos y en plenitud en la Iglesia católica, y sin esta plenitud en las otras Comunidades» (65). «Por consiguiente, aunque creamos que las Iglesias y Comunidades separadas tienen sus defectos, no están desprovistas de sentido y de valor en el misterio de la salvación, porque el Espíritu de Cristo no ha rehusado servirse de ellas como medios de salvación, cuya virtud deriva de la misma plenitud de la gracia y de la verdad que se confió a la Iglesia» (66).

La falta de unidad entre los cristianos es ciertamente una herida para la Iglesia; no en el sentido de quedar privada de su unidad, sino «en cuanto obstáculo para la realización plena de su universalidad en la historia» (67).

## V. IGLESIA, REINO DE DIOS Y REINO DE CRISTO

18. La misión de la Iglesia es «anunciar el Reino de Cristo y de Dios, establecerlo en medio de todas las gentes; [la Iglesia] constituye en la tierra el germen y el principio de este Reino» (68). Por un lado la Iglesia es «sacramento, esto es, signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano» (69); ella es, por lo tanto, signo e instrumento del Reino: llamada a anunciarlo y a instaurarlo. Por otro lado, la Iglesia es el «pueblo reunido por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (70); ella es, por lo tanto, el «reino de Cristo, presente ya en el misterio» (71), constituyendo, así, su germen e inicio. El Reino de Dios tiene, en efecto, una dimensión escatológica: Es una realidad presente en el tiempo, pero su definitiva realización llegará con el fin y el cumplimiento de la historia (72).

De los textos bíblicos y de los testimonios patrísticos, así como de los documentos del Magisterio de la Iglesia no se deducen significados unívocos para las expresiones Reino de los Cielos, Reino de Dios y Reino de Cristo, ni de la relación de los mismos con la Iglesia, ella misma misterio que no puede ser totalmente encerrado en un concepto humano. Pueden existir, por lo tanto, diversas explicaciones teológicas sobre estos argumentos. Sin embargo, ninguna de estas posibles explicaciones puede negar o vaciar de contenido en modo alguno la íntima conexión entre Cristo, el Reino y la Iglesia. En efecto, «el Reino de Dios que conocemos por la Revelación, no puede ser separado ni de Cristo ni de la Iglesia... Si se separa el Reino de la persona de Jesús, no es éste ya el Reino de Dios revelado por él, y se termina por distorsionar tanto el significado del Reino —que corre el riesgo de



transformarse en un objetivo puramente humano e ideológico— como la identidad de Cristo, que no aparece como el Señor, al cual debe someterse todo (cf. 1 Co 15,27); asimismo, el Reino no puede ser separado de la Iglesia. Ciertamente, ésta no es un fin en sí misma, ya que está ordenada al Reino de Dios, del cual es germen, signo e instrumento. Sin embargo, a la vez que se distingue de Cristo y del Reino, está indisolublemente unida a ambos» (73).

19. Afirmar la relación indivisible que existe entre la Iglesia y el Reino no implica olvidar que el Reino de Dios —si bien considerado en su fase histórica— no se identifica con la Iglesia en su realidad visible y social. En efecto, no se debe excluir «la obra de Cristo y del Espíritu Santo fuera de los confines visibles de la Iglesia» (74). Por lo tanto, se debe también tener en cuenta que «el Reino interesa a todos: a las personas, a la sociedad, al mundo entero. Trabajar por el Reino quiere decir reconocer y favorecer el dinamismo divino, que está presente en la historia humana y la transforma. Construir el Reino significa trabajar por la liberación del mal en todas sus formas. En resumen, el Reino de Dios es la manifestación y la realización de su designio de salvación en toda su plenitud» (75).

Al considerar la relación entre Reino de Dios, Reino de Cristo e Iglesia es necesario, de todas maneras, evitar acentuaciones unilaterales, como en el caso de «determinadas concepciones que intencionadamente ponen el acento sobre el Reino y se presentan como “reinocéntricas”, las cuales dan relieve a la imagen de una Iglesia que no piensa en sí misma, sino que se dedica a testimoniar y servir al Reino. Es una “Iglesia para los demás” —se dice— como “Cristo es el hombre para los demás”... Junto a unos aspectos positivos, estas concepciones manifiestan a menudo otros negativos. Ante todo, dejan en silencio a Cristo: El Reino, del que hablan, se basa en un “teocentrismo”, porque Cristo —dicen— no puede ser comprendido por quien no profesa la fe cristiana, mientras que pueblos, culturas y religiones diversas pueden coincidir en la única realidad divina, cualquiera que sea su nombre. Por el mismo motivo, conceden privilegio al misterio de la creación, que se refleja en la diversidad de culturas y creencias, pero no dicen nada sobre el misterio de la redención. Además el Reino, tal como lo entienden, termina por marginar o menospreciar a la Iglesia, como reacción a un supuesto “eclesiocentrismo” del pasado y porque consideran a la Iglesia misma sólo un signo, por lo demás no exento de ambigüedad» (76). Estas tesis son contrarias a la fe católica porque niegan la unicidad de la relación que Cristo y la Iglesia tienen con el Reino de Dios.

## VI. LA IGLESIA Y LAS RELIGIONES EN RELACIÓN CON LA SALVACIÓN

20. De todo lo que ha sido antes recordado, derivan también algunos puntos necesarios para el curso que debe seguir la reflexión teológica en la profundización de la relación de la Iglesia y de las religiones con la salvación.

Ante todo, debe ser firmemente creído que la «Iglesia peregrinante es necesaria para la salvación, pues Cristo es el único Mediador y el camino de salvación, presente a nosotros en su Cuerpo, que es la Iglesia, y Él, inculcando con palabras concretas la necesidad del bautismo (cf. Mt 16,16; Jn 3,5), confirmó a un tiempo la necesidad de la Iglesia, en la que los hombres entran por el bautismo como por una puerta» (77). Esta doctrina no se contrapone a la voluntad salvífica universal de Dios (cf. 1 Tm 2,4); por lo tanto, «es necesario, pues, mantener unidas estas dos verdades, o sea, la posibilidad real de la salvación en Cristo para todos los hombres y la necesidad de la Iglesia en orden a esta misma salvación» (78).

La Iglesia es «sacramento universal de salvación» (79) porque, siempre unida de modo misterioso y subordinada a Jesucristo el Salvador, su Cabeza, en el diseño de Dios, tiene una relación indispensable con la salvación de cada hombre (80). Para aquellos que no son formal y visiblemente miembros de la Iglesia, «la salvación de Cristo es accesible en virtud de la gracia que, aun teniendo una misteriosa relación con la Iglesia, no les introduce formalmente en ella, sino que los ilumina de manera adecuada en su situación interior y ambiental. Esta gracia proviene de Cristo; es fruto de su sacrificio y es comunicada por el Espíritu Santo» (81). Ella está relacionada con la Iglesia, la cual «procede de la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo» (82), según el diseño de Dios Padre.

21. Acerca del modo en el cual la gracia salvífica de Dios, que es donada siempre por medio de Cristo en el Espíritu y tiene una misteriosa relación con la Iglesia, llega a los individuos no cristianos, el Concilio Vaticano II se limitó a afirmar que Dios la dona «por caminos que Él sabe» (83). La Teología está tratando de profundizar este argumento, ya que es sin duda útil para el crecimiento de la comprensión de los designios salvíficos de Dios y de los caminos de su realización. Sin embargo, de todo lo que hasta ahora ha sido recordado sobre la mediación de Jesucristo y sobre las «relaciones singulares y únicas» (84) que la Iglesia tiene con el Reino de Dios entre los

hombres —que substancialmente es el Reino de Cristo, salvador universal—, queda claro que sería contrario a la fe católica considerar la Iglesia como un camino de salvación al lado de aquellos constituidos por las otras religiones. Éstas serían complementarias a la Iglesia, o incluso substancialmente equivalentes a ella, aunque en convergencia con ella en pos del Reino escatológico de Dios.

Ciertamente, las diferentes tradiciones religiosas contienen y ofrecen elementos de religiosidad, que proceden de Dios (85), y que forman parte de «todo lo que el Espíritu obra en los hombres y en la historia de los pueblos, así como en las culturas y religiones» (86). De hecho algunas oraciones y ritos pueden asumir un papel de preparación evangélica, en cuanto son ocasiones o pedagogías en las cuales los corazones de los hombres son estimulados a abrirse a la acción de Dios (87). A ellas, sin embargo no se les puede atribuir un origen divino ni una eficacia salvífica *ex opere operato*, que es propia de los sacramentos cristianos (88). Por otro lado, no se puede ignorar que otros ritos no cristianos, en cuanto dependen de supersticiones o de otros errores (cf. 1 Co 10,20-21), constituyen más bien un obstáculo para la salvación (89).

22. Con la venida de Jesucristo Salvador, Dios ha establecido la Iglesia para la salvación de todos los hombres (cf. Hch 17,30-31) (90). Esta verdad de fe no quita nada al hecho de que la Iglesia considera las religiones del mundo con sincero respeto, pero al mismo tiempo excluye esa mentalidad indiferentista «marcada por un relativismo religioso que termina por pensar que “una religión es tan buena como otra”» (91). Si bien es cierto que los no cristianos pueden recibir la gracia divina, también es cierto que objetivamente se hallan en una situación gravemente deficitaria si se compara con la de aquellos que, en la Iglesia, tienen la plenitud de los medios salvíficos (92). Sin embargo es necesario recordar a «los hijos de la Iglesia que su excelsa condición no deben atribuirla a sus propios méritos, sino a una gracia especial de Cristo; y si no responden a ella con el pensamiento, las palabras y las obras, lejos de salvarse, serán juzgados con mayor severidad» (93). Se entiende, por lo tanto, que, siguiendo el mandamiento de Señor (cf. Mt 28,19-20) y como exigencia del amor a todos los hombres, la Iglesia «anuncia y tiene la obligación de anunciar constantemente a Cristo, que es «el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14, 6), en quien los hombres encuentran la plenitud de la vida religiosa y en quien Dios reconcilió consigo todas las cosas» (94).

La misión ad gentes, también en el diálogo interreligioso, «conserva íntegra, hoy como siempre, su fuerza y su necesidad» (95). «En efecto, «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad» (1 Tm 2,4). Dios quiere la salvación de todos por el conocimiento de la verdad. La salvación se encuentra en la verdad. Los que obedecen a la moción del Espíritu de verdad están ya en el camino de la salvación; pero la Iglesia, a quien esta verdad ha sido confiada, debe ir al encuentro de los que la buscan para ofrecérsela. Porque cree en el designio universal de salvación, la Iglesia debe ser misionera» (96). Por ello el diálogo, no obstante forme parte de la misión evangelizadora, constituye sólo una de las acciones de la Iglesia en su misión ad gentes (97). La paridad, que es presupuesto del diálogo, se refiere a la igualdad de la dignidad personal de las partes, no a los contenidos doctrinales, ni mucho menos a Jesucristo —que es el mismo Dios hecho hombre— comparado con los fundadores de las otras religiones. De hecho, la Iglesia, guiada por la caridad y el respeto de la libertad (98), debe empeñarse primariamente en anunciar a todos los hombres la verdad definitivamente revelada por el Señor, y a proclamar la necesidad de la conversión a Jesucristo y la adhesión a la Iglesia a través del bautismo y los otros sacramentos, para participar plenamente de la comunión con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Por otra parte, la certeza de la voluntad salvífica universal de Dios no disminuye sino aumenta el deber y la urgencia del anuncio de la salvación y la conversión al Señor Jesucristo.

## CONCLUSIÓN

23. La presente Declaración, reproponiendo y clarificando algunas verdades de fe, ha querido seguir el ejemplo del Apóstol Pablo a los fieles de Corinto: «Os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí» (1 Co 15,3). Frente a propuestas problemáticas o incluso erróneas, la reflexión teológica está llamada a confirmar de nuevo la fe de la Iglesia y a dar razón de su esperanza en modo convincente y eficaz.

Los Padres del Concilio Vaticano II, al tratar el tema de la verdadera religión, han afirmado: «Creemos que esta única religión verdadera subsiste en la Iglesia católica y apostólica, a la cual el Señor Jesús confió la obligación de difundirla a todos los hombres, diciendo a los Apóstoles: “Id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto yo os he mandado” (Mt 28,19-20). Por su parte todos los hombres están obligados a buscar la verdad, sobre todo en lo referente a Dios y a su Iglesia, y, una vez conocida, a abrazarla y practicarla» (99).

La revelación de Cristo continuará a ser en la historia la verdadera estrella que orienta a toda la humanidad (100): «La verdad, que es Cristo, se impone como autoridad universal» (101). El misterio cristiano supera de hecho las barreras del tiempo y del espacio, y realiza la unidad de la familia humana: «Desde lugares y tradiciones diferentes todos están llamados en Cristo a participar en la unidad de la familia de los hijos de Dios [...]. Jesús derriba los muros de la división y realiza la unificación de forma original y suprema mediante la participación en su misterio. Esta unidad es tan profunda que la Iglesia puede decir con san Pablo: «Ya no sois extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios» (Ef 2,19)» (102).

*El Sumo Pontífice Juan Pablo II, en la Audiencia del día 16 de junio de 2000, concedida al infrascrito Cardenal Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, con ciencia cierta y con su autoridad apostólica, ha ratificado y confirmado esta Declaración decidida en la Sesión Plenaria, y ha ordenado su publicación.*

*Dado en Roma, en la sede de la Congregación para la Doctrina de la Fe, el 6 de agosto de 2000, Fiesta de la Transfiguración del Señor.*

**Joseph Card. Ratzinger**

*Prefecto*

**Tarcisio Bertone, S.D.B.**

*Arzobispo emérito de Vercelli*

*Secretario*

## Notas

- (1) Conc. de Constantinopla I, *Symbolum Costantinopolitanum*: DS 150.
- (2) Cf. Juan Pablo II, Enc. *Redemptoris missio*, 1: AAS 83 (1991) 249-340.
- (3) Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Ad gentes* y Decl. *Nostra aetate*; cf. también Pablo VI, Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi*: AAS 68 (1976) 5-76; Juan Pablo II, Enc. *Redemptoris missio*.
  - (4) Conc. Ecum. Vat. II, Decl. *Nostra aetate*, 2.
  - (5) Pont. Cons. para el Diálogo Interreligioso y la Congr. para la Evangelización de los Pueblos, Instr. *Diálogo y anuncio*, 29; cf. Conc. Ecum. Vat II, Const. past. *Gaudium et spes*, 22.
  - (6) Cf. Juan Pablo II, Enc. *Redemptoris missio*, 55.
  - (7) Cf. Pont. Cons. para el Diálogo Interreligioso y la Congr. para la Evangelización de los Pueblos, Instr. *Diálogo y anuncio*, 9: AAS 84 (1992) 414-446.
  - (8) Juan Pablo II, Enc. *Fides et ratio*, 5: AAS 91 (1999) 5-88.
  - (9) Conc. Ecum Vat. II, Const. dogm. *Dei verbum*, 2.
  - (10) *Ibíd.*, 4.
  - (11) Juan Pablo II, Enc. *Redemptoris missio*, 5.
  - (12) Juan Pablo II, Enc. *Fides et ratio*, 14.
  - (13) Conc. Ecum. de Calcedonia, DS 301. Cf. S. Atanasio de Alejandría, *De Incarnatione*, 54,3: SC 199,458.
  - (14) Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Dei verbum*, 4
  - (15) *Ibíd.*, 5.
  - (16) *Ibíd.*
  - (17) 3 Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 144.
  - (18) *Ibíd.*, 150.
  - (19) *Ibíd.*, 153.
  - (20) *Ibíd.*, 178.
  - (21) Juan Pablo II, Enc. *Fides et Ratio*, 13.
  - (22) Cf. *ibíd.*, 31-32.
  - (23) Conc. Ecum. Vat. II, Decl. *Nostra aetate*, 2. Cf. también Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Ad gentes*, 9, donde se habla de todo lo bueno presente «en los ritos y en las culturas de los pueblos»; Const. dogm. *Lumen gentium*, 16, donde se indica todo lo bueno y lo verdadero presente entre los no cristianos, que pueden ser considerados como una preparación a la acogida del Evangelio.
  - (24) Cf. Conc. de Trento, Decr. de *libris sacris et de traditionibus recipiendis*: DS 1501; Conc. Ecum. Vat. I, Const. dogm. *Dei Filius*, cap. 2: DS 3006.
  - (25) Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Dei verbum*, 11.

(26) *Ibíd.*

(27) Juan Pablo II, *Enc. Redemptoris missio*, 55; cf. también 56. Pablo VI, *Exhort. ap. Evangelii nuntiandi*, 53.

(28) *Conc. Ecum. de Nicea I*, DS 125.

(29) *Conc. Ecum. de Calcedonia*, DS 301.

(30) *Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. Gaudium et spes*, 22.

(31) Juan Pablo II, *Enc. Redemptoris missio*, 6.

(32) Cf. San León Magno, *Tomus ad Flavianum*: DS 269.

(33) Cf. San León Magno, *Carta «Promisisse me memini» ad Leonem I imp*: DS 318: «In tantam unitatem ab ipso conceptu Virginis deitate et humanitate conserta, ut nec sine homine divina, nec sine Dio agerentur humana». Cf. también *ibíd.*: DS 317.

(34) *Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. Gaudium et spes*, 45. Cf. también *Conc. de Trento, Decr. De peccato originali*, 3: DS 1513.

(35) Cf. *Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. Lumen gentium*, 3-4.

(36) Cf. *ibíd.*, 7. Cf. San Ireneo, el cual afirmaba que en la Iglesia «ha sido depositada la comunión con Cristo, o sea, el Espíritu Santo» (*Adversus Haereses III*, 24, 1: SC 211, 472).

(37) *Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. Gaudium et spes*, 22.

(38) Juan Pablo II, *Enc. Redemptoris missio*, 28. Acerca de «las semillas del Verbo» cf. también San Justino, 2 *Apologia*, 8,1-2,1-3; 13, 3-6: ed. E. J. Goodspeed, 84; 85; 88-89.

(39) Cf. *ibíd.*, 28-29.

(40) *Ibíd.*, 29.

(41) 3 *Ibíd.*, 5.

(42) *Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. Gaudium et spes*, 10; cf. San Agustín, cuando afirma que fuera de Cristo, «camino universal de salvación que nunca ha faltado al género humano, nadie ha sido liberado, nadie es liberado, nadie será liberado»: *De Civitate Dei* 10, 32, 2: CCSL 47, 312.

(43) *Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. Lumen gentium*, 62.

(44) Juan Pablo II, *Enc. Redemptoris missio*, 5.

(45) *Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. Gaudium et spes*, 45. La necesidad y absoluta singularidad de Cristo en la historia humana está bien expresada por San Ireneo cuando contempla la preeminencia de Jesús como Primogénito: «En los cielos como primogénito del pensamiento del Padre, el Verbo perfecto dirige personalmente todas las cosas y legisla; sobre la tierra como primogénito de la Virgen, hombre justo y santo, siervo de Dios, bueno, aceptable a Dios, perfecto en todo; finalmente salvando de los infiernos a todos aquellos que lo siguen, como primogénito de los muertos es cabeza y fuente de la vida divina» (*Demonstratio*, 39: SC 406, 138).

(46) Juan Pablo II, Enc. *Redemptoris missio*, 6.

(47) Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 14.

(48) Cf. *ibíd.*, 7.

(49) Cf. San Agustín, *Enarrat. In Psalmos*, Ps 90, Sermo 2,1: CCSL 39, 1266; San Gregorio Magno, *Moralia in Iob*, Praefatio, 6, 14: PL 75, 525; Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, III, q. 48, a. 2 ad 1.

(50) Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 6.

(51) Símbolo de la fe: DS 48. Cf. Bonifacio VIII, Bula *Unam Sanctam*: DS 870-872; Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 8.

(52) Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Unitatis redintegratio*, 4; Juan Pablo II, Enc. *Ut unum sint*, 11: AAS 87 (1995) 921-982.

(53) 3 Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 20; cf. también San Ireneo, *Adversus Haereses*, III, 3, 1-3: SC 211, 20-44; San Cipriano, *Epist.* 33, 1: CCSL 3B, 164-165; San Agustín, *Contra advers. legis et prophet.*, 1, 20, 39: CCSL 49, 70.

(54) Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 8.

(55) *Ibíd.*, Cf. Juan Pablo II, Enc. *Ut unum sint*, 13. Cf. también Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 15, y Decr. *Unitatis redintegratio*, 3.

(56) Es, por lo tanto, contraria al significado auténtico del texto conciliar la interpretación de quienes deducen de la fórmula *subsistit in* la tesis según la cual la única Iglesia de Cristo podría también subsistir en otras iglesias cristianas. «El Concilio había escogido la palabra “subsistit” precisamente para aclarar que existe una sola “subsistencia” de la verdadera Iglesia, mientras que fuera de su estructura visible existen sólo “elementa Ecclesiae”, los cuales —siendo elementos de la misma Iglesia— tienden y conducen a la Iglesia católica» (Congr. para la Doctrina de la Fe, Notificación sobre el volumen «Iglesia: carisma y poder» del P. Leonardo Boff, 11-III-1985: AAS 77 (1985) 756-762).

(57) Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Unitatis redintegratio*, 3.

(58) Cf. Congr. para la Doctrina de la Fe, Decl. *Mysterium ecclesiae*, n. 1: AAS 65 (1973) 396-408.

(59) Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Unitatis redintegratio*, 14 y 15; Congr. para Doctrina de la Fe, *Carta Communionis notio*, 17 AAS 85 (1993) 838-850.

(60) Cf. Conc. Ecum. Vat. I, Const. *Pastor aeternus*: DS 3053-3064; Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 22.

(61) Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Unitatis redintegratio*, 22.

(62) Cf. *ibíd.*, 3.

(63) Cf. *ibíd.*, 22.



- (64) Congr. para la Doctrina de la Fe, Decl. *Mysterium ecclesiae*, 1.
- (65) Juan Pablo II, Enc. *Ut unum sint*, 14.
- (66) Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Unitatis redintegratio*, 3.
- (67) Congr. para la Doctrina de la Fe, Carta *Communio in notio*, 17. Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Unitatis redintegratio*, n. 4.
- (68) Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 5.
- (69) 3 *Ibíd.*, 1.
- (70) 3 *Ibíd.*, 4. Cf. San Cipriano, *De Dominica oratione* 23: CCL 3A, 105.
- (71) Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 3.
- (72) Cf. *ibíd.*, 9. Cf. También la oración dirigida a Dios, que se encuentra en la *Didaché* 9, 4: SC 248, 176: «Se reúne tu Iglesia desde los confines de la tierra en tu reino», e *ibíd.*, 10, 5: SC 248, 180: «Acuérdate, Señor, de tu Iglesia... y, santificada, réunela desde los cuatro vientos en tu reino que para ella has preparado».
- (73) Juan Pablo II, Enc. *Redemptoris missio*, 18; cf. Exhort. ap. *Ecclesia in Asia*, 6-XI-1999, 17: *L'Osservatore Romano*, 7-XI-1999. El Reino es tan inseparable de Cristo que, en cierta forma, se identifica con él (cf. Orígenes, *In Mt. Hom.*, 14, 7: PG 13, 1197; Tertuliano, *Adversus Marcionem*, IV, 33, 8: CCL 1, 634).
- (74) Juan Pablo II, Enc. *Redemptoris missio*, 18.
- (75) *Ibíd.*, 15.
- (76) *Ibíd.*, 17.
- (77) Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 14. Cf. Decr. *Ad gentes*, 7; Decr. *Unitatis redintegratio*, 3.
- (78) Juan Pablo II, Enc. *Redemptoris missio*, 9. Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 846-847.
- (79) 3 Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm., *Lumen gentium*, 48.
- (80) Cf. San Cipriano, *De catholicae ecclesiae unitate*, 6: CCL 3, 253-254; San Ireneo, *Adversus Haereses*, III, 24, 1: SC 211, 472-474.
- (81) Juan Pablo II, Enc. *Redemptoris missio*, 10.
- (82) Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Ad gentes*, 2. La conocida fórmula *extra Ecclesiam nullus omnino salvatur* debe ser interpretada en el sentido aquí explicado (cf. Conc. Ecum. Lateranense IV, Cap. 1. *De fide catholica*: DS 802). Cf. también la Carta del Santo Oficio al Arzobispo de Boston: DS 3866-3872.
- (83) Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Ad gentes*, 7.
- (84) 3 Juan Pablo II, Enc. *Redemptoris missio*, 18.
- (85) Son las semillas del Verbo divino (*semina Verbi*), que la Iglesia reconoce con gozo y respeto (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Ad gentes*, 11, Decl. *Nostra aetate*, 2).
- (86) Juan Pablo II, Enc. *Redemptoris missio*, 29.

- (87) Cf. *Ibíd.*; Catecismo de la Iglesia Católica, 843.
- (88) Cf. Conc. de Trento, Decr. De sacramentis, can. 8 de sacramentis in genere: DS 1608.
- (89) Cf. Juan Pablo II, Enc. *Redemptoris missio*, 55.
- (90) Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 17; Juan Pablo II, Enc. *Redemptoris missio*, 11.
- (91) Juan Pablo II, Enc. *Redemptoris missio*, 36.
- (92) Cf. Pío XII, Enc. *Myisticis corporis*, DS 3821.
- (93) Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 14.
- (94) Conc. Ecum. Vat. II, Decl. *Nostra aetate*, 2.
- (95) Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Ad gentes*, 7.
- (96) Catecismo de la Iglesia Católica, 851; cf. también, 849-856.
- (97) Cf. Juan Pablo II, Enc. *Redemptoris missio*, 55; Exhort. ap. *Ecclesia in Asia*, 31, 6-XI-1999.
- (98) Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decl. *Dignitatis humanae*, 1.
- (99) *Ibíd.*
- (100) Cf. Juan Pablo II, Enc. *Fides et ratio*, 15.
- (101) *Ibíd.*, 92.
- (102) *Ibíd.*, 70.

## RESPUESTAS ACERCA DE LA OBLIGATORIEDAD DE LA RECITACIÓN DE LA LITURGIA DE LAS HORAS

La celebración íntegra y cotidiana de la Liturgia de las Horas es, para los sacerdotes y diáconos en camino al presbiterado, parte substancial de su ministerio eclesial.

Sería una visión empobrecida mirar dicha responsabilidad como el mero cumplimiento de una obligación canónica, aunque también lo es, y no tendría presente que la ordenación sacramental confiere al diácono y al presbítero un especial encargo de elevar a Dios uno y trino la alabanza por su bondad, por su soberana belleza y por el designio misericordioso acerca de nuestra salvación sobrenatural.

Junto con la alabanza, los sacerdotes y diáconos presentan ante la Divina Majestad la oración de intercesión a fin de que se digne acudir a las necesidades espirituales y temporales de la Iglesia y de toda la humanidad.

El “sacrificio de alabanza” se realiza ante todo en la celebración de la Santísima Eucaristía, pero se prepara y se continúa en la celebración de la Liturgia de las Horas (Cf. IGLH, 12), cuya forma principal es la recitación comunitaria, sea en una comunidad de clérigos, o de religiosos, siendo sin embargo muy deseable la participación de los fieles laicos.

Sin embargo, la Liturgia de las Horas, llamada también Oficio Divino o Breviario, de ninguna manera carece de valor cuando se la recita solo o, en cierta forma privadamente, ya que aún en este caso “estas oraciones se realizan privadamente, pero no imploran cosas privadas” (Gilbertus de Holland, Sermo XXIII in Cant., en P.L. 184, 120).

En efecto, aún en similares circunstancias, estas oraciones no constituyen un acto privado sino que forman parte del culto público de la Iglesia, de tal manera que al recitarlas el ministro sagrado cumple con su deber eclesial: el sacerdote o diácono que en la intimidad de un templo, o de un oratorio, o en su residencia, se entrega a la celebración del Oficio Divino realiza, aún cuando no haya nadie que lo acompañe, un acto eminentemente eclesial, en nombre de la Iglesia y en favor de toda la Iglesia, e incluso de la humanidad entera.

En el Pontifical Romano se lee:

“¿Queréis conservar y acrecentar en vosotros el espíritu de oración correspondiente a vuestro estilo de vida, y en ese mismo espíritu cumplir fielmente, según vuestra condición, con la celebración de la Liturgia de las Horas en unión con el Pueblo de Dios, para su bien e incluso para el de todo el mundo?” (Cf. Pontifical Romano, rito de la ordenación de diáconos).

Así pues, en el mismo rito de la ordenación diaconal el ministro sagrado pide y recibe de la Iglesia el mandato de la recitación de la Liturgia de las Horas, el que pertenece, por lo tanto, al ámbito de las responsabilidades ministeriales del ordenado, y va más allá del de su piedad personal. Los ministros sagrados, junto con el Obispo, se encuentran unidos en el ministerio de intercesión por el pueblo de Dios que les ha sido confiado, como lo fue a Moisés (Ex 17, 8-16), a los Apóstoles (1 Tim 2, 1-6) y al mismo Jesucristo “que está a la derecha del Padre e intercede por nosotros” (Rom 8, 34).

Igualmente, en la *Institutio generalis de Liturgia Horarum* n. 108 se dice:

“Quien recita los salmos en la Liturgia de las Horas no lo hace tanto en nombre propio como en nombre de todo el Cuerpo de Cristo, e incluso en nombre de la persona del mismo Cristo”

Asimismo, en el n. 29 de la misma *Institutio* se dice:

“Por consiguiente, los obispos, presbíteros y demás ministros sagrados que han recibido de la Iglesia el mandato de celebrar la Liturgia de las Horas deberán recitarlas diariamente en su integridad y, en cuanto sea posible, en los momentos del día que de veras correspondan” (IGLH, 29).

El Código de Derecho Canónico, por su parte, establece en el can. 276, § 2, n. 3, que :

“los sacerdotes y los diáconos que aspiran al presbiterado están obligados a cumplir cada día con la Liturgia de las Horas, usando sus propios libros litúrgicos, debidamente aprobados; los diáconos permanentes tienen esa obligación en los términos establecidos por la Conferencia Episcopal”.

Con los antecedentes expuestos se puede responder a las preguntas planteadas en la siguiente forma:

1. ¿Cuál es la mente de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos respecto a la extensión de la obligación de celebrar o recitar diariamente la Liturgia de las Horas?

R/ Quienes han sido ordenados están obligados moralmente, en virtud de la misma ordenación recibida, a la celebración o recitación íntegra y cotidiana del Oficio Divino tal y como está canónicamente establecido en el canon 276, § 2, n. 3 del CIC, citado anteriormente. Esta recitación no tiene por ello la índole de una devoción privada, o de un piadoso ejercicio realizado por la sola propia voluntad del clérigo, sino que es un acto propio del sagrado ministerio y oficio pastoral.

2. ¿Se extiende la obligación *sub gravi* a la recitación íntegra del Oficio Divino?

R/ Debe tenerse presente que:

a. un motivo grave, sea de salud, o de servicio pastoral del ministerio, o del ejercicio de la caridad, o de cansancio, no una simple incomodidad, puede excusar la recitación parcial e incluso total del Oficio Divino, según el principio general que establece que una ley meramente eclesiástica no obliga con grave incomodidad;

b. la omisión total o parcial del Oficio por sola pereza o por realizar actividades de esparcimiento no necesarias, no es lícita, más aun, constituye un menosprecio, según la gravedad de la materia, del oficio ministerial y de la ley positiva de la Iglesia;

c. para omitir el Oficio de Laudes y Vísperas se requiere una causa de mayor gravedad aun, puesto que dichas Horas son “el doble gozne del Oficio cotidiano” (SC 89);

d. si un sacerdote debe celebrar varias veces la Santa Misa en el mismo día o atender confesiones por varias

horas o predicar varias veces en un mismo día, y ello le ocasiona fatiga, puede considerar, con tranquilidad de conciencia, que tiene excusa legítima para omitir alguna parte proporcionada del Oficio;

e. el Ordinario propio del sacerdote o diácono puede, por causa justa o grave, según el caso, dispensarlo total o parcialmente de la recitación del Oficio Divino, o conmutárselo por otro acto de piedad (como por ejemplo, el santo Rosario, el *Via Crucis*, una lectura bíblica o espiritual, un tiempo de oración mental razonablemente prolongado, etc.).

3. ¿Cuál es la incidencia del criterio de la “*veritas temporis*” sobre esta cuestión?

R/ La respuesta debe darse por partes, para aclarar los diversos casos:

a. El “Oficio de Lecturas” no tiene un tiempo estrictamente asignado, y podrá celebrarse a cualquier hora, y se lo puede omitir si existe alguna de las causas señaladas en la respuesta indicada bajo el n. 2 anterior. Según la costumbre, el Oficio de Lecturas se puede celebrar a partir de las horas del atardecer o al anochecer de día anterior, después de las Vísperas (Cf. IGLH, 59).

b. Lo mismo vale para la “hora intermedia”, que tampoco tiene asignado ningún tiempo determinado de celebración. Para su recitación obsérvese el tiempo que media entre la mañana y la tarde. Fuera del coro, de las tres horas *Tertia*, *Sexta* y *Nona*, cabe elegir una de las tres, aquella que más se acomode al momento del día, a fin de que se mantenga la tradición de orar durante el día, en medio del trabajo (Cf. IGLH, 77).

c. De suyo los Laudes deben recitarse en las horas de la mañana y la Vísperas en las horas del atardecer, como lo indican los nombres de estas partes del Oficio. Si alguien no puede recitar los Laudes en la mañana, tiene la obligación de hacerlo cuanto antes. De igual modo, si las Vísperas no pueden recitarse en las horas de la tarde, deben recitarse apenas se pueda (SC 89). Con otras palabras, el obstáculo que impide observar la “verdad de las horas” no es de por sí una causa que excuse de la recitación de los Laudes o las

Vísperas, porque se trata de “Horas principales” (SC, 89) que “merecen el mayor aprecio” (IGLH, 40).

Quien recita gustosamente la Liturgia de las Horas y procura celebrar con dedicación las alabanzas al Creador del universo, puede recuperar al menos la salmodia de la hora que haya sido omitida después del himno de la hora correspondiente y concluir con una sola lectura breve y la oración.

Estas respuestas se publican con el beneplácito de la Congregación para el Clero.

*Ciudad del Vaticano, 15 de noviembre de 2000*

+Jorge A. Card. Medina Estévez

*Prefecto*

+ Francesco Pio Tamburrino

*Arzobispo Secretario*





# Vida de la Diócesis

## 1.1 Homilías (selección).

1.1.1. Vigilia de Pentecostés.

1.1.2. Ordenaciones de Presbíteros.

1.1.3. Coronación de Nuestra Señora de la Piedad y de la Antigua de Iznájar.

## 1.2. Cartas Pastorales.

Carta Pastoral para el Día del Domund.

*Obispo Diocesano*



## VIGILIA DE PENTECOSTÉS

Santa Iglesia Catedral de Córdoba, 10 de Junio del 2000.

Queridos hermanos sacerdotes, queridos hermanos, amigos, pueblo de Dios, hijos de Dios, familia de Dios reunida hoy en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo para celebrar la Fiesta grande de Pentecostés, con la que culminan las celebraciones pascales, antes de la consumación plena en el Reino de Dios, al menos en nuestra historia. Y digo culminan porque de nada serviría que el Hijo de Dios se hubiese encarnado y hubiese vivido entre nosotros, de nada serviría su Pasión y su Sangre derramada por nosotros, de nada incluso su Resurrección, en la que podríamos verificar su poder como Hijo de Dios sobre la muerte, si no nos hubiera sido dado su Espíritu. Es más, la Encarnación, el Ministerio público de Jesús, su predicación, sus signos, su Pasión y su muerte, su Resurrección, tenían como finalidad justamente lo que el Señor dice en su testamento, en el discurso de adiós en la última Cena, y en la institución de la Eucaristía: realizar con nosotros, con todos los hombres, una Alianza Nueva y Eterna, es decir, unir Dios y la humanidad. Eso que sucede en la Encarnación, en la carne de Cristo, no significa que suceda en nosotros, a menos que Cristo nos una a Él, nos incorpore a Él. Y eso es lo que sucede cuando su obra ha sido consumada, cuando Él ha sido probado en la obediencia hasta la muerte, y el Espíritu del Hijo de Dios se derrama sobre los hombres, cumpliendo así aquel anuncio del profeta: “vuestros hijos e hijas profetizarán, será un pueblo en el que morará el Espíritu de Dios”.

Por el don del Espíritu hay un nuevo yo en nosotros, hay una criatura nueva: es el Yo de Cristo, que no es una metáfora, ni siquiera es sólo el fruto de un trabajo ascético, o de un esfuerzo de la voluntad. “Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí”. Por la fe, el Bautismo, la Confirmación somos incorporados a Cristo, recibimos el don de su Espíritu, somos hechos hijos de Dios, formamos parte de la familia de los hijos de Dios. Cristo se une con nosotros. Algunos me lo habéis oído decir muchas veces: el ritual antiguo del Bautismo de los primeros siglos tenía tantos elementos tomados del ritual de las bodas, porque efectivamente el Bautismo es como una unión entre el Hijo de Dios y nuestra vida, nuestra alma, nuestra humanidad, en la que el Señor se nos da y nos comunica su Vida, su principio de vida, y así nos vivifica, nos hace hermanos suyos, hijos del mismo Padre, partícipes de su herencia, y herederos por lo tanto de su gloria. Éste

es el Misterio de la Redención, ésta es la realidad grande que ha empezado a acontecer en la historia cuando el Hijo de Dios ha asumido nuestra carne. Los hombres, huesos secos cuando nos falta Jesucristo, cuando nos falta el Espíritu de hijos de Dios, cuando nos falta la conciencia acerca de la verdad de nuestro destino; los hombres, sedientos, como un sediento en mitad del desierto, en mitad del camino, por recoger la imagen que Jesús mismo usa en el Evangelio, son incapaces de saciarse a sí mismos, de saciar nuestra fe. Por eso todo el designio de la obra redentora del Hijo de Dios tenía como fin hacer al hombre partícipe de su misma vida, y eso sólo se realiza con el fruto de un don que Dios nos hace de Sí mismo en su Hijo Jesucristo: el don del Espíritu de Amor, de Vida, que une al Hijo y al Padre, pero que nos hace partícipes de la misma vida divina, que introduce por así decir la divinidad en nuestra carne mortal, la vida divina en nosotros.

Celebrar Pentecostés es recordar este hecho grande que empezó a existir. Pues inmediatamente después de la Resurrección, cuando el Señor comunica el Espíritu a sus discípulos, es el comienzo de la Iglesia, el comienzo de un Pueblo nuevo, donde la manifestación del Espíritu se hace pública por así decir por primera vez, y la Iglesia nace como un Pueblo nuevo.

¡Dar gracias por eso!, dar gracias por lo más grande que ha acontecido en la historia humana, dar gracias por algo cuya vida, cuya frescura, cuyo don llega a nosotros por la predicación de la Iglesia, por el don de la fe y por el Bautismo y la Confirmación. El mismo Espíritu que recibieron los Apóstoles, el mismo Espíritu de hijos, la Promesa del Antiguo Testamento, la Promesa de mi Padre de la que hablaba Jesús: “Yo os enviaré la Promesa de mi Padre”, la Vida nueva, la humanidad nueva. Ese sujeto que emerge en un hombre cuando acoge el don de Dios, eso, ¡es una verdad en nosotros, en nuestro pueblo, en nuestra vida! El hecho de estar aquí reunidos celebrando esta Eucaristía es un signo de ello, de que aquella historia, no es una historia del pasado, no es una historia que ha terminado, es una historia que Dios empieza siempre, y que no necesita más que de la libertad de los hombres para acogerla y para recibirla, para que el don de Dios florezca en una explosión grande y nueva, que pueda permitir a los hombres encontrar su vida.

Para nosotros celebrar Pentecostés es ciertamente dar gracias por esa historia y por ese don, y al mismo tiempo, es renovar en nosotros la gracia del Bautismo y de la Confirmación; renovar el don de la fe, invocar juntos el Espíritu de Dios para que realmente llene nuestras vidas, informe

nuestro pensamiento, nuestro corazón, para que informe nuestro obrar; para que nuestro cuerpo, ese cuerpo que somos todos los miembros de Cristo unidos a Él, transparente y continúe en el mundo la misión de Jesucristo en favor del hombre por la vida humana.

Dos aspectos quiero subrayar en esa novedad que me parecen esenciales a esta celebración de Pentecostés. Pero antes de subrayarlos, quisiera resaltar que si celebrar litúrgicamente Pentecostés es renovar la gracia del don del Espíritu que ya se nos ha dado, y por el que somos hijos de Dios y miembros de Cristo, la celebración de Pentecostés coincide en este sentido casi con los fines que el Santo Padre ha propuesto a toda la Iglesia con la celebración del Jubileo. Él decía ya cuando lo anunciaba, que el fin del Jubileo era que se renovase en nosotros la fe y el testimonio de Jesucristo, y eso no lo podemos hacer porque nos lo proponíamos, sólo sucede si abrimos nuestra vida más al don de Dios, si el Espíritu de Dios llena más nuestra vida como personas, como familia, como Iglesias domésticas, como pueblo cristiano, Iglesia que formamos un único pueblo; si el Espíritu informa nuestra vida más y más, el testimonio ante el mundo se hace verdaderamente un milagro, un signo verdadero de que Cristo vive, que sigue operando en nosotros, y espera, justamente, esta transformación: de ser hijos dispersos, una familia; de ser cada uno, aislado y solo, una realidad nueva, unificada; ese pueblo reunido por la Trinidad Santa: por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que decían los Padres de la Iglesia.

Vivir bien este momento, vivir bien esta Eucaristía, crecer en la comunión en ella. Invocad al Señor con toda sencillez y con toda verdad, lo que le invocamos en la plegaria eucarística: facilitar que los hombres puedan encontrar a Cristo, renovar en nosotros la gracia inmensa de la vida cristiana, y por lo tanto el don del Espíritu que nos incorpora a Cristo, que como decía, tiene como dos elementos fundamentales:

1.- Una, el hacernos hijos de Dios. Ese es el gran y primer regalo: vivir como hijos de Dios, saber que somos hijos de Dios, y como decía San Juan: “aún, mis queridos hermanos, no se ha manifestado lo que somos”, porque esta realidad está en nuestra carne mortal, pero lo somos. ¡Es verdad que somos Hijos de Dios!, ¡es verdad que Dios habita en nosotros!, ¡es verdad que Dios se nos ha dado! ¿Sabéis que significa eso?, ¿qué grande es eso? Qué diferente a la experiencia del hombre cuando no tiene conciencia de que Dios es nuestro Padre; a qué soledad, a qué muerte, a qué sed, si queréis, se ve abocado el hombre cuando no tiene conciencia de que Dios es mi

Padre, de que por mis venas corre la Vida de Dios, de que soy hijo suyo. Cuando el hombre está solo, como está solo nuestro mundo, vive como un huérfano, piensa como un huérfano, recorre el camino de su vida como huérfano: ¡qué difícil es la alegría, que el corazón esté contento!, pero al mismo tiempo, ¡qué difícil es afrontar la vida, la esperanza!, y el hombre se encuentra como ante un muro.

Poder vivir con la certeza de que Dios me ama como el mejor de los padres amaría a su hijo; pero además, no sólo de que Dios me ama, en el sentido de que tiene misericordia y ternura de estas pobrecitas criaturas que están aquí. ¡No! Me ha dado su Vida, su Vida está en mí, soy hijo suyo porque Cristo está en mí. La libertad gloriosa de los hijos de Dios sólo es posible a quien tiene la experiencia de que Dios es Padre. Un mundo de huérfanos no puede conocer la libertad, habla de libertad constantemente, pero ya decía, creo que era no sé si Unamuno, o Machado, no recuerdo en este momento : “no canta libertad más que el esclavo”. Cuanto más se nos llena la boca de la palabra libertad, probablemente menos experiencia tenemos de ella; pero cuando yo sé que nada de este mundo puede condicionar mi destino eterno, que ningún poder de este mundo tiene el poder de destruir la dignidad que a mí me da la relación que el Padre ha establecido conmigo a través de Jesucristo, la libertad no es una cosa a conseguir, la libertad es un don.

La libertad es algo de lo que uno puede dar testimonio, porque le hace posible a uno vivir esa imagen que el Señor usó en el Evangelio: “como las aves del cielo, como los lirios del campo, que no se preocupan de sus vidas, porque su Padre celestial los alimenta”; como los gorriones de los que decía el Señor: “ninguno de esos gorriones que se venden en el mercado por unos cuartos cae del cielo sin que mi Padre lo consienta; y en cuanto a vosotros, hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados”. Ni vosotros, ni siquiera yo, hemos pensado alguna vez contar los cabellos de la cabeza. Cabe una expresión más exquisita, más precisa, más exacta de la infinitud del amor con el que somos amados, de la mirada de amor con la que somos mirados. Los cabellos de vuestra cabeza están contados. ¡Dios mío!, eso es la libertad: poder vivir con la certeza de que mi Padre está siempre conmigo, y pase lo que pase en la vida, no me abandona. La experiencia de la filiación divina, de ser herederos de la vida de Cristo, de la herencia y de su gloria, es la primera experiencia de la Redención, fuente de todas las demás.

2.- Y otra, la experiencia de que somos hermanos, de que el Espíritu nos une en un solo Cuerpo. La lectura de los Hechos de los apóstoles que se

lee en la Liturgia de mañana, narra el acontecimiento de Pentecostés. Aquellos pueblos vivían separados por mil fronteras. Si un judío moría fuera de la provincia de Judea, no tenía derecho a sepultura porque no era su país, ni su tierra; si un habitante de Galacia moría en Mesopotamia, o si un habitante de la Bética moría en Britania, no tenía derecho a sepultura porque fuera de la nación a la que uno pertenecía, no existían derechos para nadie.

Y en un mundo así, donde cada nación se afirmaba a sí misma, están los apóstoles unidos, orando con María, como nosotros esta tarde. Y el Señor derrama su Espíritu sobre ellos, y empieza a nacer un pueblo. En aquel relato de los Hechos, que sigue siendo revolucionario, estaba representada toda la imagen del globo terráqueo que podía tener un israelita: allí había peregrinos de Jerusalén, de todas las partes, y de repente, eran un solo pueblo que hablaba en partos, medos, elamitas, en hebreo, en arameo, en fenicio, en griego, en latín (Cfr. Hch. 2, 9); pero eran un solo pueblo, como decían aquellos primeros cristianos: una nación hecha de todas las naciones. Esto va ligado a la experiencia de la filiación divina, no os creáis que es una cosa diferente. Porque yo sé que Cristo vive en mí y que vive en cada uno vosotros, no por ser vuestro Pastor, o vuestro Obispo, sino por ser cristianos yo no puedo miraros a ninguno de vosotros sin pensar: vosotros sois parte de mí, yo parte vuestra, somos los unos miembros de los otros, lo dice San Pablo. Pedimos en cada en cada Eucaristía después de la consagración, que todos aquellos que participamos del Cuerpo y Sangre de Cristo, formemos un Cristo con un solo Cuerpo y un solo Espíritu.

¿Cuál es el signo de esa filiación divina? Una unidad nueva y una relación nueva entre los hombres, que hace que el ser de un sitio, o ser de otro, que el hablar una lengua, o el hablar otra, que el tener una cultura, o el tener otra, que el tener un sistema de gobierno, o tener otro, sean cosas secundarias con respecto a que tú y yo estamos destinados al mismo Cielo, es decir, a la misma vida de Dios; que tú eres hijo, o hija del mismo Padre de quien yo soy hijo, y que somos hermanos del mismo Cristo, y que cuando comulgamos, no comulgamos dos mil Cristos cada uno en nuestra parroquia, comulgamos al único Cristo, y a través de Él nos unimos a todos aquellos hombres que participamos de la misma vida.

Yo sé que esto es difícil visualizarlo en la experiencia humana, lo visualizamos un poco en estas celebraciones. El Señor se nos ha hecho visible, nos ha permitido hoy, en estos momentos de gracia, ver de una manera visible la Carne de Cristo, su Cuerpo; pero es difícil sentirse unido de una

manera personal, en donde uno se implica personalmente con todos los cristianos del mundo cuyo rostro no conoce; sin embargo, cuando la experiencia del Don del Espíritu es verdadera, sí que uno desea, que uno pide, como pedimos en la Eucaristía, como pide Cristo en la Eucaristía, y nosotros junto a Él: que todos seamos un solo cuerpo y un solo espíritu; uno sí que desea que los hombres se unan, es el pecado quien divide.

Desde los orígenes de la historia, el hombre se aleja de Dios, y lo primero que hace es matar a su hermano. Es inequívoco, es siempre así. Uno se aleja de Dios, y lo primero que hace es matar a su hermano, en su corazón deja de ser su hermano. Lo primero que hace el pecado es alejarnos; en la medida que nos aleja de Dios genera una extrañeza entre nosotros. Sin embargo, lo primero que hace el Espíritu de Dios es unirnos, y así revive nuestros huesos secos. Unirnos en su Iglesia, en esta realidad que formamos todos juntos, y hacernos como apóstoles ardientes, apasionados por la unidad entre los hombres, o restañar heridas por crear lazos. Unir que no significa uniformar.

Justamente igual que en el Pentecostés primero había partos, medos, elamitas, habitantes de todos los rincones del mundo, en la Iglesia el Espíritu no deja de suscitar carismas diferentes. La celebración misma de esta tarde lo confirma: aquí están las Siervas de María, por ahí veo a las Hijas de la Inmaculada, las religiosas del Padrenuestro, Familias eclesiales diferentes.

Hoy tradicionalmente celebra la Iglesia junto a Pentecostés el día de la Acción Católica. La Acción Católica fue el primer gran impulso del apostolado, de la toma de conciencia de que la misión no es una tarea de los sacerdotes, o de los obispos, o de los religiosos, sino que corresponde a todo el pueblo cristiano, a toda la Iglesia. Y en la Diócesis no podemos dejar de pensar en Cursillos de Cristiandad, tantos dones y carismas que el Señor siembra en la Iglesia.

Pero fijaos, un signo de su Espíritu es que no nos andamos midiendo unos con otros y diciendo como niños pequeños: pues el mío es mejor que el tuyo. Sino que uno se alegra de todo lo que el Señor suscita, y uno desea el bien de todo lo que el Señor ha suscitado en su Iglesia para bien de todos. El ojo no puede decirle al pie: tú no me interesas, tú no eres ojo, tú no eres del cuerpo; ni el pie puede decirle a la mano, o la mano al ojo: tú no me interesas, tú no eres del cuerpo; a lo mejor el ojo es más bonito, pero sin los pies ¿a dónde vamos?



En la Iglesia no sobra nadie. Todos somos un solo Cuerpo, en el que uno se alegra, sencillamente, de todo el bien que Dios hace entre todos si vivimos la realidad de la Redención en su profundidad, en su densidad; si vivimos la Eucaristía que estamos celebrando y que celebramos miles de veces. Y uno se alegra del bien de los demás, se alegra de que cada realidad en la Iglesia crezca, de que viva hasta el fondo el carisma y la vocación a la que el Señor le ha llamado, porque cuanto más la viva hasta el fondo, cuanto más viva yo hasta el fondo mi vocación de sacerdote, mi vocación de Pastor, más cerca estaré de Cristo, y cuánto más cerca estemos de Cristo más cerca estaremos unos de otros. Estad seguros: el don de Dios nos une y convierte al cristiano en un luchador apasionado contra el mayor enemigo de la obra de Dios: la soledad de los hombres, el aislamiento y la división entre los hombres, y por lo tanto un defensor apasionado de la amistad, de todo lo que aproxima unos hombres a otros.

Basta que uno haya seguido las noticias en estos días, por ejemplo, para ver el crecimiento de la tensión en el País Vasco, para ver qué fácil es crear divisiones, sobre todo cuando el odio llega al extremo de no respetar la vida humana, de no respetar muchas vidas humanas. Pero ¡Dios mío!, nuestra misión es crear unidad, contribuir a la unidad, favorecer al unidad: en los matrimonios, entre los padres y los hijos, entre los amigos, los vecinos, en los pueblos, en las parroquias; ser instrumentos de que esa unidad sea fácil, y no simplemente porque le digamos a la gente: tenéis que quereros, tenéis que vivir unidos, sino facilitar que esa unidad, que ese conocerse, apreciarnos unos a otros, sea posible. Esa es parte esencial de mi misión, y parte esencial de la misión de mis colaboradores, los Presbíteros. Lo digo porque estáis aquí también, aparte de un número de presbíteros, los seminaristas. Sed constructores de esa unidad que es un signo de Dios.

Y esto no son cosas por así decir como muy místicas o espirituales. Son necesidades en el mundo realísimas. Cuando uno ama el bien de los hombres, cuando uno ama la amistad y la unión entre los hombres, en cualquier situación de trabajo, en cualquier situación de dificultad en la vida, procura poner el bien y el amor que está en su mano poner. Y a lo mejor no tiene uno remedios a esa situación, pero uno tiene siempre un corazón en el que late y se puede reconocer el amor de Cristo por el hombre, si uno está unido a Cristo, y eso construye siempre un bien grande; y uno busca en una situación difícil cuál es el bien posible.

Estoy hablando de cosas muy terrenas, muy humanas. El testimonio de los cristianos es un testimonio de la Redención de Cristo, de la filiación divina, y por lo tanto de libertad y de comunión, como dice el Concilio Vaticano II: “la Iglesia es en Cristo como un Sacramento o señal de la vocación del hombre a la íntima unión con Dios, y a la unidad de todo el género humano”. Nuestra vida en la oficina, con los compañeros de trabajo, o con los súbditos, o con los trabajadores, o con los jefes; nuestra vida en el barrio, nuestra vida en cualquier cosa que hagamos, es signo y sacramento de la vocación del hombre a la unión con Dios y a la unidad entre los hombres. Quien es consciente de esto, quien vive esto, espontáneamente desea poner bien, como dice la oración de San Francisco: “poner amor donde no haya amor, poner misericordia donde no hay misericordia”; es decir, uno es un instrumento del bien más grande de este mundo: el aprecio y el afecto entre los hombres, y eso es un don del Espíritu Santo, el bien

Estamos llamados, claro que sí, a ser testigos, a anunciar a Jesucristo. Estamos llamados, si queréis, a contribuir a la construcción de un mundo según el designio de Dios, según el Reino de Dios. Y eso se construye dando testimonio de libertad, y dando testimonio de una pasión indomable, invencible por la unidad y por el afecto entre los hombres, llena de paciencia, fruto del Espíritu en nosotros. Que el Señor nos haga a todos: a mí como Pastor, a los Presbíteros como partícipes conmigo del Sacerdocio de Cristo, y a vosotros, todos, testigos sencillos y constructores del Reino.

## **ORDENACIONES SACERDOTALES.**

**Santa Iglesia Catedral de Córdoba (2 de julio de 2000).**

Dios, hemos escuchado en la primera lectura, no ha hecho la muerte Dios ha creado el mundo en Jesucristo como un derroche de amor por todo lo que es, y ha creado sobre todo a su criatura más querida: el hombre, la persona humana, para que pueda, justamente, entrando en una relación con Dios, reconociendo su origen y su plenitud en el Hijo de Dios, vivir con gratitud, con alegría, con la certeza de ser objeto de un amor sin límites, con la conciencia de haber recibido todo lo que uno es para un destino grande, fruto exclusivamente del amor gratuito de Dios; y sin embargo, la muerte llena el mundo, no sólo la muerte física, en la que todos participamos como herencia de una historia siempre ratificada de nuevo, de pecado y de alejamiento de Dios.

Hoy que los teóricos de la ciencia hablan del efecto mariposa, de cómo el movimiento de una mariposa en Pekín puede desencadenar una tormenta, o un tornado en San Francisco, o en New York, debería sernos menos difícil comprender la interacción que existe entre todas las realidades del universo, entre todas las obras de los hombres, y ver menos simplistamente la realidad del pecado original, simplemente como si Adán y Eva, los primeros hombres, hubieran hecho algo mal cuyas consecuencias pagamos todos sin tener nosotros ni arte, ni parte. En una visión más abierta de lo que es la realidad del mundo y de la interconexión e interrelación de todo lo que existe, aparece el pecado como decía el poeta, como una especie de maremoto, una especie de gran océano, cuyas olas inacabablemente llegan hasta cada hombre, cada persona, cada mujer.

Lo cierto es que la muerte llena el mundo no sólo la muerte física - pero incluso la muerte física podría ser vivida tranquilamente como el final de un camino y no como una desgracia; si la muerte y nuestro destino fueran transparentes, si nuestro conocimiento de Dios fuese adecuado- sino también llena el mundo las consecuencias, las sombras, los anticipos de la muerte; y esos no son sólo la enfermedad física, son mucho más: la desesperanza, el desamor, las divisiones entre los hombres. Es extraordinariamente expresivo que después de narrar el libro del Génesis el primer peca-

do de los hombres, lo siguiente que se narra sea el asesinato de Abel por su hermano Caín. El primer fruto de la separación de Dios es la separación entre los hombres, es la división entre los hombres, es la mayor fuente, probablemente, en la historia del sufrimiento y de la desgracia humana. La pérdida de esa unión con Dios, para lo que el Señor nos había creado, de esa transparencia de la vida para lo que el Señor nos ha dado la vida, genera toda una serie de dinámicas de destrucción, que vemos por todas partes: rupturas en los matrimonios, con todas sus secuelas de sufrimiento, dolor, amargura, desesperanza en los esposos y en los niños que pagan terriblemente las consecuencias de las rupturas de sus padres; en los grupos humanos, en la orientación de la vida. Vivimos en un mundo cada vez más saciado de bienes materiales, y cada vez más escaso de vida, de esperanza, de razones para vivir, de alegría verdadera, donde mil sofismas engañan al hombre, y le conducen a eso, que el Santo Padre ha llamado “cultura de la muerte”. Dios no ha creado la muerte, pero la muerte llena el mundo.

Pensando en estos días en vuestra Ordenación, y con motivo de visitas a parroquias, encuentros con personas, pensaba en aquellas palabras de Jesús en el Evangelio: “están como ovejas sin pastor”. ¡Dios mío! Los hombres son confundidos por los mil mensajes contradictorios de los medios de comunicación, por la censura absoluta acerca de quién es el hombre, quién soy yo, qué es la vida humana, de su destino eterno; y la concentración de todas las energías en acumular bienes de este mundo, censurando la dignidad, la libertad, la verdad del hombre. Y uno ve a los hombres, uno ve a los jóvenes, incluso aquellos que están a veces cerca de nosotros, de la Iglesia, desconcertados, perdidos, confusos, sin ninguna verdad a la que agarrarse; sin ninguna certeza en su propio corazón acerca del significado de su vida, sin ningún amor verdadero que pueda conducirle a esa verdad. Y resonaba en mis oídos, constantemente, esa frase del Señor: “están como ovejas sin pastor”, descarriados, es decir, perdidos, gritando muchas veces sin decirlo, aunque no conozcan a Dios, el hambre que tienen de Dios, el hambre que tienen de encontrar esa verdad sobre la que uno puede construir la vida humana, una familia, un trabajo, una vida, de un modo adecuado a la verdad grande de lo que sois cada uno, de lo que es cada persona humana.

Y Jesucristo ha venido para eso, porque esta situación no es nueva. Esta situación es la del hombre cuando le falta Aquél que es su clave de comprensión, su sostén, su modelo y su meta; cuando le falta el conocimiento de Jesucristo. Jesucristo ha venido para que los hombres puedan encontrar la

vida. “Yo he venido para que tengáis vida, y vida abundante”. Y en una ocasión dice el Señor: “esta es la Vida Eterna: que te conozcan a Ti, Dios verdadero, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo”. La vida del hombre está ligada a ese conocimiento de Cristo, que no cambia las circunstancias del mundo, sino por el que Dios envía su Hijo al corazón de la miseria humana, y por el que el Hijo asume esa condición humana desde su entraña misma, para que en la entraña de ese mal, de esa miseria, transformados por el amor de Jesucristo, el hombre pueda de nuevo encontrarse a sí mismo, encontrar su vida, unirse de nuevo al Dios que le ha llamado al ser y a la vida, que le ha llamado a participar de su gracia, que ha destinado a cada hombre y a cada mujer a ser hijo de Dios, y a participar de la vida y de la herencia de Dios, a través de Jesucristo, su Hijo.

Cristo ha venido para eso, pero como también recordaba yo en un par de ocasiones en estos días a otras comunidades cristianas, la Encarnación de Jesucristo no es una especie de teatro que el Hijo de Dios hace y que entonces se podría repetir igual cada generación, como vestirse de un disfraz. Dios vestido de disfraz de hombre, que venía por aquí, les enseñaba a los hombres unas pocas cosas, se quitaba el disfraz, se volvía a su cielo; después, a la generación siguiente se podía volver a poner el disfraz, como una cosa exterior a Sí mismo, exterior a la vida. ¡No! eso no es la Encarnación del Hijo de Dios. La Encarnación del Hijo de Dios es que Dios se hace hombre, y un hombre nace en un momento, es concebido y vive en un momento de la historia.

En la Encarnación Dios ha abrazado, ha asumido y ha cargado sobre sus espaldas toda esa marea negra del pecado y de la desesperanza de los hombres. Dios ha abrazado la condición humana como es, sin condiciones; se ha unido a ella como Oseas a su esposa infiel, como un signo de la gratuitidad absoluta del amor de Dios para con el hombre; para comunicarle, a través de esa unión, su Vida Divina, y que el hombre, reconociendo, encontrando el amor de Jesucristo, pueda ser él mismo, pueda vivir con la dignidad y libertad para la que Dios le ha creado, pueda vivir con lo que es la fuente de esa libertad y de esa verdad; pueda vivir con la conciencia de cuál es su destino: la vida eterna, y participar como Hijo para siempre de la vida y del amor de Dios, y ser así rescatado de la muerte y del pecado, del poder que la muerte y el pecado ejercen sobre nuestro corazón.

Cuando la Escritura y la tradición cristiana emplea “rescatados de la muerte y el pecado” no quiere decir que ni vamos a morir, ni vamos a

cometer nunca ninguna falta más. ¡No! rescatados de la esclavitud que significa para el hombre vivir sometidos a la lógica de la muerte y del pecado, sin tener nada que esté más allá de esa lógica, de las pasiones humanas. Porque la Encarnación de Dios, del Hijo de Dios ha sido verdad, es decir, ha asumido, ha abrazado la condición humana con toda su verdad, con toda su contingencia. Dios se ha hecho hombre, no se ha vestido de hombre, no se ha disfrazado de hombre; se ha hecho hombre en un momento de la historia, y de una vez para siempre, con un amor en el cual un sólo gesto de Cristo, no sólo su muerte, el más pequeño gesto de Cristo, salva la historia humana entera; recuperaba, unía a Sí, abrazaba en sí, la entera historia humana, con todo su inmenso, infinito casi, caudal de sufrimiento, de desesperanza, de dolor, de lágrimas humanas. Y porque el Señor se ha unido a ella, uno puede estar presente de la manera que estuvo con Zaqueo, con Juan, Andrés, con la samaritana, con María, su Madre, con los otros discípulos, con las personas que lo conocían; y sin embargo, el Señor quería estar, quería que cada hombre y cada mujer de todas las generaciones, de todos los tiempos, pudiesen encontrarle, conocerle, y no conocerle como un fruto de una reflexión, o como una idea, sino encontrarle en la vida, como los discípulos de Emaús lo encontraron en su camino; para que alguien les explique, sencillamente, todas las confusiones que hay en el corazón, y las ilumine con su presencia.

Y ese es todo el significado del sacerdocio cristiano, mis queridos hermanos, mis queridos diáconos, que hoy os ordenáis presbíteros. Cómo el Señor llama a unas personas escogidas de entre el pueblo, que Él ha amado y que Él ha elegido, que Él ha rescatado con su sangre, para que le ofrezcan su vida, su humanidad y puedan ser en medio de la comunidad cristiana y del mundo signos vivos de que Cristo vive; iconos, no hechos de pinturas, ni de formas estéticas, sino de carne, de que Cristo vive; y porque os ha comunicado su Espíritu de un modo especial por el Sacramento del Orden, vuestra vida está como asumida, como apropiada por Cristo, para que los hombres, en medio de esa historia de muerte, en medio de esa historia de esperanzas frustradas, de ilusiones rotas, también de ilusiones que se cumplen, pero que el tiempo gasta y deshace, puedan encontrar como San Juan al Verbo de la Vida, que estaba escondido en Dios, que se nos ha manifestado, que nuestros ojos han visto, que nuestros oídos han escuchado, y que nuestras manos han tocado.

Vuestro ministerio será actuar en nombre de Cristo, repetir, hacer, en este momento de la historia, para este pueblo, para este mundo en el que

estamos, los mismos gestos de Cristo. Los haréis en los Sacramentos, cuando diciendo las mismas palabras de Cristo: “Éste es mi Cuerpo entregado por vosotros”, o “Ésta es mi Sangre, es el cáliz de mi Sangre, derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados”, lo estará diciendo Cristo por vuestra boca; pero eso sólo será creíble para los hombres cuando vuestra boca lo diga con verdad, al mismo tiempo que Cristo; lo que decís en la Eucaristía es justamente vuestro modo de vida: gastar vuestra humanidad, vuestro cuerpo, vuestras energías, vuestra inteligencia, todo, vuestra capacidad de amar, todo entregado a Cristo como una ofrenda para que Cristo, en vosotros, pueda seguir acercándose a los hombres, curando sus heridas, abriéndoles a la esperanza verdadera, haciendo posible una vida verdadera según la verdad: un matrimonio, una familia, una vida social, un trabajo, un modo de afrontar el trabajo, un modo de afrontar la enfermedad, la muerte, de construir las relaciones humanas; un modo de vivir según la verdad. Nuestra vida es de Dios y para Dios según esa verdad que funda, como os decía antes, la dignidad, la libertad y el bien de la vida humana.

Ser como un reflejo, como una respuesta de la generosidad con que el Señor se da a nosotros; ¡que se nos da, y la vida cambia!, que no son palabras, que cuando uno encuentra a Jesucristo de verdad en la vida, la vida empieza a tener color, buen gusto; la vida empieza a hacerse jugosa, la vida cambia. Me lo decían ayer algunas personas, algunos chicos que se iban a confirmar, pero igual antes de ayer, y al otro, y al otro, uno lo oye constantemente como un testimonio de vida: ¿por qué estoy aquí? Pues estoy porque soy cristiano, y soy cristiano porque al acercarme al grupo, a la Iglesia, yo he empezado a vivir de una manera nueva, empiezo a darme cuenta al menos que se puede vivir de una manera nueva.

Esa experiencia de los hombres de que Cristo vive, está ligada a vuestro Ministerio. El Señor que se da a nosotros sin medida, el Señor que se entrega a los hombres sin reserva, el Señor que es todo generosidad, fomenta en vuestros corazones, a lo largo de toda vuestra vida, una generosidad como la que hay en vuestro corazón esta mañana, y yo sé que la hay; para que vuestra vida pueda ser una ofrenda a Cristo en respuesta a la ofrenda que Cristo es para vosotros y para todos los hombres. Un poco como María; de lo que se trata es de acoger a Cristo, de abrirle el corazón y decir: Sí, Señor, aquí estoy para hacer tu voluntad, o aquí está la sierva del Señor: hágase en Mí según tu palabra; y eso que parece un acto de sometimiento, de pérdida y sacrificio de uno mismo, se convierte en una fuente inagotable de gozo.

“Dichosa Tú que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá; bienaventurada me dirán todas las generaciones”. Y eso que parecía una locura, ¡es verdad!, porque dos mil años después, a miles de kilómetros de distancia, la seguimos llamando bienaventurada, y seguimos dando gracias a Dios porque por el Sí de aquella mujer, el Verbo se ha hecho carne, amigo, compañero nuestro, hermano nuestro, y nosotros hemos sido hechos hijos de Dios. Todo parece un milagro, porque todo es un milagro; pero el Señor se nos da, el Señor quiere llegar a todos los hombres, y el Señor os ha llamado sencillamente, para que ese milagro de la Encarnación del Verbo, de algún modo distinto, pero absolutamente real, se haga verdad en nosotros; como el pan y el vino se consagran y son el Cuerpo de Cristo, así vosotros seréis esta mañana consagrados para ser identificados con Cristo de un modo único, diferente al del pan y el vino, diferente al de María, pero de un modo que permita que los hombres puedan seguir reconociendo a Cristo; que puedan conocerle, puedan encontrar el perdón de los pecados, encontrar la esperanza de la Vida Eterna; que puedan encontrar un padre que les escucha, les quiere, les ama, que cuida de su vida en Cristo, que cuida de su esperanza, de su amor, de su vida verdadera como los padres cuidan de la vida de este mundo.

Es obvio, ¿no? que el hecho de vuestra presencia aquí indica claramente todo lo que la Iglesia percibe que se juega en este don de Cristo a vosotros, y en esa respuesta de vosotros a Cristo. No vienen las personas por curiosidad, no venís vosotros por decir: vamos a ver como es una Ordenación, y tal. ¡No!, venís porque, expresada de un modo o de otro, todos tenéis la conciencia de lo importante que es para vuestra vida, para la vida del pueblo, para la vida de la gente, para la vida de los hombres, poder encontrar a Dios; y lo importante y lo indisolublemente ligado que está ese encuentro con Dios con vuestro Ministerio, con el don que el Señor os hace por la imposición de las manos y la Unción Sacerdotal y vuestra respuesta a ese don libre, sencilla, generosa.

No necesita el Señor de más, no necesita más que le digáis que sí; y os aseguro que en ese sí está vuestra alegría, vuestra felicidad, está la fecundidad de vuestra vida, el cumplimiento de vuestras esperanzas, y está la esperanza del mundo; la esperanza de la Iglesia está aquí alrededor vuestro, pidiendo, dando gracias al Señor por vosotros, dando gracias al Señor por Jesucristo que llega a nosotros a través del Sacramento del Orden y de los demás Sacramentos; y pidiendo al Señor que podáis ser de verdad un signo vivo de que Cristo vive; que cuando un matrimonio tenga desesperanza de



que su amor pueda volver a empezar de nuevo, crecer, pues pueda veros a vosotros, y escucharos a vosotros, y teneros a vosotros lo suficientemente cerca como para que sea fácil que el amor se recomponga; y que los niños, que crecen en un mundo egoísta y solitario, muchas veces solos en el seno de la misma familia, puedan encontrar un padre y un amigo que les conduce de nuevo a esos padres, que les ayuda a amar la vida, que les hace conscientes de que son queridos por Dios a través de vuestra ternura y vuestro afecto; que los jóvenes puedan mirar el futuro con esperanza, mirar su vida conscientes de que tiene una dignidad inmensa, de que el valor de su vida no lo da una nota, ni el juicio del mundo, ni el éxito, ni la clase social que ocupa, ni el dinero que tienen, sino que su vida es preciosa, la de cada uno: la del enfermo como la del sano, la del inteligente como la del que no es inteligente, la del simpático, o la del niño guapo, la niña guapa, como la del que no es guapo, porque Dios les ama a cada uno con un amor infinito. Pero eso no lo van a conocer porque vosotros se lo digáis. Sólo si en vuestra vida pueden percibir un reflejo de ese amor. E incluso vuestra consagración a la virginidad, a la obediencia que hicisteis ya en el momento del Diaconado, tiene que ver con esa libertad, para que Cristo pueda disponer de vuestra vida, y para que los hombres puedan reconocer en vosotros no vuestras cualidades, sino la presencia viva de Cristo vivo. Y eso sólo se reconoce cuando la vida es de Cristo, y la virginidad y la obediencia y el uso justo, adecuado al ministerio de los bienes, es decir, la pobreza en nuestra forma específica de vida sacerdotal, ministerial, que no es la de los religiosos, es absolutamente diferente, pero donde todo está al servicio del don, de la vida a Cristo y de la misión de la Iglesia. Todo, todo, sin excluir nada. Los hombres podrán reconocer que Cristo vive si pueden ver en vosotros una vida así, unas personas así.

La Iglesia entera, todos, damos hoy gracias a Dios. Es una bendición para nuestra parcelita del Cuerpo de Cristo que haya cinco nuevos presbíteros en nuestra Diócesis, qué duda cabe. Es un bien para toda la Iglesia, no sólo para nosotros, para Córdoba, porque no sólo el sí de ellos, el sí de cualquiera de vosotros, el sí de la persona que acoge el designio de Dios y el amor de Dios, y le dice como la Virgen: sí, aquí está Señor tu esclava, hágase en mí según tu Palabra, porque tu palabra, tu designio es infinitamente más bello, más hermoso, más grande que nada que yo pudiera imaginar. Basta que alguien le diga sí al Señor un momento y el mundo está siendo transformado, y tiene una repercusión mucho más que el efecto mariposa en Pekín, mucho más. Vuestra vida tiene una repercusión en todo el mundo, la vida de un presbítero, una Eucaristía celebrada con verdad, en la que se

renueva el sacrificio de la cruz, ¿os dais cuenta?, y en la que vosotros sois incorporados a ese sacrificio, es decir, decir con verdad las palabras de la Eucaristía. ¡Dios mío!, bastaría una sola Eucaristía para llenar una vida, y en una sola Eucaristía sucede la salvación del mundo. Sucede objetivamente, aunque luego los hombres podemos vivir ciegos, no participar de ello, no entrar. Es como cuando a alguien le quieren mucho y no se entera, pues le sirve de muy poco. ¡No!, pero sucede realmente, el amor de Dios está ahí, y el amor de Dios es la única esperanza del mundo.

Bien, le suplicamos, le damos gracias al Señor infinitamente por esta forma del admirable intercambio de Dios y de nuestra miseria, que es vuestro Sacerdocio, y le suplicamos al Señor con toda el alma, por la cuenta que nos trae a cada uno, no sólo a los que sois padres de los que se ordenan, o hermanos, o primos, o amigos, sino a todos, a cada uno. Señor que sean Sacerdotes según tu Corazón, que su vida exprese el amor de Dios, lo que la lectura del sábado, y que uno de vosotros me recordaba toda su belleza el otro día: “cuando Israel era niño, yo lo amé”, y decía al final: “...que yo soy Dios, y no hombre...”. Bueno, pues Señor, por la cuenta que nos trae a todos, cuida de estas vidas, cuida de estos sacerdotes. Haz de ellos sacerdotes según tu Corazón: apasionados hasta dar la vida por el bien del pueblo, servidores del pueblo de Dios y del designio de Dios sobre todos los hombres hasta dar la vida por los hombres como Cristo, no buscando ni vuestro interés, ni mucho menos haciendo del sacerdocio una ocasión de ambición, o de riqueza, a costa del pueblo; no hay ningún escándalo mayor para la fe que cuando el sacerdote utiliza su Ministerio para su propia ambición, ninguno.

Sed servidores siempre. Esa es nuestra súplica: servidores de los hombres, de la vida de Cristo en los hombres por amor de Cristo, y servidores de Cristo sin límites por amor a los hombres. Ni yo soy capaz de explicar, ni vosotros capaces de comprender cuánto está en juego en el mundo de que esta súplica se cumpla en vosotros, pero con este temblor en el corazón acometemos con todos vuestra ordenación llenos de gratitud y llenos de súplica, para que el Señor cumpla todo su designio.

## ***CORONACIÓN DE NUESTRA SEÑORA DE LA PIEDAD Y DE LA ANTIGUA.***

**Iznájar. 8-9-2000.**

Querido Don Serafín, queridos hermanos sacerdotes, Junta de gobierno, y miembros de la Hermandad de Nuestra Señora de la Piedad que tanto esfuerzo, ilusión y generosidad habéis puesto para que fuera posible este momento de la coronación solemne de la imagen de la Virgen de la Piedad; hermanos y Juntas de gobierno de otras cofradías de aquí, autoridades, queridos hijos e hijas de Iznájar, los que vivís aquí, y tantos que, viviendo fuera, conserváis el amor a la Virgen que veneráis como madre, y cuida, protege vuestro pueblo, y habéis venido en número especialmente grande. Yo no os veo desde aquí, pero sé que sois muchos los que habéis venido para esta celebración litúrgica especial, y tenáis el deseo grande de que esta coronación pudiera celebrarse.

A todos mi saludo de pastor, de sucesor de los apóstoles, de Obispo de esta porción querida de la Iglesia de Dios.

Con vosotros participo en el gozo grande de esta coronación que viene a sellar una devoción de siglos. El amor a la Virgen, la súplica, y una confianza en Ella que, transmitida de generación en generación, os ha ayudado a muchos a atravesar las muchísimas fatigas de la vida sin destruirnos, sin veniros abajo, con la certeza de que María, nuestra Madre, que nos ha entregado lo más grande que tiene el hombre: su Hijo Jesucristo, la prenda y la garantía de nuestra esperanza, la fuente de la vida, el Hijo de Dios encarnado para revelarnos el amor de Dios por cada uno de nosotros; Ella, que nos lo ha entregado todo, no nos va a dejar abandonados, no va a permitir que nuestras vidas se destruyan en la desesperanza, en el desamor, es decir, en el pecado y en la muerte.

Hoy mismo a la entrada de Iznájar, y porque Dios así lo ha dispuesto, yo saludaba a una mujer que no hace muchos meses ha perdido a su marido, y le decía sencillamente: “gracias a que conocemos a Jesucristo, y a que conocemos a su Madre, yo puedo decirte con verdad que a tu marido no lo has perdido para siempre”. Por muy duro que sea sacar a una familia adelante como viuda relativamente joven, por muy dura que pueda ser la vida, por muy terrible que sea la muerte, la sombra de la muerte de tantas

maneras, lo terrible es vivirla sin sentido, pensar que todo lo que hay en esta vida es lo que en ella podemos conseguir. Eso sí que hace de la vida una realidad misteriosa, como un muro donde el hombre y los deseos de su corazón se estrellan.

La Virgen nos ha dado a Jesucristo, y hoy celebramos con toda la Iglesia la fiesta de la Natividad de la Virgen. Es como el cumpleaños de nuestra Madre, una Madre que participa del triunfo de Cristo y que, por lo tanto, nos aguarda en el Cielo. Debemos celebrarlo con todo el gozo del mundo, y no simplemente como una tradición o una rutina. Por muy bella que sea esa tradición, por muchos recuerdos que uno tenga ligados a la infancia de momentos bonitos en la procesión de la Virgen, o en momentos de oración con Ella, no es simplemente la nostalgia, la belleza de eso. Celebramos el cumpleaños de la Virgen, coronamos y veneramos su imagen, no sólo porque con la corona es más guapa, sino que celebramos la eucaristía para dar gracias a Dios por esa mujer de un pueblo más pequeño que Iznájar, si acaso como alguna de las aldeas de cerca de Iznájar. Una mujer que, porque le dijo que "sí" al Señor y a su gracia, derramó sobre nosotros la fuente de una esperanza que nada ni nadie en la historia podrá arrancar de en medio de los hombres.

Sembró en nosotros una vida nueva, hizo de nosotros criaturas nuevas. Ya no hemos nacido simplemente para trabajar, para sacar de la vida lo que podamos cada uno con su esfuerzo, con la suerte, y morir. Hemos nacido para participar para siempre de la vida de Dios. Y eso le permite a un hombre, o a una mujer, que han encontrado a Jesucristo de verdad, mirar todo en la vida de frente, hasta la misma muerte, como esa mujer que había perdido a su marido, y que el Señor me ha hecho encontrar esta tarde. O como cualquiera de nosotros que desde que despierta en nosotros la razón afloran miles de sufrimientos, de mil maneras. Desde el niño que piensa que los padres no le quieren lo suficiente, o que quieren más a su hermano mayor o a su hermano pequeño; hasta los sufrimientos como el de las notas que no se consiguen sacar buenas, o el de que a uno no se le dan los estudios, o el de la traición o engaño de los amigos, o el de las mil traiciones y zancadillas que los hombres nos ponemos en la vida. En medio de todo eso surge en el corazón una pregunta: "¿para qué estoy aquí?, ¿para qué es la vida?, ¿qué sentido tiene vivir si la vida tiene tantas cuestas arriba y tantas fatigas?". La persona de Jesucristo, ilumina nuestro corazón, nuestro camino, y nos dice: "¡no!, hombre, mujer, ten confianza, Yo te amo con amor infinito, Yo te he dado la vida, y aunque nadie en el mundo te quisiera, Yo

te quiero y te querré siempre, no puedo no quererte, porque eres hermano mío, hijo e hija de mi mismo Padre. Y aunque en el mundo haya mucho mal, y aunque las cosas en la vida no salieran bien, y no funcionen bien (aunque funcionaran al final siempre está la enfermedad y la muerte) no creas que has nacido sólo para esto. Has nacido porque Yo te amo, y con mi amor podrás contar siempre, suceda lo que suceda en la vida.”.

Los hombres tendemos a pensar que Dios nos quiere si somos buenos (es la imagen que nosotros tenemos del amor de Dios), y que si no somos buenos, no nos quiere, y entonces las cosas nos irán mal. Eso, me dejáis que os lo diga, es no conocer a Dios. Dios nos quiere porque nos quiere, porque es Dios, y porque somos hijos suyos. Eso es lo que Jesucristo ha venido a decirnos, primero con sus palabras, luego con su sangre, y luego con el Don de su Espíritu, para que podamos darnos cuenta de que vive, y de que su vida nos la comunica a nosotros ahora, dos mil años después, para que podamos vivir la nuestra con esperanza, y con alegría. Todo aquello para lo que Jesucristo ha venido es para decirnos: “seas quién seas (y lo puedo decir yo ahora de una manera especialmente verdadera porque no veo vuestros rostros, y me gustaría verlos), sea tu vida como haya sido, hayas vivido como hayas vivido, Dios te quiere, te ama”. Cristo ha venido por ti, y ha derramado su sangre, solamente, para decirte: “aunque todo te falte en la vida, yo, Dios, estoy a tu lado, tú eres importante para Dios”. Los hombres en el mundo medimos la importancia de las personas por muchas cosas: por el dinero, por la clase social, por el apellido, o por el puesto que ocupan en la vida. Dios no usa esas medidas, **Dios mide por el amor con que nos ama**. A cada persona que nace en este mundo, pertenezca a la clase social que pertenezca, incluso viva como viva, Dios la ama con un amor infinito. Eso es todo lo que Jesucristo nos ha dicho, eso es lo que abre en nuestro corazón la posibilidad de vivir con alegría.

Mirad, vivimos en un mundo en el que la alegría cada vez falta más. Tenemos más medios, más instrumentos, más aparatos, más dominio de la naturaleza y de la técnica, y sin embargo nuestro corazón, cada vez más, se pregunta para qué sirve todo, sobre todo, para qué sirve la vida si el amor, y la verdad, y la belleza que todos nosotros deseáramos, puede cumplirse alguna vez, o si todo eso no es más que una ilusión. Celebrar la fiesta de la Virgen y quererla significa afirmar que todo eso no es una ilusión, que mediante su Hijo Jesucristo, Dios nos comunica su amor, de un modo tal, que quien lo encuentra puede afrontarlo todo con una esperanza grande; no con la certeza de decir: “Señor, yo como soy muy bueno me puedo dirigir a

Ti, y tener confianza en Ti, y como he hecho las cosas muy bien, pues espero que Tú me quieras". ¡No!, yo sé que Tú me quieres en cualquier caso, y eso me permite acercarme a Ti, y vivir la vida con la conciencia y con la dignidad de hijo de Dios.

Quienes hemos vivido tantos siglos en un país cristiano, permitidme que os lo diga, a veces no nos damos cuenta del tesoro que significa ser cristiano, del privilegio enorme que significa la fe, y del don inmenso que significa poder conocer que Dios es Padre y que me ama. No nos damos cuenta que de este pueblo que ha nacido de la fe en Jesucristo que es la Iglesia, ha nacido también en el mundo una cosa que damos por supuesta, y que es preciosa, que es la dignidad de la vida de cada persona humana, desde el momento en que es concebida en el seno de su madre hasta su muerte natural. Todo hombre, toda mujer tiene algo sagrado, inmensamente grande, más valor que el mundo entero, que todas las riquezas, que todas las cosas importantes, o que lo parecen, que podamos hacer los hombres. Tu rostro humano, tu vida tiene un valor infinito. Lo que tú vales no lo da una nota, ni lo da un puesto que uno ocupa en el mundo. Lo que tú vales es la sangre de Cristo, el Hijo de Dios, la vida de Dios. Y eso ha sembrado en el mundo unas cosas que no existían antes de Jesucristo, y que los hombres perdemos con facilidad cuando no nos damos cuenta de cuál es la fuente de donde esas cosas nacen. El aprecio por cada persona, no por lo que tiene, sino por lo que es, y porque toda persona es imagen de Dios, hijo de Dios. La libertad humana, el valor sagrado de la libertad de conciencia. El valor sagrado de que el hombre pueda buscar el bien, la verdad, y trabajar, y construir un mundo siendo protagonista de su vida. No sólo los poderosos de este mundo, sino que cada persona tiene su dignidad. Todo eso estamos tan acostumbrados a verlo, a pensarlo como posible en nuestra historia del mundo Occidental, que no nos damos cuenta de dónde nace. Y eso nace de la fe en Jesucristo.

Perdonad si me alargo. Yo sé que los de muy atrás oís muy mal, o no oís, pero también tengo la esperanza de que, si no habéis oído, o si casi no veis, dentro de unos días, en vuestra casa, podréis ver este vídeo. Quiero deciros a todos lo grande que es haber conocido a Jesucristo, lo grande que es haber nacido en un lugar donde uno aprende de niño que Dios es mi Padre, que no estoy solo en la vida, y que tengo una Madre que cuida de mí y me ama; y haber crecido en un lugar donde uno aprende de niño (de sus padres, o de sus maestros, o de sus catequistas, o de su sacerdote) que no he nacido simplemente para ser una pieza del proceso de producción de bie-

nes, o para ser una pieza de los cálculos de los poderosos de este mundo, sino que tengo una grandeza y una dignidad porque soy hijo de Dios.

De la misma manera que la madre le dice a su hijo: “¡rey mío!”, o un hombre que quiere a una mujer le dice: “¡Reina!”, de la misma manera, nosotros decimos a la Virgen, “¡Reina!”. Y la coronamos como reina, no porque Ella nos mande, sino como un reconocimiento de que lo más precioso en la vida, que es nuestra esperanza y nuestra fe, que es el Don de Jesucristo, la presencia viva de Jesucristo en medio de nosotros, su Espíritu que recibimos en el bautismo y en la confirmación, y cada vez que comulgamos, y que se renueva en nosotros por la vida sencilla de hermanos cuando vivimos la vida de la Iglesia, se lo debemos a Ella. Y es lo más precioso porque sin ese Don, sin Jesucristo, al final, por muchas cosas hermosas y bellas que haya en la vida, todas se disuelven como el azucarillo en el agua, y uno no termina teniendo las energías ni para amar la vida, ni para vivirla con gusto. Y por eso nosotros, Señora, te coronamos, en un gesto de reconocimiento y de gratitud.

Te llamas Virgen de la Piedad, y no nos podemos quedar ahí, porque ¡cuántas fatigas, cuántos sufrimientos, cuánto dolor hay en cada uno de nosotros mientras vivimos en esto, que en la Salve llamamos un “Valle de lágrimas”! Cuántos sufrimientos, sobre todo, en el matrimonio, en la familia, en la dificultad de algo que parece tan sencillo y tan normal como que un hombre y una mujer que se quieren, se quieran para siempre. Cuántas dificultades en el crecimiento de los hijos, en su educación. Cuántas dificultades en el trabajo, en las familias que las necesidades de la vida terminan dispersando. Virgen de la Piedad, todos tus hijos de Iznájar, y me dejáis que en este momento yo me cuente como uno de vosotros, te suplicamos por todos, te suplicamos que tu piedad, que tu misericordia, y sobre todo, que la presencia de tu Hijo y los signos de la presencia de tu Hijo no falten en nuestra vida.

El camino de nuestra vida no sabemos cuál va a ser, sobre todo pienso, porque son los que os tengo más cerca y algo os veo, pienso en los jóvenes. ¡Dios mío!, no sabemos qué nos aguarda en el futuro y, sin embargo, sean cuales sean las circunstancias de vuestra vida, yo os prometo que hay algo sobre lo que podéis construir esa vida como una roca que nada hace temblar, y es que Jesucristo os ama con un amor infinito, pase lo que pase, y para siempre. Para que no tengáis que creer porque me lo habéis oído decir a mí, o porque os lo ha dicho vuestro sacerdote, o vuestro catequista, o vues-

tra catequista, o se lo oísteis decir a vuestros padres, sino que para que eso sea una experiencia propia, y podáis decirlo con la misma certeza que yo os lo estoy diciendo hoy, para que el Señor multiplique los signos que hacen fácil reconocer su misericordia, para que podáis tener personas cerca que sean testigos de la fe, de cómo la humanidad, la vida, y la alegría florecen cuando Jesucristo está cerca, porque cuando Jesucristo falta en la vida, al final la alegría, el amor y la esperanza se acaban.

Ésa es mi súplica para todos y cada uno de quienes estáis en esta celebración, para mí, también, y para todos aquellos hijos de Iznájar que, por mil razones, hoy no pueden estar con nosotros, para todas vuestras familias extendidas, por Barcelona, Francia, Alemania, Bélgica, Madrid, y tantos rincones. Que el Señor derrame su gracia sobre ellos. Que el Señor os muestre los signos de su amor, para que podamos vivir la vida con dignidad, con esperanza, contentos, y con la conciencia de que nuestro destino no es lo que podamos conseguir en este mundo, sino el ser Hijos de Dios, y participar de la vida de Dios para siempre.

Con esa súplica, en la que os pido que nos unamos todos, terminamos esta homilía. Sólo una cosa me queda por deciros y no quiero dejar de decirla. Hace apenas tres semanas estaba en Roma en el Jubileo de los jóvenes, con casi mil jóvenes de Córdoba, participando en ese momento verdaderamente grande de la historia de Europa, y del mundo que hemos podido vivir juntos. Lo contaba esta mañana en la Virgen de la Fuensanta y lo vuelvo a contar aquí, en primer lugar porque el Santo Padre nos pidió: “cuando volváis a vuestras casas dadles a los vuestros un abrazo de parte del Papa, y contadles lo que habéis vivido”. Y vosotros sois los míos, por eso os lo tengo que contar, y trasmitiros ese abrazo de parte del Vicario de Cristo, especialmente, a los jóvenes.

Yo no sé si habéis tenido ocasión de ver algún momento por la televisión, pero os aseguro que aquello, con dos millones cien mil jóvenes, aproximadamente, era muy diferente y mucho más que un simple “happening” o un “concierto rock”. Algo absolutamente único, el milagro grande de cómo la presencia de Cristo, sin que nadie controlase aquello, producía una humanidad como la que todos deseamos. Había jóvenes, creo que por primera vez en la historia de las Jornadas mundiales, realmente de todo el mundo. Cinco mil muchachos habían venido de Chile, ¡cuidado que está lejos Chile!. Y allí no había control, ni había policía, y, sin embargo, nuestra vida era una fiesta llena de respeto, de afecto, de fraternidad, de aprecio de unos por otros.



Lo que hemos vivido allí era la experiencia de un milagro que no es posible a ningún hombre de este mundo fabricar. La experiencia de cómo los hombres podemos ser amigos y hermanos de una manera libre, ser felices, y pasarlo bien juntos, también en medio de fatigas: hacía un calor espantoso. Oímos en la radio que, sólo en día, se habían consumido unos quince millones de litros de agua. En medio de ese calor, os aseguro que había una gran alegría en los rostros de los jóvenes.

Y cuento la anécdota que he contado esta mañana. Una noche estábamos cenando, sentados en el suelo, y había cerca de nosotros un grupo de asiáticos de un país que se llama Sri Lanka, la antigua Ceilán, al sur de la India, una isla muy grande que lleva veinte años en guerra civil. Ellos se acercaron a pedirnos agua y empezamos a preguntarles cómo era su país, su tierra. Ellos contaron que el país estaba destruido, lleno de niños abandonados, de madres y padres que habían perdido todo, y que vivían en la calle sin nada; que había un odio acumulado de toda esa guerra civil que llevaba ya veinte años, en la que las armas más habituales eran niñas de trece o catorce años a quienes, después de lavarles el cerebro, se les convencía para que, cargadas con una bomba, en su cuerpo, a veces en su ropa interior, a veces habiéndola comido, incluso, se subieran a un autobús y lo hicieran explotar, explotando ellas. Como no es una guerra ni de religión, ni de raza, ni de nada, sino una guerra social manejada por las grandes potencias, o por otros intereses, desde fuera, hay católicos en los dos bandos. Y nosotros preguntamos: “y ¿cómo os entendéis?”, y dijeron: “ah, pues muy fácil, porque aquí estamos juntos de los dos bandos. Nosotros somos de uno”, y llamaron a dos chicas que estaban allí que eran de la otra zona. Lo verdaderamente grande de aquel encuentro fue que terminamos rezando juntos por la paz, porque los de un bando y los del otro nos decían: “todo lo que nosotros hemos hecho no ha servido de nada, sólo Dios puede hacer el milagro de la paz”. Pero el milagro de la paz estaba sucediendo allí, entre aquellos treinta chicos de dos bandos que llevan veinte años en guerra, y que estaban viviendo como hermanos. Nosotros hemos conocido lo que es la tragedia de una guerra civil no demasiado lejos, y muchas de las personas que estáis aquí lo recordáis, y uno se hace idea, en un contexto así, de hasta qué punto es verdaderamente un milagro que puedan ser amigos, y estar juntos durante la guerra, incluso personas de las dos partes. Eso es lo que hace Jesucristo, eso y mil cosas más como ésas que os podría contar.

Sólo quiero, en esta fiesta grande en la que celebramos a la Virgen Madre de nuestro Señor Jesucristo, daros a todos ese abrazo que el Papa nos

pidió que llevásemos a los nuestros, y trasmitiros ese testimonio de que donde está Jesucristo, y está en medio de nosotros, si lo acogemos, florece la humanidad que todos deseamos, la libertad, la vida, y el gozo que todos deseamos en nuestro corazón.

## CARTA PASTORAL DEL OBISPO DE CÓRDOBA PARA EL DÍA DEL DOMUND DEL AÑO 2000

«2000 AÑOS DE MISIÓN»

El Papa, en su mensaje para el Domund'2000 nos recuerda cómo la celebración de *la Jornada Misionera Mundial, que se celebrará el próximo 22 de octubre del 2000, nos impulsa a tomar renovada conciencia de la dimensión misionera de la Iglesia y nos recuerda la urgencia de la misión «ad gentes», que “atañe a todos los cristianos, a todas las diócesis y parroquias, a las instituciones y asociaciones eclesiales”* (RMi, 2). Este año, *la Jornada se enriquece de significado a la luz del Gran Jubileo, año de gracia, celebración de la salvación que Dios, en su amor misericordioso, ofrece a la entera humanidad. Recordar los 2000 años del nacimiento de Jesús quiere decir celebrar también el nacimiento de la misión: Cristo es el primero y el más grande misionero del Padre. Nacida con la encarnación del Verbo, la misión continúa en el tiempo a través del anuncio y el testimonio Eclesial. El Jubileo es tiempo favorable, para que toda la Iglesia se empeñe, gracias al Espíritu, en un nuevo impulso misionero.*

El lema de este año, «2000 años de Misión», nos invita en primer lugar a tomar conciencia, como dice el Papa en su primera encíclica *Redemptor hominis* (10), de cómo el hombre no puede vivir sin un amor que responda a la totalidad de las exigencias de su corazón. Por eso necesita de Cristo, debe abrirle su vida para ser plenamente, íntegramente, verdaderamente hombre. Cristo es quien revela al hombre su destino, su grandeza, su dignidad, su verdad.

A la luz de la revelación, y de la redención en Cristo, la persona parece como fin en sí misma, el fin de todo: de la encarnación, muerte y resurrección de Jesucristo, del don del Espíritu Santo, de la Iglesia. Desde ahí se desprende que la Misión entera de la Iglesia tiene como fin el que la persona -cada hombre, cada mujer- pueda reconocer que es amada por sí misma y no en función de otra cosa, que su destino lo determina Dios y no los poderes o circunstancias de este mundo. Y por ello, el hombre es el camino de la Iglesia, por ello la Iglesia debe hacerse compañera de camino del hombre concreto, en su existencia concreta, única.

La Misión consiste en esa compañía que se ofrece al hombre concreto para que pueda llegar a ser lo que en verdad está llamado a ser, y en el fondo de su corazón, quiere ser. Y así la misión consiste en *una “ayuda”*

*ofrecida al hombre, porque el Hijo de Dios se hizo carne para hacer posible al hombre lo que no podría conseguir con sus solas fuerzas: "la amistad con Dios, su gracia, la gracia sobrenatural, la única con la que pueden resolverse las aspiraciones más profundas del corazón humano... La Iglesia, anunciando a Jesucristo, verdadero Dios y Hombre perfecto, abre ante cada ser humano la perspectiva de ser "divinizado" y, así, ser más hombre. Este es el único camino mediante el cual el mundo puede descubrir la alta vocación a la que es llamado y realizarla en la salvación obra-da por Dios" (Bula IM, 2) (Mensaje del Papa para el Domund'2000). La Misión es una pasión por el hombre, por la verdad y por la libertad del hombre.*

El lema «2000 años de Misión» nos invita, en segundo lugar, a levantar los ojos a los inmensos horizontes de la misión, los cuales se presentan en ocasiones bastante sombríos. Por un lado están las dificultades externas: la prohibición, en muchos países, de entrada de misioneros, de evangelización, incluso de conversión y de culto. La libertad religiosa, fundamento de todas las demás, es todavía algo desconocido o prohibido en muchos contextos culturales y políticos.

Junto a estas dificultades, exteriores, por así decir, están las dificultades internas, que son las más dolorosas: la falta fervor, de alegría y de esperanza; la división o los antitestimonios de los cristianos; la debilidad de una fe que trata de acomodarse más y más al mundo, lo que da lugar a la falta de vocaciones de especial consagración, a la descristianización del ambiente, y a la indiferencia religiosa generalizada.

Todo ello sin contar con las dramáticas situaciones de muchos países de misión: pobreza y marginación, esclavitud, violencia, genocidios, emigración, etc.

Pero este panorama, lejos de volvernos pesimistas, debe ser un motivo para reavivar la fe, y la confianza que brota de la fe. Cristo vivo está en medio de nosotros, y quiere comunicar su Espíritu de vida a todos los hombres. Es esa presencia, indefectible y fiel, la que regenera la esperanza.

El lema «2000 años de Misión», por eso, nos invita a celebrar la *"Presencia velada"* de quién hace posible la Misión, a través nuestra. Pues - como nos dice el Papa en su Mensaje-, *en este esfuerzo, el cristiano no está solo. Es verdad que no hay proporción entre las fuerzas humanas y la grandeza de la misión. La experiencia más común y más auténtica es la de no sentirse dignos de tal cometido. Pero también es verdad que "nuestra capacidad viene de Dios, el cual nos*

*ha capacitado para ser servidores de una nueva Alianza” (2Cor 3,5-6). El Señor no abandona a aquél a quien llama a su servicio. “Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las naciones... Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,18-20). La presencia continua del Señor en su Iglesia, especialmente en la Palabra y en los Sacramentos, es garantía para la eficacia de su misión. Esta se realiza hoy a través de hombres y mujeres que han experimentado la salvación en la propia fragilidad y debilidad y la testimonian a los hermanos, con la conciencia de que todos somos llamados a la misma plenitud de vida.*

No quisiera cerrar esta carta sin unirme a la llamada que hace el Santo Padre a la necesaria y urgente colaboración de todos: *Vasto es aún el campo y queda todavía mucho que hacer: es necesaria la colaboración de todos. Nadie, en efecto, es tan pobre que no pueda dar algo. Se participa en la misión en primer lugar con la oración, en la liturgia o en el secreto de la propia habitación, con el sacrificio y la ofrenda a Dios de los propios sufrimientos. Esta es la primera colaboración que cada uno puede ofrecer. Luego es importante no substraerse a la contribución económica, que es vital para muchas Iglesias particulares. Como es sabido, lo que es recaudado en esta Jornada, bajo la responsabilidad de las Obras Misionales Pontificias, es destinado integralmente a las necesidades de la misión universal.*

El día del Domund nos recuerda a todos los que somos miembros del pueblo de Dios, del cuerpo de Cristo, desde los niños hasta los ancianos, desde los laicos hasta los religiosos, los presbíteros y los Obispos, que la vida entera de quien ha encontrado a Cristo, en todas las circunstancias, en todo lugar, es misión: esto es, testimonio del bien Infinito que Cristo es para nuestra vida. Y esa misión, que empieza en los más cercanos, tiene como horizonte el mundo entero, hasta que todos los hombres puedan vivir en “la gloriosa libertad de los hijos de Dios” (Rom. 8,21), y nos podamos reconocer hijos del mismo Padre y hermanos unos de otros.

Que María, madre de Dios y madre de todos los hombres, la mujer dócil a la voluntad de Dios y dichosa por su fe, nos enseñe a estar disponibles a la gracia, para que crezca en nosotros el sentido de la misión, esto es, la pasión por la vida de los hombres.

Os bendigo a todos de corazón.

† Javier Martínez Fernández  
Obispo de Córdoba



# Vida de la Diócesis

- 2.1 Calendario del Jubileo.
- 2.2 Calendario de la Vida de la Diócesis.
- 2.3 Nombramientos.
- 2.4 Decretos de erección y aprobación canónica de Hermandades y Cofradías.
- 2.5 Presbiterado.
- 2.6 Confirmación del Presidente de la Agrupación de Hermandades de Córdoba.
- 2.7 Confirmación de la Junta de Gobierno de la Agrupación de Hermandades de Córdoba.
- 2.8 Decreto de Erección y Aprobación de Estatutos de la Fundación Pía Nuestra Señora de Belén.
- 2.9 Carta de Mons. Álvarez Martínez para autorizar la celebración de la Misa en Rito Hispano-Mozárabe.
- 2.10 Dispensa de minoría de edad para el presbiterado.
- 2.11 Decretos de excardinación.
- 2.12 Decreto de incardinación.
- 2.13 Presbiterado.

*Secretaría General*





## Calendario del Jubileo VII-XII-2000

06-17-07-00	Peregrinación Diocesana a Tierra Santa.
09-22-08-00	Peregrinación de Jóvenes a Roma para la XV Jornada Mundial de la Juventud.
08-09-00	Coronación de la Virgen de la Piedad y la Antigua de Iznájar.
16-09-00	Jubileo del Arciprestazgo del Alto Guadalquivir.
23-09-00	Jubileo de Montilla - La Rambla.
24-09-00	Jubileo de los Presos.
12-10-00	Jubileo de la Guardia Civil.
12-10-00	Jubileo del Arciprestazgo de Pozoblanco - Villanueva de Córdoba.
20-10-00	Jubileo del Arciprestazgo de Levante.
21-10-00	Jubileo del Arciprestazgo de Baena - Castro.
28-10-00	Jubileo del Arciprestazgo Hinojosa del Duque.
29-10-00	Jubileo del Arciprestazgo de Peñarroya - Publenuevo y Fuente Obejuna.
02-11-00	Jubileo de la Policía Nacional.
03-11-00	Jubileo del Arciprestazgo Catedral - Casco Histórico.
04-11-00	Jubileo del Arciprestazgo de Aguilar - Punte Genil.
05-11-00	Jubileo del Arciprestazgo de Lucena - Cabra - Rute.
11-11-00J	Jubileo del Arciprestazgo del Bajo Guadalquivir.
12-11-00	Jubileo de la Tercera Edad.
18-11-00	Jubileo del Arciprestazgo de Fuensanta - Cañero.
19-10-00	Jubileo del Mundo Agrario. Procesión de San Isidro Labrador.
02-12-00	Jubileo de los Docentes.
07-12-00	Jubileo del Arciprestazgo de Priego de Córdoba.
14-18-12-00	Peregrinación Diocesana a Roma.
05-01-01	Clausura del Gran Jubileo del Año 2000.



## Calendario de la Vida de la Diócesis VII-XII-2000

02-07-00	Ordenación de Presbíteros.
08-09-00	Fiesta de Nuestra Señora de la Fuensanta.
30-09-00	Encuentro Diocesano de Catequistas.
01-10-00	Encuentro Diocesano de Cáritas.
13-15-10-00	Peregrinación de Jóvenes a Guadalupe.
17-11-00	Fiesta de San Acisclo y Santa Victoria. Misa en Rito Hispano-Mozárabe.
02-12-00	I Domingo de Adviento. Encuentro Diocesano.
31-12-00	Ordenación de Presbíteros.



## NOMBRAMIENTOS VII-XII 2000

- 3 Julio            *Rvdo. Sr. D. Leopoldo Rivero Moreno*  
• Vicario Parroquial de San Mateo de Lucena.
- 3 Julio            *Rvdo. Sr. D. Juan Ropero Pacheco*  
• Párroco de San José en Azuel.
- 3 Julio            *Rvdo. Sr. D. Juan Ropero Pacheco*  
• Párroco de Ntra. Sra. del Carmen en Cerdeña.
- 3 Julio            *Rvdo. Sr. D. Antonio Budia Sabán*  
• Adscrito a la Parroquia de la Asunción de Priego, por un periodo de 3 meses bajo la tutela de D. Pedro Crespo, con la finalidad de ayudar a las parroquias del arciprestazgo.
- 3 Julio            *Rvdo. Sr. D. Domingo Moreno Ramírez*  
• Adscrito a la Parroquia de la Asunción de Priego, por un periodo de 3 meses bajo la tutela de D. Pedro Crespo, con la finalidad de ayudar a las parroquias del arciprestazgo.
- 4 Julio            *Rvdo. Sr. D. Francisco Javier Cañete Calero*  
• Vicario Parroquial de San Pedro Apóstol en Córdoba.
- 14 Julio           *Rvdo. P. Alfonso M<sup>a</sup>. Sierra Martínez, C.M.F.*  
• Miembro del Equipo Sacerdotal del Inmaculado Corazón de María y San Antonio María Claret en Córdoba.
- 14 Julio           *Rvdo. P. Juan Miguel Martínez Molero, C.M.F.*  
• Director de la Cura Pastoral del Inmaculado Corazón de María y San Antonio María Claret.
- 21 Julio           *Rvdo. Sr. D. Benjamín Rollón Lorenzo*  
• Adscrito a la Parroquia de Santa Victoria de Córdoba.
- 21 Julio           *Rvdo. Sr. D. Bernardo Muñoz Gutiérrez*  
• Párroco de Santa Victoria en Córdoba.

- 21 Julio **Rvdo. Sr. D. Francisco Rueda Román**  
 • Párroco de Santa Isabel de Hungría en Córdoba.
- 21 Julio **Rvdo Sr. D. Rafael Caballero Torrero**  
 • Párroco de San José de Puente Genil.
- 21 Julio **Rvdo. P. D. Fernando Martín Gómez (S. Felipe Neri)**  
 • Párroco de Ntra. Sra. de la Asunción de Santaella y de Ntra. Sra. del Rosario de la Guijarrosa, y encargado del Fontanar y La Montiola.
- 21 Julio **Rvdo. P. D. Victor Hugo Fernández Fernández**  
 • Vicario Parroquial de Ntra. Sra. de la Asunción de Santaella y de Ntra. Sra. del Rosario de la Guijarrosa, y encargado del Fontanar y La Montiola.
- 27 Septiembre **Rvdo. P. Benito Medina Carpintero, O.P.**  
 • Vicario Parroquial de Cristo Rey en Córdoba.
- 28 Septiembre **Dña. Amalia Benítez Lozano**  
 • Directora de Gestión del Instituto Diocesano de Pastoral “Redemptor Hominis”, por un trienio a contar desde el 1-9-00.
- 3 Octubre **Rvdo. Sr. D. Domingo Moreno Ramírez**  
 • Administrador parroquial de la Parroquia de Santiago de Iznájar.
- 3 Octubre **Rvdo. Sr. D. Marcelino Priego Morrallo**  
 • Arcipreste del Arciprestazgo del Transbetic-Sector Sur.
- 3 Octubre **Rvdo. Sr. D. Angel Urbano García**  
 • Vicario Parroquial de la Parroquia de Ntra. Sra. de la Consolación en Córdoba.
- 3 Octubre **Rvdo. Sr. D. Pedro Gómez Carrillo**  
 • Consiliario Diocesano de la Agrupación de Hermandades y Cofradías de Córdoba.
- 3 Octubre **Rvdo Sr. D. Francisco Javier Cañete Calero**  
 • Capellán a tiempo parcial del Hospital de los Morales de Córdoba.

- 5 Octubre **Rvdo. P. D. Primitivo Zabaleta Aramendia, O.SS.T.**  
 • Párroco de la Parroquia de Ntra. Sra. de Gracia y San Eulogio de Córdoba.
- 5 Octubre **Rvdo. P. D. Manuel Sendín García, O.SS.T.**  
 • Vicario Parroquial de la Parroquia de Ntra. Sra. de Gracia y San Eulogio de Córdoba.
- 5 Octubre **Rvdo. P. D. Benjamín Fernández Blanco, O.SS.T.**  
 • Capellán del Centro Penitenciario de Córdoba.
- 20 Octubre **Rvdo. Sr. D. Domingo Moreno Ramírez**  
 • Administrador Parroquial de Ntra. Sra. de Gracia de Ventorros de Balerna, de Ntra. Sra. de la Asunción de Aldea de Alarconas, del Buen Pastor de Aldea de Coronas y de San José de Aldea Celada.
- 29 Octubre **Sr. D. Enrique Andreo Martín**  
 • Arquitecto Conservador de los Inmuebles del Palacio Episcopal.
- 1 Noviembre **Rvdo. Sr. D. José Viñas Márquez**  
 • Vicerrector del Seminario Diocesano “Redemptoris Mater”. Ntra. Sra. de la Fuensanta.
- 1 Noviembre **Rvdo. Sr. D. Juan Antonio Ramos Martín**  
 • Padre Espiritual del Seminario R.M. (Presbítero del Equipo Itinerante del camino neocatecumenal).
- 2 Noviembre **Rvdo. Sr. D. Antonio Budia Sabán**  
 • Vicario Parroquial de Ntra. Sra. de Belén en Córdoba.
- 2 Noviembre **Rvdo. P. D. José Luis Cardenete López, S.D.B.**  
 • Capellán de las Religiosas Hijas del Patrocinio de María del Colegio de Ntra. Sra. de la Piedad.
- 8 Noviembre **Rvdo. Sr. D. Ramón Moreno Ordóñez, S.D.B.**  
 • Miembro del Consejo de Presbiterio.
- 8 Noviembre **Rvdo. Sr. D. Miguel Gandarillas Carmona, Opus Dei.**  
 • Miembro del Consejo de Presbiterio.

- 17 Noviembre **Rvdo. Sr. D. Jesús Notario Vicente, S.D.B.**  
• Capellán del Monasterio de Santa Clara de Montilla.
- 17 Noviembre **Rvdo. Sr. D. Manuel Jesús Muñoz García, S.D.B.**  
• Capellán del Monasterio de Santa Ana de Montilla.
- 20 Noviembre **Rvdo. Sr. D. Antonio Palma León**  
• Administrador Parroquial de Ntra. Sra. de la Asunción y de San Francisco de Bujalance.
- 20 Noviembre **Rvdo. Sr. D. Antonio Palma León**  
• Capellán del Monasterio de San José y Santa Teresa (Carmelitas).
- 20 Noviembre **Rvdo. Sr. D. Tomás Pajuelo Romero**  
• Párroco de la Parroquia del Beato Alvaro de Córdoba en Córdoba.
- 4 Diciembre **Rvdo. Sr. D. Juan Fernández Campos**  
• Párroco de Ntra. Sra. de la Asunción de Valenzuela.  
• Párroco de Santa María de Albendín.
- 4 Diciembre **Rvdo. Sr. D. José Pérez Galisteo**  
• Miembro del Equipo Sacerdotal de Ntro. Sr. del Huerto de los Olivos y Virgen del Camino.



## DECRETOS DE ERECCIÓN CANÓNICA

1. 14 septiembre 2000. Cofradía del Santísimo Cristo de la Misericordia y Nuestra Señora de las Angustias. Montoro.
2. 27 septiembre 2000. Cofradía de María Santísima de los Dolores. Nueva Carteya.
3. 4 octubre 2000. Cofradía del Santísimo Cristo de la Salud y María Santísima de la Concepción. Pedro Díaz y La Graja.
4. 8 diciembre 2000. Hermandad Sacramental y Cofradía de Nazarenos de Jesús Resucitado. Pozoblanco.

## DECRETOS DE CONFIRMACIÓN DE ERECCIÓN CANÓNICA

1. Claretiana Hermandad y Cofradía del Santísimo Cristo de la Piedad y María Santísima de Vida, Dulzura y Esperanza Nuestra. Córdoba. 14 septiembre 2000.
2. Real Cofradía de Nuestra Señora de la Cabeza. Córdoba. 4 octubre 2000.
3. Hermandad de Nuestra Señora de Gracia de Alcantarillas. Belalcázar. 7 octubre 2000.
4. Hermandad de San José Artesano. Lucena. 7 octubre 2000.
5. Ilustre Hermandad del Santísimo Sacramento, Nuestra Señora de la Alegría y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús de la Sentencia, María Santísima de Gracia y Amparo y San Nicolás de Bari. Córdoba. 9 octubre 2000.
6. Hermandad y Cofradía de Nuestro Padre Jesús de la Humildad y Paciencia. Cabra. 8 diciembre 2000.
7. Hermandad de Nuestra Señora de la Esperanza. Cabra. 18 diciembre 2000.



## Presbiterado

El día 2 de julio de 2000, en la Santa Iglesia Catedral de Córdoba, a las 11 de la mañana, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Francisco Javier Martínez Fernández, Obispo de esta Diócesis, confirió el orden del Presbiterado, a los Diáconos de esta Iglesia de Córdoba:

Don Antonio Budia Sabán.  
Don Domingo Moreno Ramírez.  
Don Antonio Prieto Lucena.  
Don Leopoldo Rivero Moreno.  
Don Juan Ropero Pacheco.

Córdoba, 3 de julio de 2000.

Antonio Evans Martos  
Secretario General-Canciller



## DECRETO

### FRANCISCO JAVIER MARTÍNEZ FERNÁNDEZ POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE CÓRDOBA

El Rvdo. Sr. Don Manuel María Hinojosa Petit, Delegado Especial para la Agrupación de Hermandades y Cofradías de Córdoba, me ha presentado un escrito en el que solicita la confirmación del nuevo Presidente de la referida Agrupación, elegido a tenor de sus Estatutos en Asamblea General Extraordinaria de Elecciones celebrada el pasado día 30 de Junio.

Estimando que se cumplen los requisitos establecidos en la actual disciplina de la Iglesia y en los Estatutos de dicha Agrupación, especialmente las disposiciones de los artículos 30, 36 y 39, por el presente, y a tenor del canon 317 § 1 del Código de Derecho Canónico, confirmo a Don Francisco Manuel Alcalde Moya como Presidente de la misma por el tiempo que establecen sus Estatutos.

Dado en Córdoba a tres de Julio, Fiesta de Santo Tomás Apóstol, del dos mil, Año Jubilar Cristiano.

† Javier Martínez Fernández  
Obispo de Córdoba

Por mandato de S.E.R.

Antonio Evans Martos  
Secretario General-Canciller

Secretario General-Canciller



## DECRETO

### FRANCISCO JAVIER MARTÍNEZ FERNÁNDEZ POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE CÓRDOBA

Don Francisco Manuel Alcalde Moya, Presidente de la Agrupación de Hermandades y Cofradías de Córdoba, me ha presentado un escrito en el que solicita la aprobación de los miembros de la Junta de Gobierno de la referida Agrupación.

Estimando que se cumplen los requisitos establecidos en la actual disciplina de la Iglesia y, especialmente, en los artículos 39, 41 y 42 de sus Estatutos, por el presente apruebo la Junta de Gobierno de la Agrupación de Hermandades y Cofradías de Córdoba, integrada por los siguientes miembros:

Vicepresidente 1º: Don Manuel Laguna López.

Vicepresidente 2º: Don José Merino Ortega.

Secretario: Don Miguel Ortiz Gómez.

Tesorero: Don Ricardo Ruiz Baena.

Vocal de Promoción: Don Álvaro Pineda Lucena.

Vocal de Estación de Penitencia: Don Manuel Muñoz Rodríguez.

Vocal de Espiritualidad: Don Enrique León Encuentra.

Vocal de Formación: Don Francisco José Mellado Lucena.

Vocal de Juventud: Don Andrés Espejo Olivares.

Vocal de Acción de Caridad: Don José García Escribano.

Vocal: Don Francisco García Calabrés.

Vocal: Don Manuel Jurado Quiralte.

Dado en Córdoba, a cuatro de Julio, Festividad de Santa Isabel de Portugal, del año dos mil, Año Jubilar Cristiano.

Por mandato de S.E.R.

† Javier Martínez Fernández  
Obispo de Córdoba

Antonio Evans Martos  
Secretario General-Canciller

Secretario General-Canciller





## DECRETO

### **DON FRANCISCO JAVIER MARTÍNEZ FERNÁNDEZ POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE CÓRDOBA**

El Rvdo. Sr. Don Joaquín Pérez Hernández me ha presentado un escrito en el que solicita la erección de una Fundación Pía Autónoma con personalidad jurídica pública, bajo la denominación “Nuestra Señora de Belén”, que tendrá como finalidad primordial, desde una perspectiva pastoral, la formación integral cristiana de niños y jóvenes con prioridad de los más desfavorecidos de la sociedad, las personas con desequilibrios psicológicos o falta de integración social, el seguimiento y ayuda a niños con fracaso escolar, el cuidado de la formación profesional de los más desfavorecidos, la actuación sobre niños y jóvenes con conductas antisociales o asociales, la atención a otras carencias descubiertas en el trato con los niños y jóvenes, así como otras actividades de evangelización con las que se pueda atender a este sector de la pastoral. Asimismo, acompaña el texto de sus Estatutos fundacionales para su aprobación.

Considerando la importancia de las finalidades descritas y su repercusión favorable en la pastoral, así como la dotación inicial y futura para el cumplimiento de las mismas, por el presente, oído el parecer favorable del Ministerio Fiscal, y a tenor de los cánones 1303 §1.1, 114 §1, 116 y 117 del Código de Derecho Canónico

**ERIO LA FUNDACIÓN NUESTRA SEÑORA DE BELÉN COMO  
FUNDACIÓN PÍA AUTÓNOMA Y LE CONCEDO PERSONALIDAD  
JURÍDICA PÚBLICA, QUE SE REGISTRARÁ POR LOS ESTATUTOS  
FUNDACIONALES QUE POR ESTAS MISMAS LETRAS APRUEBO**

Tanto de este Decreto como de los Estatutos, firmados y sellados, un ejemplar quedará archivado en la Curia Diocesana y el otro ejemplar se entregará a la referida Fundación.

Dado en Córdoba, a veinticuatro de Octubre, Festividad de San Rafael, del año dos mil, Año Jubilar Cristiano.

† Javier Martínez Fernández  
Obispo de Córdoba

Por mandato de S.E.R.

Antonio Evans Martos  
Secretario General-Canciller

Secretario General-Canciller



EL ARZOBISPO DE TOLEDO  
PRIMADO DE ESPAÑA

CELEBRACIÓN EN RITO HISPANO-MOZÁRABE  
DE LA FIESTA DE LOS SANTOS MÁRTIRES ACISCLO Y VICTORIA,  
EN LA PARROQUIA DE SAN PEDRO DE CÓRDOBA

Excelencia:

En respuesta a su escrito del once de noviembre de dos mil (Reg. 3375/00), cumplidos todos los requisitos previstos por los Prenotandos del Misal Hispano-Mozárabe para las celebraciones extraordinarias, como Superior Mayor del Rito Hispano-Mozárabe,

**otorgo mi licencia para que V.E. pueda celebrar el 17 de noviembre, en este Año Jubilar, la Eucaristía en el Rito Hispano-Mozárabe en la Fiesta de los Santos Mártires Acisclo y Victoria, Patronos de la Diócesis de Córdoba.**

Dado en Toledo, a catorce de noviembre del Año Jubilar dos mil.



*Francisco, Arz. de Toledo*

\_\_\_\_\_

✠ FRANCISCO, Arzobispo de Toledo  
Primado de España

---

Excelentísimo Mons. FRANCISCO JAVIER MARTÍNEZ FERNÁNDEZ  
Obispo de CÓRDOBA



## DECRETO

### **DON FRANCISCO JAVIER MARTÍNEZ FERNÁNDEZ POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE CÓRDOBA**

Habiéndome solicitado nuestro Diácono, **DON FRANCISCO JESÚS GRANADOS LARA**, le admita a la Ordenación de Presbíteros que, con la Gracia de Dios, proyectamos celebrar el domingo día 31 de Diciembre del presente año, por el presente, a tenor del Cn. 1.031 §§ 1, 2 y 4 del C.I.C., le **DISPENSO de 11 meses y 2 días**, que le faltan para cumplir la edad mínima requerida.

Dado en Córdoba a catorce de noviembre del año dos mil.

† Javier Martínez Fernández  
Obispo de Córdoba

Por mandato de S.E.R.

Antonio Evans Martos  
Secretario General-Canciller

## DECRETO

### **DON FRANCISCO JAVIER MARTÍNEZ FERNÁNDEZ POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE CÓRDOBA**

Habiéndome solicitado nuestro Diácono, **DON PEDRO VICENTE CABELLO MORALES**, le admita a la Ordenación de Presbíteros que, con la Gracia de Dios, proyectamos celebrar el domingo día 31 de Diciembre del presente año, por el presente, a tenor del Cn. 1.031 §§ 1, 2 y 4 del C.I.C., le **DISPENSO de 8 meses y 6 días**, que le faltan para cumplir la edad mínima requerida.

Dado en Córdoba a catorce de noviembre del año dos mil.

† Javier Martínez Fernández  
Obispo de Córdoba

Por mandato de S.E.R.

Antonio Evans Martos  
Secretario General-Canciller

## DECRETO

### FRANCISCO JAVIER MARTÍNEZ FERNÁNDEZ POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE CÓRDOBA

Don Francisco Ortega López, sacerdote misionero del Instituto Español de Misiones Extranjeras e incardinado en esta Diócesis y que desde el año 1969 lleva ejerciendo su ministerio en la Diócesis de Almería, me ha dirigido un escrito en el que solicita la excardinación de esta Diócesis para incardinarse en la referida de Almería, donde el Excmo. y Rvdo. Sr. Obispo está dispuesto a incardinarlo según decreto de 2 de Noviembre de 2000.

Estimando las razones expuestas y las circunstancias que concurren, por el presente decreto, y a tenor del canon 267, concedo la excardinación perpetua y absoluta a dicho sacerdote.

Envíese copia auténtica al Excmo. y Rvdo. Sr. Obispo de Almería así como al interesado y archívese otra en este Obispado.

Dado en Córdoba, a quince de Noviembre del año dos mil, Año Jubilar Cristiano.

† Javier Martínez Fernández  
Obispo de Córdoba

Por mandato de S.E.R.

Antonio Evans Martos  
Secretario General-Canciller

Secretario General-Canciller

## DECRETO

### FRANCISCO JAVIER MARTÍNEZ FERNÁNDEZ POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE CÓRDOBA

Don Isidoro V. Perea Moreno, sacerdote de esta Diócesis y que desde hace cinco años lleva ejerciendo su ministerio en la Diócesis de Orihuela-Alicante, me ha dirigido un escrito en el que solicita la excardinación de esta Diócesis para incardinarse en la referida de Orihuela-Alicante, donde el Excmo. y Rvdm. Sr. Obispo está dispuesto a incardinarlo según decreto de 16 de Octubre de 2000.

Estimando las razones expuestas y las circunstancias que concurren, por el presente decreto, a tenor del canon 267, concedo la excardinación perpetua y absoluta a dicho sacerdote.

Envíese copia auténtica al Excmo. y Rvdm. Sr. Obispo de Orihuela-Alicante así como al interesado y archívese otra en este Obispado.

Dado en Córdoba, a quince de Noviembre del año dos mil, Año Jubilar Cristiano.

† Javier Martínez Fernández  
Obispo de Córdoba

Por mandato de S.E.R.

Antonio Evans Martos  
Secretario General-Canciller

Secretario General-Canciller



## DECRETO

### FRANCISCO JAVIER MARTÍNEZ FERNÁNDEZ POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE CÓRDOBA

El Rvdo. Sr. Don Juan Fernández Campos, sacerdote de la Diócesis de Calahorra y La Calzada-Logroño, me ha presentado un escrito en el que manifiesta su deseo de incardinarse en la Diócesis de Córdoba.

Estimando las razones expuestas y dado que se han obtenido las letras de excardinación del Excmo. y Rvdmo. Sr. Don Ramón Búa Otero, Obispo de Calahorra y La Calzada-Logroño, por el presente, y a tenor del canon 267, concedo al referido sacerdote la incardinación en la Diócesis de Córdoba.

Dado en Córdoba, a cinco de Diciembre de dos mil.

† Javier Martínez Fernández  
Obispo de Córdoba

Por mandato de S.E.R.

Antonio Evans Martos  
Secretario General-Canciller

Secretario General-Canciller



## Presbiterado

El día 31 de diciembre de 2000, en la Santa Iglesia Catedral de Córdoba, a las 11 de la mañana, el Excmo. y Rvdm. Sr. Don Francisco Javier Martínez Fernández, Obispo de esta Diócesis, confirió el orden del Presbiterado, a los Diáconos de esta Iglesia de Córdoba:

Don Pedro Vicente Cabello Morales, de la Parroquia de Jesús Nazareno de Puente Genil (Córdoba).

Don Francisco Jesús Granados Lara, de la Parroquia de la Inmaculada Concepción de Benamejí (Córdoba).

Córdoba, 31 de diciembre de 2000.

Antonio Evans Martos  
Secretario General-Canciller



# **Obispos del Sur de España**

Comunicado con motivo del atentado terrorista perpetrado en Sevilla durante la tarde del lunes 16 de octubre.



## **COMUNICADO DE LOS OBISPOS DEL SUR DE ESPAÑA CON MOTIVO DEL ATENTADO TERRORISTA PERPETRADO EN SEVILLA DURANTE LA TARDE DEL LUNES 16 DE OCTUBRE**

Durante la sesión de la tarde de hoy, los obispos del sur de España, reunidos en asamblea ordinaria, hemos sido informados del nuevo y cobarde atentado perpetrado en Sevilla y que ha costado la vida al coronel médico Dr. Antonio Muñoz Cariñanos.

Consternados por el más radical desprecio a la vida humana que suponen estos actos terroristas porque anteponen los intereses de poder o de cualquier tipo a la vida de las personas, los obispos andaluces manifestamos el más absoluto rechazo y condena al pecado que supone toda acción violenta contra la vida. Los atentados terroristas son la expresión máxima contra la libertad personal y social.

Después de elevar una oración al Señor por el eterno descanso de esta nueva víctima del terrorismo y además de pedir a Dios por la entereza de sus familiares, hemos suplicado también por la conversión de los asesinos.

Invitamos a la sociedad andaluza a mantener con temple y constancia las posturas personales y colectivas que manifiesten con toda claridad el pleno rechazo a estos detestables comportamientos por parte de quienes matan y por parte de quienes les apoyan, encubren o justifican.

Así mismo, pedimos al Señor que ilumine y fortalezca a quienes, desde la familia y desde cualquier instancia de la sociedad trabajan con esfuerzo y constancia en la promoción y defensa de la verdad y de la justicia como base de la libertad en la necesaria civilización del amor.

Granada, 16 de octubre de 2000.